

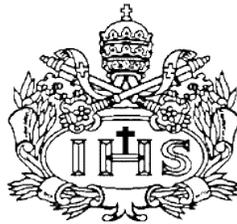
ANEXO 3
BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.
DESCRIPCIÓN DE LA TESIS DOCTORAL O DEL TRABAJO DE GRADO
FORMULARIO

TÍTULO COMPLETO DE LA TESIS DOCTORAL O TRABAJO DE GRADO						
EL DISCERNIMIENTO COMO EXPERIENCIA DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS EN LOS JOVENES QUE CELEBRAN EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN						
SUBTÍTULO, SI LO TIENE						
AUTOR O AUTORES						
Apellidos Completos			Nombres Completos			
Macías Tapias			Édgar Hernán			
DIRECTOR (ES) TESIS DOCTORAL O DEL TRABAJO DE GRADO						
Apellidos Completos			Nombres Completos			
Martínez Morales			Víctor Marciano			
FACULTAD						
Teología						
PROGRAMA ACADÉMICO						
Tipo de programa (seleccione con "x")						
Pregrado	Especialización	Maestría	Doctorado			
X						
Nombre del programa académico						
Licenciatura en Teología						
Nombres y apellidos del director del programa académico						
P. Alberto Munera						
TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:						
Licenciatura en Teología						
PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial):						
CIUDAD		AÑO DE PRESENTACIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO			NÚMERO DE PÁGINAS	
Bogotá		2013			123	
TIPO DE ILUSTRACIONES (seleccione con "x")						
Dibujos	Pinturas	Tablas, gráficos y diagramas	Planos	Mapas	Fotografías	Partituras
SOFTWARE REQUERIDO O ESPECIALIZADO PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO						
<p>Nota: En caso de que el software (programa especializado requerido) no se encuentre licenciado por la Universidad a través de la Biblioteca (previa consulta al estudiante), el texto de la Tesis o Trabajo de Grado quedará solamente en formato PDF.</p>						
MATERIAL ACOMPAÑANTE						
TIPO	DURACIÓN (minutos)	CANTIDAD	FORMATO			
			CD	DVD	Otro ¿Cuál?	
Vídeo						
Audio						
Multimedia						
Producción electrónica						

Otro	Cuál?				
DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE EN ESPAÑOL E INGLÉS					
Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. <i>(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Sección de Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J en el correo biblioteca@javeriana.edu.co, donde se les orientará).</i>					
ESPAÑOL			INGLÉS		
Discernimiento			Discernment		
Jóvenes			Young		
Seguimiento de Jesús			Following Jesus		
Sacramento de la Confirmación			Sacrament of confirmation		
Pro-existencia			Pro-existence		
RESUMEN DEL CONTENIDO EN ESPAÑOL E INGLÉS					
(Máximo 250 palabras - 1530 caracteres)					
<p>El sacramento de la Confirmación se inserta en la dinámica de la Iniciación cristiana: el seguimiento de Jesús. En esta experiencia se celebra y se proyecta el sentido de la identidad y la misión del cristiano, es decir, ser discípulo y misionero de Jesús. La Confirmación puede ser, en esta perspectiva, una experiencia de discernimiento que lleva a cada creyente a abrirse al proyecto de Dios sobre su vida y la historia en la dinámica del Reino de Dios. Los jóvenes necesitan discernir su vida para edificar la comunidad y confirmar la proyección de la vida como seguimiento histórico y pneumático de Jesús. El discernimiento es una sabiduría del Espíritu que se logra a partir del conocimiento de la realidad, la oración y la libertad para vivir como Jesús en actitud de solidaridad y pro-existencia.</p> <p>La sacramentalidad de la Confirmación como camino existencial de discernimiento es en sí un camino pedagógico que permite al joven asumir la existencia con libertad y responsabilidad, es una manera auténtica de comprender la vida misma como vocación, de asumir la santidad como mística y compromiso con Jesús, evitando la dicotomía entre fe y servicio a los demás. Si los jóvenes experimentan una sed profunda de trascendencia y están en búsqueda del sentido de la vida que oriente su caminar histórico.</p>					
<p>The sacrament of Confirmation is within the dynamic of Christian Initiation: following Jesus. This experience is celebrated and it projects the sense of identity and the mission of the Christian, in other words, to be disciples and missionaries of Jesus. The Confirmation can be, in this perspective, a discernment experience that leads to each believer to be open to God's plan for his life and the history in the dynamic of the Kingdom of God. Young people need to discern their life to build the community and to confirm the projection of life like historical and spiritual following of Jesus. The discernment is a wisdom of the Spirit that is achieved from knowledge about reality, pray and freedom to live as Jesus in attitude of solidarity and pro-existence.</p>					
<p>The sacramentality of Confirmation as an existential way of discernment is itself a pedagogical path that allows the young to assume the existence with freedom and responsibility, it is an authentic way to understand life itself as a vocation, to assume the holiness as mystic and commitment with Jesus avoiding the dichotomy between faith and service to others. If young people feel a deep thirst for transcendence and they are looking for the meaning of life to guide their historical journey.</p>					

**EL DISCERNIMIENTO COMO EXPERIENCIA DEL SEGUIMIENTO
DE JESÚS EN LOS JÓVENES QUE CELEBRAN EL SACRAMENTO
DE LA CONFIRMACIÓN**

ÉDGAR HERNÁN MACÍAS TAPIAS, SDB.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

BOGOTÁ, D.C.

2013

**EL DISCERNIMIENTO COMO EXPERIENCIA DEL SEGUIMIENTO
DE JESÚS EN LOS JÓVENES QUE CELEBRAN EL SACRAMENTO
DE LA CONFIRMACIÓN**

ÉDGAR HERNÁN MACÍAS TAPIAS, SDB.

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Teología

Asesor:

P. VÍCTOR MARTÍNEZ, SJ.

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA
BOGOTÁ, D.C.**

2013

AGRADECIMIENTOS

A mi madre y a mi abuelo que me ayudaron a dar los primeros pasos de la vida en la fe. A las religiosas Luisa y Olivia quienes acompañaron mi proceso de Iniciación Cristiana enfatizando el compromiso concreto que implica creer en Jesús.

A mis amigos Rafael, Édgar, Héctor y Jaime con quienes he caminado entre luces y sombras a lo largo de estos años de vida salesiana. De ellos he aprendido a ser compañero de camino.

A los jóvenes con quienes he compartido parte de la vida, quienes con su búsqueda sincera y sus preguntas, con sus necesidades existenciales y su ilusión de felicidad y realización, con su amistad y alegría, han despertado el motivo de esta reflexión en función de ellos mismos.

A mis docentes de la Javeriana, especialmente al P. Víctor Martínez que ha acompañado esta investigación, de quienes he aprendido que la teología y la acción educativo-pastoral pasan por la experiencia de cada persona y de la historia.

NOTA DE ACEPTACIÓN

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los estudiantes en sus trabajos de tesis, sólo velará para que no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales; antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia.”

Reglamento General de la Pontificia Universidad Javeriana, Artículo 23 de la Resolución No. 13 del 6 de junio de 1964.

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	7
1 Dinámica antropológica juvenil en el sacramento de la Confirmación	12
1.1. Emergencia y redescubrimiento de una búsqueda espiritual	14
1.1.1. Aproximación al contexto juvenil	14
1.1.2. Apertura de los jóvenes a lo trascendente	17
1.2. A la búsqueda del sentido de la vida	21
1.3. La existencia humana y cristiana como experiencia de sentido en los jóvenes	25
1.4. Madurez humana y crecimiento espiritual en los jóvenes: dinamismos de autenticidad y realización	28
1.5. Los jóvenes ante el sacramento de la Confirmación: del sacramentalismo sociológico al simbolismo sacramental	33
1.5.1. El sacramento como realidad simbólica	35
1.5.2. Las dimensiones del símbolo sacramental	37
1.6. Articulación del símbolo sacramental como camino existencial de discernimiento	38
2 El dinamismo cristológico en el sacramento de la Confirmación	41
2.1. Jesucristo sacramento del encuentro con Dios	41
2.2. La Confirmación en la praxis de la Iniciación Cristiana	45
2.3. El sentido sacramental de la Confirmación	49
2.4. Del encuentro al seguimiento de Jesús	52
2.5. La Confirmación como experiencia del seguimiento de Jesús	57
2.5.1. Confirmados en la relación filial con el Padre	60

2.5.2.	La vida de la Confirmación: testigos del Reino de Dios	63
2.5.3.	La Confirmación: vida comprometida en el Espíritu de Jesucristo	67
2.6.	La Confirmación: mística y compromiso en el seguimiento de Jesucristo	70
3	El discernimiento como vivencia sacramental: una pedagogía de vida	73
3.1.	El discernimiento: necesidad y opción de la vida cristiana	74
3.1.1.	La experiencia del discernimiento	75
3.1.2.	Conocer y comprender la realidad para discernir los signos de los tiempos	79
3.1.3.	La oración como apertura al discernimiento	83
3.1.4.	La libertad como condición existencial del discernimiento	85
3.1.5.	La solidaridad como criterio de discernimiento cristiano	88
3.2.	La sacramentalidad de la confirmación como camino existencial de discernimiento	92
3.2.1.	Discernir y confirmar la experiencia de la comunión y la misión eclesial	96
3.2.2.	La confirmación: un proyecto carismático de pro-existencia	99
3.2.3.	Catequesis y discernimiento, una pedagogía existencial	101
3.2.4.	El Discernimiento orienta el Proyecto de vida	104
3.2.5.	El acompañamiento en la vivencia sacramental de la Confirmación	107
3.2.6.	El símbolo sacramental: visibilización del discernimiento	108
	CONCLUSIONES	111
	BIBLIOGRAFÍA	118
	OBRAS FUNDAMENTALES	118
	OBRAS SECUNDARIAS	122

INTRODUCCIÓN

Hace pocos meses le escuché decir a un salesiano que nuestra labor educativa-pastoral consiste en iluminar la mente para hacer bueno el corazón. Estas palabras, sencillas pero profundas, han despertado en mí el deseo sincero de revisar el modo como comprendo mi consagración salesiana y me han hecho más consciente de la necesidad de hacerme compañero de camino de los jóvenes en la búsqueda del sentido que vertebró su existencia. Considero por tanto que para ello, la teología me ha ofrecido el horizonte de sentido y las herramientas para ir más allá en la labor educativa.

Ahora, al cabo de un proceso de formación teológica, que ha apuntado a comprender el acontecer de Dios en la historia, presento este trabajo de investigación como fruto de aquellas inquietudes teológico-pastorales que se han ido generando en la labor catequética y esperan una iluminación realista. En esta medida, he buscado tomar una situación vital del proceso de la Iniciación Cristiana, comprender teológicamente su significado, a fin de ofrecer pistas en la orientación pedagógica de la misma. Una relectura de un hecho teológico-pastoral como es la praxis sacramental de la Confirmación que celebran los jóvenes, implica un proceso de reflexión y fundamentación histórica que desborda los alcances de esta investigación. No obstante, las páginas que siguen a continuación serán una apuesta para mostrar el discernimiento, en su gran valor teológico y pastoral, como experiencia del seguimiento de Jesús en los jóvenes que se acerca a esta praxis sacramental.

La Iglesia, en medio de las vicisitudes históricas, siempre se ha mostrado preocupada por ofrecer una adecuada formación en la fe, desde la experiencia del catecumenado hasta las mismas misiones. El Documento de *Aparecida*, en consonancia con las anteriores Conferencias del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, como también en la línea del Vaticano II, ha enfatizado la necesidad de una conversión pastoral, como también una clara y decidida opción por la formación de los miembros de las distintas comunidades a fin de ser verdadero discípulos misioneros de Jesús.

Constatamos en la realidad pastoral y en la vida de las comunidades una fractura entre el proceso presacramental y la vivencia cristiana de los jóvenes. Los jóvenes siguen el proceso catequético sugerido, pero no hallan un sentido pleno a la participación en la vida de la Iglesia. No pocos -pareciera-, celebran la Confirmación como “un sacramento de paso” que no implica vitalmente su existencia, y que tiene más rasgos de “despedida” que de vínculo profundo. Sólo un grupo reducido o mínimo continúa su vida cristiana y la implicación vital de toda su persona en la vida de la Iglesia, como seguimiento del Señor Jesús y del proyecto del Reino de Dios. Y no hablo simplemente de que los jóvenes no se comprometen en un grupo que tenga una relación directa con el templo parroquial o capilla, sino acerca de la praxis de la fe cristiana vivida en el contexto donde se está inserto.

Esta fragmentación del proceso evangelizador provoca una nueva comprensión del sacramento que implique vitalmente al joven en una nueva vivencia de la experiencia eclesial. El contexto juvenil y su vivencia de la fe, están permeados por una escasa formación cristiana desde el ámbito familiar, por un tradicionalismo sacramental, casi más sociológico que espiritual, por una cultura líquida que exalta la fragilidad de las relaciones y de los compromisos a largo plazo, por un creciente secularismo que exalta una vivencia intimista y particular de la fe, por un modelo pastoral de conservación y servicios religiosos. La Iglesia y sus expresiones litúrgicas han ido perdiendo credibilidad en el ámbito juvenil, como a su vez la comunidad eclesial percibe deficiencias en la comunicación vital del evangelio.

En este marco hallamos la realidad del sacramento de la Confirmación. Los jóvenes no sólo han dejado de creer en Jesús y en su proyecto, sino que han llegado a una irrelevancia de diversas prácticas eclesiales. El contexto sociocultural, en el que están inmersos, ha llevado a que un número significativo de jóvenes experimenten una confusión sobre el sentido de la fe, porque no hallan una manera adecuada de entender e integrar la vida cristiana como seguimiento de Cristo. Parece generarse un corto circuito entre las propuestas pastorales eclesiales, las necesidades y expectativas de los jóvenes, la realidad socio-cultural y las prácticas litúrgicas.

La experiencia formativa de la vida de los jóvenes, dentro del ámbito presacramental, pareciera carecer de un profundo carácter performativo que logre llevar a un encuentro real y convincente con la persona del Señor Jesús y su proyecto del Reino. De esta manera, el problema se nos hace pregunta ineludible: ¿cómo orientar teológicamente y pastoralmente la experiencia de los jóvenes que celebran el sacramento de la Confirmación? Más aun, ¿Cómo lograr hacer de la praxis sacramental de la Confirmación, en continuidad con el proceso de Iniciación Cristiana, una experiencia real y profunda del seguimiento de Jesús?

El objetivo general de este trabajo investigativo apunta, por tanto, a explicitar teológicamente y pastoralmente la vivencia sacramental de los jóvenes que se preparan a la Confirmación, como experiencia pneumática de discernimiento que posibilita el seguimiento de Jesús en libertad y corresponsabilidad eclesial. Este objetivo nos permite hacer una lectura hermenéutica de la experiencia de fe de los jóvenes que se acercan al sacramento de la Confirmación, y mostrar a su vez la praxis sacramental como camino existencial de discernimiento.

El primer capítulo de esta investigación pretende identificar los presupuestos antropológicos de los jóvenes en la vivencia sacramental de la Confirmación como experiencia de búsqueda de sentido, crecimiento, maduración y articulación simbólica de la existencia. La realidad juvenil, en sí misma, expresa una condición de posibilidad de identificación y maduración personal. Ella se convierte por ende en el lugar teológico-pastoral desde el cual leer y comprender la vivencia sacramental como experiencia de búsqueda e identificación con el proyecto de Jesús y por ende como camino de autenticidad y realización. El lastre de un tradicionalismo sacramental reducido no pocas veces a un ritual sociológico, vivido por los jóvenes, expresa un reto fundamental para la Iglesia. La situación de tránsito de la infancia a la adultez -presente en la vida de los jóvenes-, la búsqueda del sentido de la vida, como a su vez la comprensión simbólica de la realidad sacramental, ofrecen un contexto básico que acompaña el proceso de la Confirmación.

El horizonte de sentido de la experiencia sacramental de la Confirmación se presenta en la segunda parte. Allí será posible comprender la Confirmación como experiencia sacramental del seguimiento de Jesucristo y participación eclesial en el compromiso por hacer posible el Reino querido por el Padre. El seguimiento de Jesús es la experiencia fundamental que el bautizado celebra en la Confirmación como mística y compromiso que hace al creyente partícipe del destino de Jesús. El seguimiento de Jesús como dinamismo esencial de la Confirmación nos lleva a confirmar la relación filial con el Padre, a comprender la vida del sacramento como testimonio del Reino de Dios y a asumir una vida comprometida en el Espíritu de Jesucristo. Esta experiencia por la cual Jesús se hace sacramento del encuentro con Dios, orienta al creyente para hacer del discernimiento el modo real de vivir el seguimiento histórico y pneumático de Jesús.

El tercero y último capítulo, pretende articular y resignificar la vivencia del sacramento de la Confirmación como seguimiento de Jesucristo desde la dimensión pneumática del discernimiento. En esta parte del trabajo se constata que la praxis sacramental debe pasar de confirmar una práctica sociológica a confirmar la vocación del seguimiento. En este sentido, la Confirmación es posible orientarla desde una experiencia discerniente que lleve a cada uno a abrirse al proyecto de Dios, sobre su vida y sobre la historia, en la dinámica esencial del reinado de Dios. La experiencia del discernimiento se logra desde el conocimiento de la realidad, la libertad y la oración, para vivir la solidaridad como proexistencia, al modo como Jesús encarnó el amor de Dios y se hizo cercano a los más marginados.

El discernimiento como experiencia del seguimiento de Jesús en los jóvenes que celebran el sacramento de la Confirmación es teológica y pastoralmente una sabiduría del Espíritu y un camino pedagógico. Si el Espíritu es el garante y la condición de posibilidad de una vida cristiana, desde el discernimiento es posible asumirla como camino de crecimiento y compromiso en la misión de la Iglesia. Espero que estas páginas den cuenta de ello y que la presente investigación se mantenga abierta a una reflexión continua como es propio de la disciplina teológica.

Finalmente sugiero que esta reflexión teológico-pastoral trascienda las fronteras del texto escrito y logre permear la praxis pastoral del sacramento de la Confirmación. Que la presente investigación sea un pretexto para hacer de la teología un campo disciplinar que continúe orientando la búsqueda sincera y la apertura al proyecto de Dios revelado en Jesús, tanto personal como comunitariamente. Mantengo la ilusión de que este trabajo sea el punto de partida de otras investigaciones y que quien tenga la oportunidad de leerlo pueda ir más allá de los breves pasos que aquí he podido dar.

1. Dinámica antropológica juvenil en el sacramento de la Confirmación.

El enfoque teológico-pastoral generado en el Vaticano II y la reflexión teológica desarrollada desde aquel momento, han permitido destacar la integración de la experiencia humana en la vivencia de la fe, como un único dinamismo evidente en el misterio de la encarnación de Jesús el Cristo. Este giro ha puesto en evidencia la dicotomía presente durante mucho tiempo entre la comprensión de la vida humana y los presupuestos de la fe, entre el ritmo de la vida y la celebración de los sacramentos. No pocas veces, la mentalidad y práctica eclesiales, han reducido la fe a un camino ascético y moral, antes que a una experiencia integral del seguimiento de Jesús.

En este marco eclesial, emerge la pregunta por la vivencia sacramental de los jóvenes hoy. Una postura pesimista corre el riesgo de llegar a generalizar, de una manera inadecuada, la misma experiencia de los jóvenes como arreligiosa o indiferente. Esta afirmación no es cierta en todo su sentido. Evidentemente una mirada a las prácticas sacramentales da, en muchos lugares, síntomas de un alejamiento de los jóvenes. Y en cierta medida es posible. Pero, en concreto, se percibe una experiencia de fragilidad espiritual que se expresa en ausencia juvenil, en una comprensión confusa o anti-humana de la vida cristiana, en desinterés de la realidad socio-eclesial y en una vivencia fragmentada de la vida y de la fe.

Toda reflexión teológica tiene como punto de partida el hombre y su historia, tal como lo manifiesta la *Gaudium et Spes* al afirmar que “nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en el corazón de la comunidad eclesial”¹. Esto identifica plenamente al hombre como el lugar teológico en el que acontece la revelación de Dios como experiencia teologal. Así pues, el sacramento de la Confirmación, como expresión sacramental de la existencia cristiana en la comunidad eclesial, precisa de comprender al creyente en su relación con el mundo, en su desarrollo humano, en su experiencia cristiana comunitaria de

¹ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 1. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1025-1026.

cara a ratificar su vocación bautismal, y en su compromiso ante la realidad compleja y no pocas veces injusta.

Si bien la Confirmación hace parte de la reducción sacramental hecha por Pedro Lombardo, se constata la necesidad teológica y pastoral de redescubrir su sentido sacramental, partiendo de la experiencia humana que está a la base de la fe. Este sacramento celebrado mayoritariamente entre la adolescencia y la juventud, a raíz de la renovación conciliar, deja entrever una realidad pastoral preocupante: una vivencia cristiana poco atrayente y más bien sostenida por un creciente tradicionalismo social y ritual del sacramento, de poca incidencia para la vida de cada confirmado.

La encuesta de Realidad Juvenil promovida por el Servicio Catequístico Salesiano en Colombia, en el año 2012², realizada a 4000 adolescentes y jóvenes de obras salesianas, corroboró que, sólo para un 34,4% de ellos, el sacramento de la Confirmación ha sido algo muy importante en su vida cristiana³. Mientras un número significativo, del 40%, no sabe o no responde frente a la pregunta planteada por la razón fundamental para recibir este sacramento, los otros porcentajes, cercanos al 25%, destacan razones de tipo social. Estos datos demuestran poca claridad a la hora de comprender el sentido del sacramento por parte de los jóvenes que lo celebran.

Por tanto, será necesario identificar la dinámica antropológica juvenil que está presente alrededor de esta experiencia sacramental, como a su vez, mostrar la interrelación entre el proceso sacramental y la experiencia vital que viven los jóvenes, en la que se integran lo humano y el hecho religioso.

² Cfr. SERVICIO CATEQUÍSTICO SALESIANO. *Documento de trabajo sobre análisis de los resultados de la encuesta de realidad juvenil en Colombia*. Bogotá: 2012.

³ Cfr. *Ibid.*, 31.

1.1. Emergencia y redescubrimiento de una búsqueda espiritual

La realidad juvenil no es un fenómeno unívoco, es ante todo una compleja realidad tejida por las diversas comprensiones y expresiones que muestran la diversidad de “ser joven”⁴, que evoluciona con ritmos propios. Allí se tejen diversidad de imaginarios y modos de vivir que definen su identidad y su actuar. Dentro de este marco están los jóvenes de cara a la Iglesia, a la cual han llegado mayoritariamente por tradición, y han ido participando de su Iniciación Cristiana.

Sin embargo, se constata una pertenencia y participación frágil de los jóvenes dentro de la vida eclesial, que se mezcla con una marginación y desorientación de los mismos dentro de los nuevos esquemas de la cultura postmoderna y del mercado. Pretender considerar tal situación como caótica es una respuesta rápida, pesimista y vaga, que aleja del problema, lleva a desconocer los valores de los jóvenes y anestesia frente a la diversidad de aspectos que en tal situación están implicados.

1.1.1. Aproximación al contexto juvenil

La edad juvenil se inscribe como una fase de la vida que abarca el tránsito de la adolescencia a la adultez, como un proceso de profundos cambios a nivel biológico, sexual, psicológico, familiar, cognitivo, social, profesional y no menos religioso. Se evidencia el paso de una heteronomía familiar a una autoafirmación individual marcada por un deseo profundo de libertad y decisión personal. Se hace palpable una evolución del impulso sexual y la reestructuración de las relaciones familiares, menos abiertas a indicaciones autoritarias, éticas y religiosas. En general, el joven dentro del contexto escolar va descubriendo sus inclinaciones y se abre con mayor preocupación al mundo de los medios de comunicación y especialmente al internet, con la consiguiente valoración de la

⁴ Cfr. LANZAGORTA BONILLA, Tere. *Una mirada a la Iglesia, desde la perspectiva de los jóvenes*. En *Christus*, Vol. 73, N° 768, septiembre – octubre, 2008. 40.

inmediatez temporal. Se trata en el fondo, como afirma Borobio, de una experiencia antropológica de tránsito⁵, de cambio y de crecimiento, que se expresa en la emergencia de diversos modos de ser joven, tal como se manifiesta en los modelos de vida configurados por las culturas juveniles.

Los jóvenes, según un reciente estudio realizado por el “IV Foro de Nuevos Paradigmas en la Pastoral juvenil”⁶, son un gran desafío para la comunidad eclesial, en cuanto que la Iglesia se siente, más que nunca, en la necesidad de conocerlos y acompañarlos en su experiencia de fe. Se valora una vez más la diversidad juvenil y se destaca un perfil básico frente al complejo mundo de significados que los identifican.

Los jóvenes se muestran atraídos por los valores de la subjetividad, los intereses y los grupos pequeños, sobre todo los relacionados con una sensibilidad humanitaria y ambiental. Hoy en día, y sobre todo en el ámbito juvenil, se aprecian las actitudes de la tolerancia y el relativismo, aceptando con más facilidad el pluralismo ideológico, sexual y social. Estas características están fuertemente relacionadas con un sentimiento de inseguridad y de autoafirmación personal, que ellos experimentan para superar el anonimato en medio del pluralismo. Este deseo de autoafirmación y reforzamiento de la identidad se encuentra en la experiencia afectiva de la amistad como valor fundamental. En la actual generación se da una valoración profunda del placer y de la fiesta, de lo lúdico y deportivo; un ejemplo evidente es la noche, como nuevo símbolo por excelencia de libertad, emoción y vulnerabilidad.

A este respecto, y haciendo una mirada a la experiencia de la formación cristiana, Raúl Berzosa⁷ identifica las tres necesidades básicas de los jóvenes en el auge de la postmodernidad: *be free* como fuerte deseo de libertad, *puenting* o coleccionistas de

⁵ Cfr. BOROBIO, Dionisio. *Sacramentos y etapas de la vida*. Salamanca: Sígueme, 2000. 95-118.

⁶ Cfr. LANZAGORTA, *Una mirada a la Iglesia*, 40-43.

⁷ BERZOSA, Raúl. *Transmitir la fe en nuevo siglo*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2006. 61.

experiencias y *connecting people* como ubicación de las relaciones desde la red y la virtualidad.

El auge de la revolución digital trajo un nuevo concepto del mundo y de las relaciones en el cual se ha insertado la juventud:

La velocidad y el movimiento; el bombardeo rápido de mensajes; el progreso de las ciencias y tecnologías; el crecimiento de la productividad y el exacerbamiento del consumo contribuyen a dar velocidad a la vida y generar un sentimiento profundo de que todo es provisional⁸.

Esta provisionalidad de la vida -denominada como “líquida”⁹ según Bauman¹⁰-, conduce también a generar fragilidad en los compromisos a largo plazo, aun cuando se experimente un fuerte sentimiento de compasión y una sensibilidad expresada en solidaridad. Esta inserción en la provisionalidad se establece como un nuevo paradigma que hace del presente lo fundamental y del futuro una incógnita, y en cierta manera, una amenaza angustiante. Sin restar valor, ni hacer de ello la opción fundamental, aparece en los jóvenes una apertura innegable al trascendente, aunque rodeada de una pluralidad de sentidos, y no pocas veces bajo la concepción de considerarse como hecho religioso relegado a la esfera de lo privado. La encuesta realizada a los jóvenes de ambientes salesianos, ha mostrado un “*humus religioso profundo*”¹¹, que evidencia, en un 91%, la importancia de lo religioso en sus vidas como referente de sentido frente al sufrimiento y las experiencias límite.

Aparecida ha descrito la situación de los jóvenes como un rostro sufriente y marginado que requiere ser visto y amado en su condición, dado que son motivo de esperanza para el

⁸ LANZAGORTA, *Una mirada a la Iglesia*, 41.

⁹ Zygmunt Bauman utiliza esta expresión como categoría sociológica para evidenciar un cambio estructural de la realidad. Mientras la modernidad fue considerada como el tiempo de lo sólido, es decir, de los valores perdurables, el concepto de *liquidez* hace referencia a un estado de cambio constante. El autor enfatiza el cambio, la transitoriedad y desregulación de los mercados capitalistas, como a su vez la precariedad, fragilidad y transitoriedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada.

¹⁰ Cfr. BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

¹¹ Cfr. SERVICIO CATEQUÍSTICO SALESIANO, *Documento de trabajo sobre análisis de los resultados*, 2.

continente¹². Se ha destacado la influencia negativa de la cultura posmoderna y del mundo del mercado en la definición de sus valores fundamentales¹³ que trae como consecuencia la fragmentación de la personalidad, la ausencia de madurez humana y el debilitamiento de la identidad espiritual¹⁴. Se percibe con mayor acento el desencanto juvenil para participar en la política a raíz del recrudecimiento de la corrupción en la sociedad y en el Estado¹⁵, como a su vez la persistencia, en la evangelización y catequesis, de lenguajes poco significativos para la cultural actual y los jóvenes¹⁶. Se evidencia la vulnerabilidad de muchos jóvenes pobres, marginados, sin oportunidades económicas¹⁷, insertos en el doloroso mundo de la drogadicción¹⁸. Esta lectura de la realidad juvenil se comprende dentro de la revisión planteada por la *Gaudium et Spes*¹⁹ frente al cambio de mentalidad y de estructuras notables particularmente en el contexto juvenil, y a su vez dentro de la dinámica de la opción preferencial por los jóvenes asumida desde *Medellín*²⁰.

1.1.2. Apertura de los jóvenes a lo trascendente

En este gran marco de la realidad juvenil, emerge una apertura innegable al trascendente, aunque tejida por diversidad de sentidos. Según Tere Lanzagorta Bonilla:

La búsqueda del trascendente se compone –y no podría ser diferente- de un conjunto de necesidades experimentadas por los jóvenes, particularmente en términos de

¹² CELAM, *Documento de Aparecida*, Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: Aparecida, Brasil, Mayo 2007. Bogotá: CELAM, 2008, N° 554.

¹³ *Ibid.*, N° 54.

¹⁴ *Ibid.*, 318.

¹⁵ *Ibid.*, N° 77.

¹⁶ *Ibid.*, N° 100d.

¹⁷ *Ibid.*, N° 406.

¹⁸ *Ibid.*, N° 422.

¹⁹ Cfr. Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 7. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1029-1030.

²⁰ El Capítulo 5 del Documento de Medellín de 1968, está dedicado de manera especial a “La Juventud”. Allí la Iglesia Latinoamericana comprende la importancia, el gran interés y la actualidad de la situación juvenil. En este capítulo se hace un breve análisis de las características de la juventud de la época y se manifiesta la opción por los jóvenes a partir de algunos criterios pastorales.

solución de sus angustias; de recuperación de la autoestima; de afirmación de su identidad e integración social; de búsqueda de un sentido de vida capaz de potencializar el enfrentar al futuro²¹.

Los jóvenes sí expresan una manera religiosa de vivir, aunque no sea confesional. Se trata de una necesidad ineludible de espiritualidad, tal como afirma Juan Jaime Escobar “inquietud por lo espiritual, sí; Dios, tal vez; religión, no”²², o como afirma Borobio “religión trascendente sí, pero para este mundo”²³, y que José Luis Moral identifica al interior de la Iglesia como emergencia de un cristianismo humanitario y autónomo²⁴. Esta apreciación de lo religioso evidencia un cambio sustancial en la forma y los contenidos de la fe para ellos.

Aunque la posición de los jóvenes cristianos, en gran medida, no es radical, debido a su pertenencia por tradición más que por formación, y a pesar “de no ser claramente creyentes ni ser claramente no-creyentes, es verdad que manifiestan una cierta inquietud espiritual en forma de preguntas o necesidades existenciales”²⁵. El mundo que los rodea, centrado en el consumo y en los compromisos frágiles de la modernidad líquida, “suele dejar abierta a los jóvenes la herida de un algo que falta”²⁶. Parece evidente que el adolescente vive una experiencia religiosa distinta “en el sentido de experimentar en y desde sí mismo que algo le trasciende y supera y que su misterio no se explica por sí mismo ni se agota en subjetivas razones”²⁷.

Esta búsqueda espiritual es manifestación del malestar producido por la sociedad actual que no responde a los anhelos profundos de los jóvenes, e incluso por los estancamientos de los

²¹ Cfr. LANZAGORTA, *Una mirada a la Iglesia*, 42.

²² ESCOBAR VALENCIA, Juan Jaime. *Dios sí, religión no: acercamiento a la realidad religiosa de la juventud actual*. En: Entremeses teológicos Teología y hábitat juvenil. Colección Teología Hoy. N° 70. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008. 71.

²³ BOROPIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 127.

²⁴ MORAL, José Luis. *¿Jóvenes sin fe?* Madrid: PPC. 2007. 120.

²⁵ ESCOBAR, *Dios sí*, 72.

²⁶ *Ibid.*, 72.

²⁷ BOROPIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 119.

mismos procesos de formación cristiana que “terminan en la confirmación, mientras la evolución del joven continúa todavía con los estudios universitarios o con experiencias sociales que marcan a la persona”²⁸. Y aunque esta constatación hace que se desee saciar esta sed de espiritualidad, no pocas veces emerge, con fuerza, como para buscar con gran intensidad este anhelo en una relación con un Dios personal a través de una experiencia comunitaria. La cultura propia de comienzo del siglo XXI, está marcada por modelos y circunstancias lejanas a los valores religiosos:

La preeminencia del individuo y de lo individual hace difícil e incluso incomprensible la experiencia comunitaria. La crisis de las antiguas utopías, la visión de pesimismo del futuro, las tendencias depresivas, los imaginarios oscuros, relativizan y socavan los planteamientos utópicos propios de la religión. La renuncia al concepto de verdad, incluso de verdad científica, la relativización de las doctrinas y la absolutización de las opiniones individuales, hace tremendamente difícil presentar una doctrina coherente y compartida y hace aún más difícil atreverse a creer en ella. Por último, la nueva ética estética fundada en el gusto y las apetencias del individuo pone en jaque la posibilidad de asumir unos valores y una calidad de vida moral como testimonio explícito de la fe compartida²⁹.

Aunque el contexto es en gran parte cristiano “prevalece de parte de los jóvenes una actitud que, sin negar necesariamente lo espiritual e incluso la fe en un Dios, no se plantea la participación en una experiencia religiosa como elemento fundamental de la vida”³⁰. La búsqueda de muchos jóvenes, incluidos aquellos interesados en la vida religiosa, evidencia una profunda sed de espiritualidad, aunque no siempre esté identificada con una clara experiencia del Dios de Jesucristo³¹. Las mismas culturas juveniles con sus signos y sus expresiones manifiestan una búsqueda espiritual.

²⁸ VECCHI, Juan Edmundo. *Los jóvenes y Jesucristo*. En: Revista Javeriana. Vol 130, N° 642. Bogotá. Marzo. 1998. 127.

²⁹ ESCOBAR, *Dios sí*, 75-76.

³⁰ *Ibid.*, 74.

³¹ Cfr. CHAVEZ, Pascual. *Radicalidad evangélica*. Bogotá: Serie Animación Salesiana, 2011. 35.

La religiosidad juvenil está hoy sometida a procesos de influjos y cambios de la sociedad mediática. Sin embargo, esta apreciación diversa de la experiencia trascendente no reduce la importancia de la pregunta religiosa, ni se puede deducir desde allí, que los jóvenes hayan perdido la fe, sino que se está produciendo un giro hacia una recomposición de la experiencia religiosa. La inserción en un mundo globalizado con la lógica del consumo, la exigente comprensión hermenéutica del acontecimiento de la revelación a partir de la historia y el ser humano concreto, y las dificultades de los procesos formativos y catequéticos, son factores que han contribuido a una reinterpretación de la vida cristiana.

Es evidente así la emergencia de una experiencia espiritual de acuerdo a las tendencias de la cultura mediática, pero que expresa la apertura sincera del ser humano a la trascendencia. Como afirma José Luis Moral:

Asistimos, en verdad, a un indudable proceso de reconstrucción de la dimensión religiosa en los jóvenes que, en buena medida, se realiza a base de elaboraciones propias, muy personales y subjetivas. No obstante, otra parte importante corresponde a la influencia innegable de dos factores: lo recibido en la transmisión religiosa familiar (...) y la referencia permanente de la comunidad eclesial³².

El distanciamiento y la crítica de los jóvenes a la fe y a la vida eclesial, o más aún al modelo institucional imperante, es en el fondo un malestar que suscita interrogantes sobre el sentido de la vivencia actual de la comunidad cristiana. Ver a la Iglesia como sociedad adulta, que se centra en lo cúltilo alejada de la vida, que desdibuja el valor de la libertad humana por la asunción de preceptos morales y la aceptación pasiva de estructuras injustas, como también por la irrelevancia de la fe ante una racionalidad pragmática, son razones por las cuales los mismos jóvenes bautizados viven una vida cristiana sin ilusión ni adhesión vital. La crítica de los jóvenes en no pocas veces es ignorancia del camino de fe, pero tampoco deja de ser un anhelo sincero de vida cristiana. Su espontáneo distanciamiento no

³² MORAL, *¿Jóvenes sin fe?* 124.

surge por irreligiosidad, sino por desintegración de la vida real de los jóvenes y por escasa comprensión de la vivencia sacramental en clave de sentido y de símbolo.

Ante esta realidad en la cual se percibe ser creyente a su modo personal, es preciso redescubrir el valor de la vida y más aún de la existencia cristiana como único dinamismo en clave de sentido. Esta búsqueda espiritual evidente en el contexto juvenil emerge como una condición de posibilidad para ahondar en la comprensión de la vida y de la historia como experiencia de sentido.

1.2. A la búsqueda del sentido de la vida.

La búsqueda de sentido tiene que ver con lo que hacemos de nuestra vida, con el modo como la comprendemos y la asumimos, con los interrogantes y la identidad personal, y más aún con las situaciones límites a las cuales nos enfrentamos: el mal, la enfermedad y la muerte. La célebre y sugestiva experiencia narrada por Viktor Frankl³³, que ha dado origen a la logoterapia, es una prueba de ello. Ciertamente “queremos vivir una vida que merezca la pena y frecuentemente no sabemos cómo”³⁴ y esto es complicado, sobre todo en la época actual, en que han caído las grandes certezas y nos enfrentamos al relativismo o a las verdades particulares.

La pregunta por el sentido de la existencia no es una cuestión superada para el hombre y menos para el auténtico creyente. En el corazón del ser humano, y especialmente en la apertura de los jóvenes al mundo, hallamos el deseo sincero de felicidad. Así, todos, de forma explícita o tácita, “buscamos un proyecto de sentido con el que identificarnos y

³³ Cfr. FRANKL, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2004.

³⁴ ESTRADA, Juan Antonio. *El sentido y el sin sentido de la vida: preguntas a la filosofía y a la religión*. Madrid: Trotta, 2010. 11.

tenemos necesidades espirituales a las que responder”³⁵. Y entre las preguntas y respuestas que se plantea el hombre en profundidad va apareciendo el sentido que tiene la vida:

Sentido que manifiesta nuestra escala de valores sobre los grandes temas de la vida: el amor, el trabajo, la familia, la sociedad, las etapas de vida, la enfermedad, la muerte y la trascendencia. Y en esta tarea nadie nos puede suplir. Los creyentes y los no creyentes vivimos en medio de un mundo que nos interpela y que nos pide respuestas que nos permitan descifrar el sentido de la vida de hombre, y sobre todo, que permitan vivir; y que se expresa en multitud de manifestaciones culturales y con diversidad de propuestas éticas³⁶.

A la raíz de la pregunta por el sentido de la vida, hay otra pregunta implícita: ¿Qué es el ser humano? Esta pregunta trascendental de la filosofía toca a su vez el ámbito teológico, por cuanto “no puede hablarse socialmente del sentido de la vida sin plantearse preguntas religiosas”³⁷. Así, la experiencia religiosa y específicamente cristiana es ante todo experiencia humana.

Más allá de definiciones taxativas y abstractas que pueda lograr el ser humano sobre sí mismo “la persona es el ser que se pregunta por el significado del universo, y por ella, dentro de él”³⁸ y de la forma como entendamos el universo, así también se evalúa el sentido de la propia vida. En medio de nuestra cotidianidad, ante experiencias límite, ante la insatisfacción sentida continuamente, emergen las preguntas por *quién soy y qué sentido tiene mi vida*; preguntas que de una u otra manera se abordan desde diversas perspectivas: qué estoy haciendo con mi vida, para qué estoy aquí. El mismo filósofo francés, Maurice Blondel, había enunciado este interrogante como punto de partida de su obra *La acción*: ¿tiene la vida humana un sentido y el hombre un destino? Y más aún, el mismo Vaticano II,

³⁵ ESTRADA, Juan Antonio. *De la salvación a un proyecto de sentido: por una cristología actual*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2013. 365.

³⁶ RAFÓLS, Oriol y Equipo. *Educación en la búsqueda de sentido*. Madrid: CCS, 2009. 22.

³⁷ ESTRADA, *El sentido*, 12.

³⁸ *Ibid.*, 14.

en perspectiva de la filosofía personalista, expresaba la complejidad del ser humano: “todo hombre sigue siendo para sí mismo un problema sin solucionar, percibido confusamente”³⁹.

El sentido de la vida alude así a la actitud fundamental frente a la existencia, al modo como se encara la realidad personal en aras de sentirse plenamente humano. Tal como afirma José Luis Meza, se puede entender el sentido de la vida, en concordancia con Frankl, como “la razón que nos motiva y nos impulsa a vivir haciendo que las circunstancias sean abordadas con ímpetu y entereza”⁴⁰, porque la vida es una tarea que se realiza día a día. Se trata en el fondo, de una voluntad de sentido, de una búsqueda personal y específica, en cuanto que es la persona misma quien puede encontrarla. La vida misma interroga al ser humano, le hace consciente de sí respondiendo desde su propia vida. Así lo sintetiza Frankl:

No deberíamos perseguir un sentido abstracto de la vida, pues a cada uno le está reservada una precisa misión, un cometido a cumplir; por consiguiente, ni puede ser reemplazado en función, ni su vida puede repetirse: su tarea es única como única es la oportunidad de consumarla(...). La esencia de la existencia consiste en la capacidad del ser humano para responder responsablemente a las demandas que la vida le plantea en cada situación particular⁴¹.

Esta búsqueda de sentido está en estrecha relación con lo que Paul Tillich ha denominado, la dimensión perdida⁴². Nuestra cultura, saturada de consumo y fugacidad padece la pérdida de la profundidad. La carencia de una interioridad, de una voluntad de sentido impide, a no pocos hombres –especialmente al creyente en su vivencia sacramental- construir una forma de vida auténtica y gozosa. Ya lo expresaba el autor con las siguientes palabras:

³⁹ Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 21. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1041.

⁴⁰ MEZA, José Luis y ARANGO, Oscar Albeiro. *El discernimiento y el proyecto de vida: dinamismos para la construcción de sentido*. Colección Fe y Universidad 9. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005. 6.

⁴¹ FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, 131.

⁴² Cfr. TILLICH, Paul. *La dimensión perdida*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1970. 12.

El elemento decisivo en la actual situación del hombre occidental es la pérdida de la dimensión de profundidad. Dimensión de profundidad es una metáfora espacial; ¿Qué significa cuando se la aplica a la vida espiritual del hombre, y se dice que es algo que éste ha perdido? Significa que el hombre ha perdido la respuesta a la pregunta por el sentido de su vida, la pregunta por el de dónde viene y a dónde va, la pregunta por lo que hace y debe hacer de sí en el breve lapso entre nacimiento y muerte. Estas preguntas no encuentran ya respuesta alguna; más aún ni siquiera son planteadas cuando se ha perdido la dimensión de profundidad (...) Ser religioso significa preguntarse apasionadamente por el sentido de nuestra vida y estar abierto a una respuesta, aun cuando ella nos haga vacilar profundamente (...) Pero la verdadera esencia de la religión (...) es el ser mismo del hombre en cuanto se pone en juego el sentido de su vida y de su existencia en general⁴³.

El sentido de la vida del hombre está en una vida abierta al valor y a la orientación fundamental de la existencia. Si el hombre es un animal incompleto, tal como afirma Juan Antonio Estrada, este mismo se completa, crece, se desarrolla y se identifica a sí mismo en un proceso de humanización dentro de su contexto cultural y social. El ser humano

emerge evolutivamente como una totalidad integral, sin separar el cuerpo y el espíritu, el cerebro y la mente. Más que una realidad psicofísica somos seres espirituales, con necesidades constitutivas que están relacionadas con la condición humana. El hombre es el único animal que se pregunta por sí mismo, que se siente llamado a trascender su propio yo en función de un proyecto de sentido, por el que pueda sacrificarse. El cerramiento del yo no permite la realización individual aislada, porque una vida lograda sólo puede conseguirse mediante los otros. Hay que aprender a perderse, a desprenderse del egocentrismo, para reencontrarse, enriquecido con los tús. Desde esas relaciones interpersonales se generan valores, comunión y sentido. Entonces, la vida merece la pena, en contra del nihilismo, el vacío existencial, el aburrimiento de una existencia a la que no se le encuentra valor, precisamente porque no hay

⁴³ TILLICH, Paul. *La dimensión perdida*, 12-13.

trascendencia compartida, ni comunidad de personas, ni reconocimiento del otro, ni un tú al que dirigirse⁴⁴.

El reconocimiento del sentido de la vida va más allá de lo cotidiano, para convertirse en un eje estructurante de la existencia. Sólo cuando se capta el aquí y el ahora como el momento decisivo en que estoy jugando mi vida, es allí donde se despierta la pregunta por el sentido de la vida. En la preocupación por lo provisional y lo transitorio radica la pérdida del sentido o de la profundidad, o como afirma Tillich, “la pérdida de la religión y su significado auténtico y universal”⁴⁵.

1.3. La existencia humana y cristiana como experiencia de sentido en los jóvenes.

La búsqueda del sentido de la vida coloca al hombre ante la capacidad de responsabilidad y trascendencia de su propia vida. Pero este dinamismo de la persona humana es, ante todo, apertura al mundo más que un quedarse encerrado dentro de sí mismo. A esta característica clave del ser humano, Viktor Frankl la ha denominado *autotrascendencia de la existencia*. El hombre no llega a realizarse sino en la medida en que busca el sentido de su vida porque “implica dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno, bien sea para realizar un valor, alcanzar un sentido o encontrar a otro ser humano”⁴⁶. De esta forma, la autorealización se desprende de hallar un sentido real haciendo algo, amando a otro o asumiendo el sufrimiento con sentido.

Dentro de este marco antropológico la pregunta fundamental para el creyente que se acerca a la experiencia sacramental sería: ¿tiene sentido ser cristiano?; y más aún, ¿la existencia cristiana en el fondo es un proyecto de sentido a tal punto que sea razón para vivir y también para morir? La respuesta es posiblemente afirmativa si se entiende la existencia

⁴⁴ ESTRADA, *El sentido*, 29.

⁴⁵ TILLICH, *La dimensión perdida*, 16.

⁴⁶ FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, 133.

cristiana ante todo como una relación con Dios, es decir, desde la comprensión de la vida como vocación, en tanto que ella misma es un don y una tarea, gratuidad y libertad.

La búsqueda de sentido halla eco de resonancia de un modo especial en la persona del joven, en el dinámico desarrollo de la personalidad humana como “*la riqueza de descubrir y a la vez de programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones*, que tendrán importancia para el futuro en la dimensión estrictamente personal de la existencia humana”⁴⁷. En la edad juvenil:

se da una búsqueda de sentido que una minoría satisface en forma consciente, pero que se halla presente en un gran número de jóvenes. Cuando vislumbran un signo que los impresiona, un interlocutor que los comprende, una empresa en la que vale la pena comprometerse, o un modelo atrayente aflora la pregunta juvenil que encontramos en el evangelio⁴⁸.

Esta búsqueda fundamental emerge en los jóvenes como una condición de posibilidad de autorealización. Los jóvenes están ante una etapa fundamental de su existencia:

Efectivamente, el período de la juventud es *el tiempo* de un descubrimiento particularmente *intenso del «yo» humano* y de las propiedades y capacidades que éste encierra. A la vista interior de la personalidad en desarrollo de un joven o de una joven se abre gradual y sucesivamente aquella *específica* –en cierto sentido única e irrepetible– *potencialidad de una humanidad concreta*, en la que está como inscrito el *proyecto completo de la vida futura*. La vida se delinea como la realización de tal proyecto, como «*autorrealización*»⁴⁹.

En este ámbito reflexivo, Juan Pablo II evoca el encuentro del joven rico con Jesús (Lc 18, 18-23) y el planteamiento de la pregunta fundamental de su vida como lo que se ha de

⁴⁷ Carta Apostólica *Dilecti amici*, N° 3. En: Acta Apostolicae Sedis 77 (1985). 583.

⁴⁸ VECCHI, *Los jóvenes*, 127.

⁴⁹ Carta Apostólica *Dilecti amici*, N° 3. En: Acta Apostolicae Sedis 77 (1985). 583.

hacer para alcanzar la vida eterna, bajo la siguiente clave de lectura: ¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y sentido? Este reconocimiento del verdadero sentido de la vida se halla más concretamente en el seguimiento, como el hecho de poner la vida en dirección hacia Jesús y su proyecto. La vida, desde la condición creatural de imagen y semejanza del creador, sólo se comprende por una referencia y relación directa con Dios, a tal punto que sin ella el creyente no puede realizarse verdaderamente.

Ciertamente, la temporalidad de la existencia atravesada por las experiencias límite y por la muerte, no hace a la vida misma carente de sentido, sino que le hace consciente del valor de su existencia aquí y ahora, y le permite reconocer la temporalidad como condición donde empieza a construirse el Reino de Dios. Esta respuesta es evidente cuando en función del seguimiento, Jesús pide al joven que dé todo a los pobres y le siga (Lc 18, 22). La fugacidad de la vida y el deseo profundo de realización del hombre encuentra en la persona del joven una significatividad singular, y más aún cuando se entiende la vida como adhesión profunda a la persona y al proyecto de Jesús, a un modo de mostrar que en lo humano se hace patente la presencia de Dios. La pérdida de la dimensión de la profundidad, tal como demuestra Tillich, se debe a la exclusiva horizontalidad de la vida⁵⁰, a vivir rodeado de la rutina, preocupado por lo provisional y transitorio. Para lograr dar sentido a la vida, Tillich identifica a Dios como la profundidad infinita necesaria⁵¹, frente a la cual el hombre puede salir del círculo de la superficialidad y hallarse a sí mismo situado en el mundo.

Determinar que la vida cristiana es posibilidad de sentido del creyente, se halla en la apertura al proyecto de Dios, es ante todo descubrir, como afirma Boff⁵², la transparencia de Dios. El hombre experimenta que la transparencia de Dios es posible cuando sale de sí mismo, vuelto hacia afuera y se hace interlocutor del mismo en medio de su mundo. De este modo, la experiencia de Dios, del trascendente y del inmanente, más allá de una

⁵⁰ Cfr. TILLICH, *La dimensión perdida*, 18.

⁵¹ Cfr. *Ibid.*, 113.

⁵² BOFF, Leonardo. *La experiencia de Dios*. Bogotá: Secretariado General de la CLAR, 1975. 18.

reducción a una vivencia psicológica, es el modo como interiorizamos la realidad cuando Dios aparece en la conciencia del hombre. Boff lo ratifica citando a Teilhard de Chardin: “el gran misterio del cristianismo no es exactamente la aparición, sino la transparencia de Dios en el universo. ¡Oh, sí, Señor! No nuestra epifanía, Jesús, sino vuestra diafanía”⁵³. Así, la vida se convierte en la única oportunidad de encontrarse a sí mismo en la revelación transparente de Dios en el mundo dentro de las situaciones históricas.

La vida posee en sí una bondad intrínseca al ser vivida, aun cuando está dramatizada por la enfermedad, el odio y el mal, y finalmente la muerte. Y esta bondad fundamental de la vida se asume como experiencia de sentido en la cual experimentamos a Dios como alguien que acepta al ser humano, que da respuesta a la realidad humana y este alguien es el último consuelo y el sentido fundamental de toda la existencia.

Aquí se hace patente el giro antropológico destacado en el Concilio Vaticano II, por el cual el hombre es el “camino fundamental y cotidiano de la Iglesia”⁵⁴ porque Jesucristo, el Hijo de Dios, asumió como condición plena de la revelación su encarnación, su humanización como plenitud de la salvación. De esta forma, la humanidad, el hombre en toda su integridad y fragilidad, es el lugar donde acontece la experiencia de Dios, que celebra simbólicamente en la fe y más concretamente en los sacramentos.

1.4. Madurez humana y crecimiento espiritual en los jóvenes: dinamismos de autenticidad y realización.

La comprensión de la vida como camino de sentido lleva al creyente a tomar conciencia del valor fundamental de la existencia cristiana. La búsqueda del sentido de la vida encuentra un anclaje fundamental para el cristiano. Se trata de asumir su existencia como vocación, como llamada a un modo concreto de ser persona, de ser creyente, de ser

⁵³ BOFF, *La experiencia de Dios*, 19.

⁵⁴ Carta Apostólica *Dilecti amici*, N° 1. En: *Acta Apostolicae Sedis* 77 (1985). 579.

discípulo de Jesucristo. Y este proceso articula toda la vida del cristiano como proceso de maduración y crecimiento integral, sobre todo cuando el joven está en la etapa de su existencia en la que por sus cambios biológicos, psicológicos, familiares y sociales se abre a un proceso de identificación y autoafirmación frente a los demás.

La persona del joven, en su experiencia antropológica de tránsito de la infancia a la juventud, atraviesa este camino “provocado a elegir y optar, a identificarse y asumir su libertad”⁵⁵. Se trata en el fondo de un proceso de personalización en el cual “el sujeto experimenta su capacidad de decidir responsablemente, de optar por un sistema de valores con conciencia de lo que hace, de configurar su propio destino, de adoptar un estilo de vida, de decidirse por un ser y aparecer determinados ante la sociedad y el mundo”⁵⁶. Y este mismo proceso se vive, según Alburquerque⁵⁷, al interior de la formación cristiana y en el acompañamiento de los jóvenes como maduración humana y crecimiento espiritual.

Indudablemente, la espiritualidad cristiana es la forma y el estilo concreto como el creyente vive el Evangelio, y se define radicalmente por “la relación absoluta con la persona de Jesús y su seguimiento”⁵⁸. Y el modo como se asume este camino de crecimiento está patente bajo la figura de la maduración en todo, hasta llegar a la plenitud, Cristo (Ef 4, 15-16). Se trata en el fondo de un proceso de crecimiento y maduración integral en el cual se revela que fuera de lo humano no hay salvación⁵⁹. Pero tal proceso no se entiende como “perfeccionamiento ontológico, descrito como crecimiento de gracia, ni tampoco como el progreso ascético, como un perfeccionamiento moral”⁶⁰, sino que se prefiere concebirlo como “unificación progresiva que se realiza en la persona del creyente que vertebró su vida en torno a la opción fundamental por Dios”⁶¹, en el cual encuentra el verdadero sentido de su existencia. Así lo ha ratificado Benedicto XVI en su carta Encíclica *Deus Caritas est*:

⁵⁵ BOROPIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 108.

⁵⁶ *Ibid.*, 113.

⁵⁷ Cfr. ALBURQUERQUE, Eugenio. *El acompañamiento espiritual en la pastoral juvenil*. Madrid: CCS, 2009.

⁵⁸ PERESSON, Mario Leonardo. *Seguir a Jesucristo*. Bogotá: Ediciones Salesianas, 2006. 18.

⁵⁹ Cfr. LASSO, Rafael Andrés y MAHECHA, Gustavo Adolfo. *Fuera de lo humano no hay salvación*. Tesis de opción por el título de Licenciado en Teología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2011.

⁶⁰ ALBURQUERQUE, *El acompañamiento*, 17.

⁶¹ *Ibid.*, 17.

“no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁶².

La existencia cristiana se vive y se celebra a través de los sacramentos como una búsqueda y descubrimiento del sentido de la vida en el seguimiento de Cristo. Esta experiencia no es un crecimiento lineal, sino que tiene ritmos propios marcados por las crisis, los avances y la adhesión más profunda a la persona de Jesús dentro de la vida de la comunidad cristiana. Por ello, la persona que ha asumido en esta perspectiva su existencia, va experimentando que realiza su vocación humana, que “llega a una capacidad suficiente de obrar libremente; que integra y desarrolla sus capacidades y talentos; que consigue el control de sus emociones y sentimientos; que vive abierta a los demás con actitud de servicio y donación; que orienta su comportamiento desde la autonomía personal”⁶³ y en definitiva, que se va descubriendo persona integral.

La búsqueda de una maduración gradual permite al cristiano comprender el sentido fundamental de su fe. Se trata de la maduración de la persona en Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, situación vital que se experimenta en el Sacramento de la Confirmación. Precisamente, por tratarse de la persona especialmente del joven que celebra este sacramento, en medio de su realización histórica, se trata de un ponerse en camino para vertebrar su existencia desde la fe, para llegar a vivir en Cristo, como un proceso de apertura y escucha del Espíritu en un movimiento existencial de discernimiento. El crecimiento humano y espiritual es maduración, es búsqueda de sentido, es recuperación de la dimensión de profundidad, es autoconciencia de la acción de Dios en la vida, que por “la escucha y el discernimiento en el Espíritu nos hacen capaces de reconocer la llamada de Dios en lo íntimo de nuestro ser, de orientar nuestra vida desde la fe y el amor”⁶⁴. Este proceso, a su vez, capacita al creyente para una inserción comprometida en la realidad.

⁶² Carta Encíclica *Deus Caritas est*, N° 1. En: Acta Apostolicae Sedis 98 (2006). 217.

⁶³ ALBURQUERQUE, *El acompañamiento*, 33.

⁶⁴ *Ibid.*, 42.

Cada vez se da una mayor conciencia de la ruptura que hay entre vida y sacramento, entre existencia y fe. A este respecto vale la pena destacar que la misma experiencia de maduración puede estancarse cuando no se proyecta la formación cristiana como camino teologal:

El mismo agotamiento de la transmisión religiosa de la fe responde más a problemas en la transformación de dicha transmisión que a interpretaciones ligadas a su desaparición social. La religión ya no entra en el catálogo de la herencia o de los ejemplos que hay que seguir, sino que se vincula con un ofrecimiento libre y comporta la apropiación personal, unida a experiencias y opciones también personales. Entonces, más que reproducción nos las hemos de ver con una transmisión que, amén de situarse en un complejo ambiente pluralista, debe realizarse como *propuesta de sentido* orientada libre y personalmente⁶⁵.

Más aún, si la experiencia comunitaria de la Iglesia no irradia esta búsqueda activa, constatamos que “muchos jóvenes cristianos no logran la maduración de su fe en la situación actual, entre otras razones, porque no terminan de casar su búsqueda de sentido con cuanto ofrece la comunidad eclesial”⁶⁶.

Fe y vida no son asuntos separados, sino un único dinamismo de sentido, como tampoco formación cristiana y situación vital del joven deben separarse en función de otros acentos. Ante esta relación evidente,

el cristianismo propone un proyecto de sentido que haga crecer a la persona, en cuanto ser libre y autónomo, y ofrece una salvación final, más allá de la muerte. Surge como una forma de vida que tiene en Jesús de Nazaret la referencia principal, presentándola como la que mejor realiza al ser humano⁶⁷.

⁶⁵ MORAL, *¿Jóvenes sin fe?*, 120.

⁶⁶ *Ibid.* 136.

⁶⁷ ESTRADA, *De la salvación*, 368.

Este camino se hace pedagógicamente como un tomar conciencia de la acción de Dios en la vida y en la historia, movimiento reflexivo que permite construir su vida de forma auténtica y gozosa:

El proceso de educación a la fe, en el fondo, no consiste tanto en introducir algo externo en el interior de la vida de los jóvenes, cuando en ayudarles a caer en la cuenta, *a dar a luz su intimidad más radical* habitada por Dios, a desarrollar las potencialidades y capacidades que albergan en lo más profundo de sí mismos. En definitiva, se trata de acompañar la vida de los chicos y chicas y, al hilo de la narración de la experiencia cristiana, con ellos, seguir escuchando a Dios, intentando que las nuevas generaciones *sintonicen* con su Palabra⁶⁸.

Este camino de interiorización es a su vez una explicitación de lo que el joven va descubriendo en su vida y del crecimiento que se va logrando en él mismo como apertura a Dios.

Esta perspectiva ofrece una mirada esperanzadora de la praxis sacramental juvenil promovida por la comunidad eclesial, que es consciente del dinamismo antropológico presente en cada de uno de ellos:

Los jóvenes tienen religiosidad pero no tienen Iglesia. A los jóvenes no le sobran ritos, pero les falta que les den y descubran la fe que los haga legibles y plenos de sentido. Los jóvenes buscan como nadie un sentido a su vida, pero no lo ven plasmado en los que se creen repartidores de ese sentido. Ante la caída de los dioses de las utopías humanas, el joven se pregunta si la vida tiene otro sentido que de la fruición de la inmediatez. Y lo que se soñaba con que fuera centrales generadoras de sentido: democracia, tecnología, bienes de consumo, disfrute hedonista (...) guardan silencio. Por todo ello, la Iglesia debe tener el coraje de ser y presentarse, con la autenticidad de su testimonio evangélico, como verdadera generadora de sentido nuevo, que no es otro sino el Dios de Jesucristo. Los jóvenes son tan capaces de religión como ayer, Pero

⁶⁸ MORAL, *¿Jóvenes sin fe?* 150.

necesitan que les ayudemos a identificar y vivir su ser religioso en este mundo nuevo. Ellos son capaces de esperanza”⁶⁹.

Será preciso para ello recuperar la imagen de la vida cristiana como camino ante el hecho de que “ser joven y creyente cristiano no es algo obvio”⁷⁰ ni mucho menos programado, pero sí discernido. La orientación de la existencia como camino, celebrada en cada sacramento, nos lleva a ratificar el mismo sentido de la búsqueda y la desinstalación, de la marcha de Dios en la historia y de la apertura libre del hombre en la misma.

1.5. Los jóvenes ante el sacramento de la Confirmación: del sacramentalismo sociológico al simbolismo sacramental.

La mirada a la condición antropológica de los jóvenes, que celebran el sacramento de la Confirmación, ha llevado a constatar el surgimiento de una nueva comprensión de lo religioso, como a su vez la percepción de la existencia como una búsqueda de sentido ineludible. Ahora, ante la percepción específica de la experiencia sacramental de la Confirmación, es posible hallarse ante una praxis que deja, en cierto modo, insatisfacción. Una evidencia de ello es la desarticulación del sacramento dentro de la Iniciación Cristiana, bajo la idea generalizada de recibir el sacramento como algo que proviene de otros que lo administran. Más aún, es inquietante que posterior a la celebración del signo-sacramento “sólo un pequeño porcentaje de confirmados continua su proceso de formación cristiana hasta la edad adulta”⁷¹. Esta praxis está sostenida por una mirada obligante y pasiva de la fe.

Según Isabel Corpas de Posada,

⁶⁹ BOROPIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 148.

⁷⁰ TORRES QUEIRUGA, Andrés. *Recuperar los caminos de Dios con los jóvenes*. En: Revista Misión Joven N° 264-265. Madrid: CCS. 1999. 7.

⁷¹ MOVILLA, Secundino. *Los jóvenes y la Confirmación: situación actual, criterios y perspectivas pastorales*. En: Revista Phase N°. 265. Barcelona: 2005. 41.

al no ser la celebración sacramental una forma de expresión sino *algo* que se *recibe*, resulta normal que se identifiquen con *cosas* externas al hombre, que actúan, sí, en su interior y por ello resultan inútiles. Y como son útiles para tranquilizar la conciencia y para hacer méritos para la otra vida, desde una mentalidad capitalista se piensa en una especie de cuenta de ahorros (...) así, una comprensión cosificante y utilitarista del sacramento conlleva una práctica individualista⁷².

Esta mirada reduccionista del sacramento conlleva una participación por conveniencia o sociológicamente necesaria, que no expresa el sentido de la vida cristiana. El énfasis de esta mentalidad ritualista sacramental conduce a un praxis cristiana ineficaz y mágica. Y en este punto es posible parafrasear la frase del evangelio, que relaciona al hombre con el sábado, en cuanto si el hombre ha sido hecho para los sacramentos o los sacramentos para el hombre.

Sin tender a generalizar la praxis sacramental como viciada en su totalidad, se asiste a un consumismo sacramental o a un sacramentalismo. Basta con percibir la presencia fugaz de algunos creyentes sólo durante los sacramentos puntuales de la iniciación cristiana y un poco más allá, para otros, cuando se deciden al matrimonio. Esta actitud sacramentalista es considerada, por Leonardo Boff, como dia-bólica, es decir, como práctica que separa, escandaliza y desvía el sentido real del símbolo sacramental: “se celebra el sacramento, pero sin conversión (...) se hacen los ritos, pero sin vivir la fe, manteniendo en la existencia concreta valores opuestos a ella: explotación del hombre por el hombre, lucha por acumular más y más fortuna”⁷³. Y si esta realidad es en el fondo una evidencia de la ruptura entre vida y rito, al estilo de la disputa entre lo profano y lo sagrado, no menos es un riesgo al que está abocado la persona del joven, que ha llegado a la fe por tradicionalismo.

⁷² CORPAS DE POSADA, Isabel. *Teología de los sacramentos; experiencia cristiana y lenguaje sacramental eclesial*. Bogotá: San Pablo, 2005. 9.

⁷³ BOFF, Leonardo. *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*. Bogotá: Indo-American Press Service, 1975. 67.

Sólo el redescubrimiento del carácter simbólico sacramental del seguimiento de Jesús es la puerta de entrada en un nuevo modo de comprensión y de praxis cristiana. Así lo han denotado diversos autores, para quienes el símbolo asume las experiencias fundamentales del hombre, las hace consciente y las comunica.

1.5.1. El sacramento como realidad simbólica

José María Castillo, en su célebre texto *Símbolos de libertad*, y siguiendo el planteamiento fundamental de Paul Ricoeur, demuestra el carácter vinculante del símbolo como “una correspondencia que liga y vincula la expresión a nivel semántico y consciente con las experiencias fundamentales de la existencia”⁷⁴. En el símbolo se da una relación estrecha entre el nivel lingüístico evidente y la dimensión no lingüística que asume las experiencias más profundas del hombre, que no son traducibles o tematizables a nivel consciente, y que no pueden ser formuladas y comunicables únicamente a través de la palabra.

Es así como se evidencia la perspectiva antropológica cultural sugerida por Cassirer, quien identifica al hombre como un animal simbólico, más que racional, en tanto que el hombre en su relación con el mundo es un creador de significaciones. Si bien, el hombre enfrentado a su realidad inmediata capta el mundo y lo expresa, tal dinámica en el fondo no es tanto racional, sino simbólica porque aprehende y busca manifestar esta realidad inefable a través del lenguaje. Y esta captación y expresión de significados es lo que generalmente definimos como cultura.

El símbolo, en su carácter vinculante “remite a un más allá de sí mismo”⁷⁵ que puede ser contemplado, aunque no totalmente abarcado. El símbolo se constituye así en algo real, porque experimenta, expresa y comunica las realidades más profundas de la existencia

⁷⁴ CASTILLO, José María. *Símbolos de libertad*. Salamanca: Sígueme, 1992. 176.

⁷⁵ *Ibid.*, 178.

humana. Negar que sea real, porque no es algo tangible a nivel físico o material, es desconocer que lo más importante es la realidad que se comunica a nivel simbólico.

El hombre, siendo animal simbólico, vive la experiencia simbólica y ésta a su vez lo hace, lo recrea, lo configura, le revela el sentido de su ser. En realidad, el hombre inmerso en su contexto cultural, en sus coordenadas históricas expresa su dinamismo existencial y trascendente a través del carácter simbólico y lo expresa a través de la fiesta, el llanto, el beso, el arte, entre otros.

La experiencia religiosa y concreta en las diversas religiones siempre ha expresado su relación con Dios a través de símbolos. Mircea Eliade⁷⁶ ha mostrado cómo la búsqueda religiosa ha estado mediada por la sacralización de lo profano, es decir, por las hierofanías. Estos campos hierofánicos⁷⁷ -tiempos, espacios, relaciones personales y elementos como el agua, el fuego, los alimentos, entre otros-, expresan ritualmente la irrupción del misterio en la actividad humana.

El hombre tiene la capacidad de descubrir que el mundo en que vive y las cosas que lo circundan, van más allá de su existencia inmediata. Compartir un tinto, es más que café preparado; se remite más a la acogida y la hospitalidad. En esta realidad se inscribe la experiencia religiosa y sacramental del cristiano. El sacramento será mucho más que un signo sensible de la gracia instituido por Jesucristo, que produce o aumenta la gracia, al modo por donde un canal conduce el agua. Los sacramentos se presentan como mediación, como experiencia simbólica que expresan y comunican la experiencia inefable del encuentro con Dios, la apertura del hombre a su misterio, en la persona y el proyecto de Jesús; se insertan dentro de la dinámica existencial como modo fundamental de redescubrir el sentido de la vida; sintetizan el movimiento de la formación cristiana como manifestación personal y comunitaria del crecimiento y maduración humana y cristiana.

⁷⁶ Cfr. CORPAS DE POSADA, *Teología de los sacramentos*, 60-61.

⁷⁷ Cfr. *Ibid.*, 62-64.

Quizá sea posible pensar que esta manera de comprender la vida sacramental no pueda llegar a realizarse. Ciertamente a lo largo de la historia cristiana y en la amplitud del mundo, donde ha llegado el evangelio, se ha pretendido comunicar esta experiencia vital. Y de todas formas aflora aquella vivencia dia-bólica que desdibuja el sacramento en un consumismo sociológico. Aunque pareciese caer en el olvido de la dimensión de profundidad, en la sospecha, en el desuso o banalización de lo simbólico como algo puramente ritual, -en nuestra época tecnocrática y consumista-, eso no implica una negación de símbolo sacramental y de su fuerza para expresar lo inefable y las experiencias densas de la existencia. Es esta la constatación lograda por Leonardo Boff⁷⁸, percibiendo en el sacramento una realidad simbólica de la fe cristiana:

No creemos que el hombre moderno haya perdido el sentido de lo simbólico y de lo sacramental. El hombre moderno es también hombre, como los de otros contextos culturales y por eso es autor de símbolos que expresan su interioridad y es capaz de descifrar el sentido de lo simbólico. Quizá, se ha hecho ciego y sordo a cierto tipo de símbolos y ritos sacramentales que se endurecieron o se volvieron anacrónicos (...) Porque, indudablemente, no podemos ocultar el hecho de que en el universo sacramental cristiano se ha llevado a cabo un proceso de momificación ritual, hasta el punto de que los signos empleados actualmente hablan poco por sí mismos, necesitan ser explicados; y es evidente que un signo que necesita ser explicado, ha dejado de ser signo. No es el signo, sino el misterio en el contenido, lo que necesita explicación⁷⁹.

1.5.2. Las dimensiones del símbolo sacramental

Para redescubrir el carácter simbólico del sacramento y especialmente de la Confirmación, es preciso revisar, ir más allá de lo ritual y traer a colación la vida del hombre, que se expresa como camino existencial de búsqueda y acogida del misterio. Boff manifiesta que el sacramento, en cuanto simbólico, está sostenido por un tejido de relaciones

⁷⁸ BOFF, *Los sacramentos de la vida*, 11.

⁷⁹ *Ibid.*, 11-12.

fundamentales que hace posible la experiencia de la fe⁸⁰. En este sentido lo simbólico *evoca, convoca y provoca* el sentido de la misma vida cristiana:

Es *rememorativo*, recuerda el pasado en el que irrumpió la experiencia de la gracia y la salvación; mantiene viva la memoria de la causa de toda liberación, Jesucristo y la historia de su misterio. Es *conmemorativo*; celebra una presencia en el aquí y en el ahora de la fe; gracia, visibilizándose en el rito y comunicándose en la vida humana. Es, por fin, *anticipativo*: anticipa el futuro dentro del presente, la vida eterna, la comunión con Dios y el convite con todos los justos⁸¹.

Esta triple dimensión simbólica lleva a superar toda práctica sacramentalista, porque inserta el sacramento en la totalidad de la existencia humana, como historia en la cual ha acontecido Dios, manifiesta al hombre la convergencia de su vida en la experiencia comunitaria de la fe y provoca una conversión o recreación del sentido, realizada desde el discernimiento. Esta triple relación es, según Isabel Corpas de Posada⁸², la articulación sacramental de la dimensiones cristológica, eclesiológica y soteriológica, presentes y actuantes en la vida del hombre y no fuera de él.

1.6. Articulación del símbolo sacramental como camino existencial de discernimiento

El hombre tiene por naturaleza una forma simbólica de comprender su vida. Y esta experiencia se agudiza aún más cuando se encuentra en los momentos transicionales, como “momentos de la historia personal que suponen un verdadero tránsito o cambio de una situación a otra”⁸³. Y la situación de crecimiento propia la condición juvenil, es una posibilidad “de realizar de un modo peculiar el sentido nuclear de la existencia y de

⁸⁰ Leonardo Boff manifiesta que el sacramento posee un sentido simbólico en cuanto supone la fe, la expresa, la alimenta y concretiza a la Iglesia Universal en una determinada situación crucial de la vida. Cfr. BOFF, *Los sacramentos de la vida*, 66-67.

⁸¹ BOFF, *Los sacramentos de la vida*, 67.

⁸² Cfr. CORPAS DE POSADA, *Teología de los sacramentos*, 85.

⁸³ BOROBIÓ, *Sacramentos y etapas de la vida*, 61.

desarrollar la propia personalidad”⁸⁴, como también de comprender los sacramentos, y especialmente la experiencia de la Confirmación como símbolo que desvela, hace presente el sentido fundamental de la vida cristiana.

El hombre es quien vive, comprende y celebra los sacramentos desde su estructura antropológica y no fuera de ella. De esta manera los sacramentos y la vida convergen como una experiencia de sentido que tiene a la base la experiencia religiosa del sujeto. Tal como afirma Borobio: “los sacramentos de la Iglesia parten y remiten a situaciones vitales, cuya experiencia y configuración antropológica y social incide y da su perfil a la misma celebración sacramental”⁸⁵. Sin este engranaje, el sacramento corre el riesgo de ser un ritual que no toca la existencia. Ciertamente, los sacramentos no tienen su origen último en el hombre, pues son en el fondo experiencia de la gratuidad de Dios, pero estos mismos integran la totalidad del ser humano, al modo como el Verbo encarnado asumió la totalidad de la naturaleza humana.

Los jóvenes, insertos en la tradición cristiana, que se acercan a culminar el proceso de la iniciación cristiana, tienen en sus manos la comprensión fundamental de su vida y del mundo. Si bien los angustia su realidad y su contexto complejo, violento e injusto, en este mismo movimiento están tratando de lograr la felicidad, de abrirse a una vida vivida plenamente. Pues bien, la Confirmación, como sacramento unido al proceso de la Iniciación Cristiana, se inserta en esta búsqueda humana como modo fundamental de dar sentido sacramental a la existencia cristiana, como camino de seguimiento de Jesús y de su Reino.

De esta forma, la vida comprendida dentro del dinamismo cristiano, es como afirma Juan A. Estrada, un “laboratorio de sentido”⁸⁶, porque atiende a la pregunta esencial del hombre sobre cómo vivir la vida con sentido y ser feliz. Así, la existencia cristiana, vivida por los

⁸⁴ BOROBIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 62.

⁸⁵ *Ibid.*, 18.

⁸⁶ ESTRADA, *De la salvación*, 365.

jóvenes en el proceso sacramental, se asume como búsqueda del valor y orientación de la vida como experiencia de fe y de amor.

Para quienes desean celebrar el sacramento, es posible comprender como horizonte de sentido, que Cristo se convierte en el interlocutor del hombre, en quien el joven encuentra el valor profundo de su existencia como una posibilidad de felicidad, como camino de realización, como experiencia de sentido, en la salida de sí hacía los demás, como existencia sacramental, es decir, como experiencia de Dios en el encuentro y seguimiento de Jesús y de su proyecto. Eso es lo que en el fondo celebra el creyente en su vida sacramental, y en esa medida se convierte en una autoconciencia de la presencia de Dios que acontece en su vida, en la comunidad y en la historia.

Aquí se ubica la estructura antropológica que está a la base y que a su vez posibilita e integra la vivencia sacramental de la Confirmación como una experiencia de discernimiento. Este hombre será profundamente sacramental si vive la experiencia celebrativa del sacramento en perspectiva de discernimiento, de encuentro y acogida de la voluntad de Dios que revela al hombre el sentido fundamental de su existencia creatural, comunitaria y cristiana. Se trata de entender la vida cristiana como camino existencial de discernimiento que se expresa, evoca, convoca y provoca en el símbolo sacramental.

En este sentido, es preciso reconocer que a la base de la experiencia sacramental de la Confirmación se halla el joven en cuanto hombre, en cuanto ser libre que “se va haciendo persona en las encrucijadas de la historia”⁸⁷. El discernimiento se convierte así en la condición de posibilidad, que ofrece la misma experiencia sacramental del joven, para comprender y asumir la vida cristiana como una opción de sentido. Así, es posible considerar que en la decisión discernida y celebrada, el creyente va haciéndose verdadero creyente, dado que ha descubierto en su existencia y en su historia, la historia salvífica de Dios, que es en sí un proyecto de sentido.

⁸⁷ GARCÍA-MONGE, José A. *Estructura antropológica del discernimiento espiritual*. En: Revista Manresa Vol. 61. Bogotá: 1989. 138.

2. El dinamismo cristológico en el sacramento de la Confirmación

La fuerza de los sacramentos se halla en que, como expresión simbólica, logran comprender y hacer presente el sentido fundamental de la fe y de la existencia cristiana. Los sacramentos son experiencias de sentido que consolidan la identidad y la misión del creyente en torno a la persona de Jesús. Así, se vislumbra con referencia a la Confirmación, que la experiencia vital que viven los jóvenes, como proceso de personalización y búsqueda de sentido en el mundo, es una condición de posibilidad antropológica, que se plenifica en la medida en que se asume la vida como apertura al proyecto de Dios revelado en Jesús. Si bien, esta apertura se ha hecho simbólica desde el bautismo, la Confirmación apunta a manifestar de un modo especial, la opción libre y responsable del hombre para ser testigo de Jesús, en la construcción de la comunidad cristiana y del mundo, mediante la promoción de la causa del Reino.

Una mirada al sacramento de la Confirmación ubica al creyente ante toda la dinámica salvífica de Dios, que lleva al hombre al encuentro real con Jesús y a su seguimiento a través de la cualificación del Espíritu para el testimonio. Desde esta perspectiva, el presente capítulo apunta a mostrar el sentido de la Confirmación como experiencia sacramental del seguimiento de Jesucristo, que de una manera especial será presentado en el tercer capítulo como experiencia de discernimiento.

2. 1. Jesucristo sacramento del encuentro con Dios

Preguntarse por el sentido de la Confirmación es pretender descubrir qué hace a este sacramento de la Iglesia ser sacramento. No se trata ahora de entender su utilidad y función sino su ubicación vital dentro de la vida cristiana. Una respuesta breve podría asociarse al compromiso, a la madurez de la fe y a la participación en la misión de la Iglesia. Y aunque

estas respuestas no son equívocas, ellas se desprenden ante todo del reconocimiento de Jesús como el único y verdadero sacramento.

Y es que Jesús es sacramento en cuanto revela el plan salvífico de Dios. Es así como la expresión *sacramentum* es la traducción latina de la palabra griega *mysterium*, que hace referencia explícita al proyecto de Dios Padre revelado en Jesús, tal como lo afirma Pablo en Rom 16, 25 y Ef 1, 9. Si bien lo revelado es el misterio oculto desde antiguo (1 Cor 2, 7), este llega al hombre por la encarnación del Verbo y se realiza en él mediante el anuncio del Reino y el acontecimiento de la pascua. A este respecto Schillebeeckx afirma:

El hombre Jesús en cuanto manifestación terrestre personal de la gracia de redención divina, es el sacramento por excelencia: el sacramento original porque este hombre, Hijo de Dios, es destinado por el Padre a ser en su humanidad el acceso único a la realidad de la salvación (...) Para los contemporáneos de Jesús el encuentro personal con Él, era una invitación al encuentro con el Dios vivificador, porque este hombre es personalmente el Hijo de Dios. El encuentro humano con Jesús es pues el sacramento del encuentro con Dios o con la vida religiosa en cuanto relación existencial teologal con Dios⁸⁸.

La realidad humana es asumida por Dios a través del Verbo encarnado para mostrar el sentido fundamental de la existencia, como acogida del proyecto salvífico de Dios. Y esta plena humanización del hombre es a su vez participación en la vida divina por pura gratuidad ofrecida en Jesucristo como el verdadero hombre, el único y real sacramento del encuentro con Dios. De esta manera, los sacramentos, en cuanto praxis eclesial son una prolongación del ministerio salvífico de Jesús, vivo y presente hoy a través de la comunidad eclesial, que más allá de lo cúltilo integran la totalidad de la vida como testimonio de la buena noticia de Dios presente en el mundo. Este sentido soteriológico es presentado por Eberhard Jüngel:

⁸⁸ SCHILLEBEECKX, Edward. *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*. San Sebastián: Ediciones Dinor, 1964. 24.

En la persona de Jesucristo, que es idéntica con su historia, se realizó históricamente, se manifestó históricamente y entró en vigor históricamente la decisión original de Dios, adoptada en su designio eterno, de estar en ella para todos los hombres y de querer vivir con todos los hombres. La realización, la revelación y la entrada en vigor históricamente de la eterna decisión original de Dios constituyen el misterio sacramental de la persona de Jesucristo, en la medida en que el eterno Hijo de Dios se unió para siempre a la naturaleza humana... Jesucristo realiza históricamente la decisión original de Dios y hace que en la humanidad reluzca como verdad esa decisión. Esto acontece por el poder de su espíritu, del Espíritu Santo, el cual mediante la palabra del Evangelio, llama a los hombres a que formen la comunidad de los creyentes y une y santifica a esa comunidad (...) enviando a los creyentes al mundo para que sean testigos de la verdad del Evangelio⁸⁹.

De esta forma, la presencia histórica de Jesús a través de su encarnación, la realización del misterio acontecido en la cruz y su presencia viva en la comunidad creyente, posterior a su resurrección, muestran ante todo a Jesús como sacramento que nos revela a Dios y nos lleva al encuentro con él y al testimonio por el vigor del Espíritu. Desde allí se hace evidente que Jesús, en cuanto sacramento único y fundamental, se constituye en el punto de partida de la comunión con Dios-Padre-Hijo-Espíritu en la experiencia de la comunidad.

La *Dei Verbum* en el numeral 2 presenta la revelación dentro del sentido sacramental expresado anteriormente:

Quiso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y dar a los hombres el misterio de su voluntad (Cfr Ef 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen partícipes de la naturaleza divina... Este plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí (...). Pero la verdad profunda acerca de Dios y

⁸⁹ JÜNGEL, Eberhard. *El ser sacramental en perspectiva evangélica*. Salamanca: Sígueme, 2007. 70-71.

de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación⁹⁰.

Jesús como sacramento real del Padre y revelación plena de su misterio redentor se establece para la comunidad creyente en la norma normativa no normada, tal como afirma Alberto Parra⁹¹. En su persona se encuentra la clave hermenéutica para la comprensión e interpretación de toda la historia salvífica. La revelación en Jesús tiene un carácter normativo para el ser y el hacer, el creer y el comprender de la comunidad cristiana, y a su vez es norma no normada, porque en él está la plenitud de sentido que articula toda la historia humana como historia del acontecer salvífico de Dios:

La calidad irrepetible de un personaje histórico que es esencia de Dios, resplandor suyo, palabra suya; más aún, Hijo suyo substancialmente igual al Padre, hace que Jesucristo, con respecto a todo segmento de la historia de revelación y de salvación anterior o posterior, sea no sólo culmen, sino centro; no sólo centro, sino densidad plena; no sólo densidad plena, sino sentido último; no sólo sentido último, sino *kairos* definitivo, no provisorio, no sustituible ni superable cualitativamente por ningún otro acontecimiento de la historia de salvación⁹².

Jesús es quien integra significativamente lo humano y lo divino. Por eso Él es verdadero sacramento, la encarnación definitiva del amor salvífico. La praxis sacramental de la Iglesia nace del acontecimiento de Jesucristo y posee una identidad profundamente cristológica, por cuanto en su vida y en su historia está sostenido todo el camino de la Iglesia, como comunidad creyente, esperanzadora y amante. Quizá sea posible atrevernos a afirmar que la sacramentalidad, vivida en la Iglesia, como cuerpo vivo y glorioso del Señor, es sacramentalidad cristológica, dado que en Jesús, y sólo a través de él, conocemos al Padre (Jn 12, 44-45) y partícipes de su misión profética y mesiánica (Lc 4, 16-21). Es la presencia

⁹⁰ Constitución dogmática sobre La Divina Revelación *Dei Verbum*, N° 1. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 818.

⁹¹ Cfr. PARRA, Alberto. *Textos, contextos y pretextos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005. 164-167.

⁹² *Ibid.*, 167.

del Espíritu –fruto del amor del Padre y del Hijo- quien anima, guía e impulsa a ser testigos del amor de Dios en el contexto en el que vivimos y nos desenvolvemos (Jn 14, 15-17). Esta inhabitación trinitaria (Jn 14, 23. 26) acontece en todos los sacramentos y desde ella el creyente descubre que, estar con Jesús y seguirlo, es el horizonte de sentido que integra toda su existencia cristiana. Esta es la realidad que emerge a partir del bautismo y que se plenifica en la experiencia de los demás sacramentos.

2.2. La Confirmación en la praxis de la Iniciación Cristiana

El sacramento de la Confirmación se inscribe dentro del proceso de la Iniciación Cristiana. Este es su contexto, su lugar vital, su *Sitz im leben*, como afirma Víctor Codina⁹³. Más aún, es posible hablar de la Iniciación Cristiana como sacramento, dado que, como proceso unitario y global, incorpora al creyente al Misterio Pascual a través de la comunidad de la Iglesia. Así fue vivido en las primeras comunidades cristianas.

La conversión de los creyentes nació como adhesión al anuncio apostólico, que proclamaba a Jesucristo como Mesías resucitado por el Padre. Esta experiencia fue expresada a través del bautismo como remisión de los pecados y por la recepción del Espíritu Santo (Hch 2, 37-38) para vivir en la comunión fraterna (Hch 2, 42-47). Pronto encontramos asociado al bautismo la imposición de manos (Hch 8, 14-17; 19, 1-6) para hacer partícipes a los convertidos de la plenitud del don del Espíritu en Pentecostés (Hch 2, 1-13) y la total comunión con la Iglesia. No obstante, aunque estos dos ritos fueran considerados como distintos no se separaban, dado que en ambos se asociaba el don del Espíritu con un común objetivo: “La plena participación en el misterio de Cristo, y la total incorporación a la comunidad de la Iglesia; el paso del hombre viejo al hombre nuevo, o la iniciación bautismal”⁹⁴. Y para que este paso o iniciación se diera se tuvo en cuenta “la predicación o

⁹³ CODINA, Víctor e IRARRAZAVAL, Diego. *Sacramentos de iniciación: agua y espíritu de libertad*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1988. 120.

⁹⁴ BOROBO, Dionisio. *Sacramentos en comunidad*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1984. 82.

anuncio – la conversión y la fe – el bautismo de agua y la imposición de manos – la fracción del pan y la comunión fraterna”⁹⁵, y más adelante, la práctica del catecumenado.

Es evidente que la iniciación cristiana, en los primeros siglos, hacía referencia a un proceso unitario, en el cual la función de los ritos postbautismales tenía un carácter explicativo de la gracia bautismal. Sin embargo, hacia mediados del siglo V, entre los motivos que llevaron a la ruptura de la unidad de la iniciación en occidente, encontramos diversas necesidades pastorales como la extensión del cristianismo, la atención a las comunidades en zonas rurales, la celebración cada vez frecuente del bautismo en ausencia del obispo⁹⁶ y “la reivindicación episcopal de intervenir en la iniciación cristiana, reservándose el rito postbautismal para el don Espíritu o *confirmatio*, de modo que se garantizara la unidad y comunión eclesial”⁹⁷.

La reflexión teológica posterior sobre el sacramento de la Confirmación ha atravesado por una larga tensión entre una teología de los padres de la Iglesia y de la escolástica que han pretendido mostrar su naturaleza neotestamentaria, como también por una teología moderna que afirma la imposibilidad de justificar, como experiencia fundante de su práctica litúrgica, cualquier texto de la Escritura, en cuanto acción sacramental postbautismal. Esto ha llevado a una negación perenne sobre la sacramentalidad de la Confirmación por parte de la teología protestante, como también a una expresión ritual diversa entre la Iglesia oriental y occidental.

Si bien la discusión con la teología protestante, se halla en que ellos ratifican que la donación del Espíritu Santo ya ha sido plena en el bautismo, la teología católica acoge la tradición escolástica para demostrar que con una nueva efusión del Espíritu el confirmado se inserta más plenamente en la misión de la Iglesia. Más allá de una discusión cuantitativa de la gracia, si es total o no en el bautismo, se trata en el fondo de una situación

⁹⁵ BOROBIÓ, *Sacramentos en comunidad*, 82.

⁹⁶ Cfr. BOROBIÓ. Dionisio. *La confirmación en la iniciación cristiana: ¿Un problema teológico o pastoral?* En: Revista Salmanticensis. Vol. 44. N° 3. Septiembre – Diciembre, 1997. 354.

⁹⁷ BOROBIÓ, *Sacramentos en comunidad*, 83.

cualificante, por cuanto el bautismo en la Iglesia debe ser entendido como un proceso existencial que lleva al creyente a ir viviendo la muerte con Cristo y la resurrección a una vida nueva.

A partir de esta mirada, la tradición católica ha puesto de relieve que la inserción del creyente, en la vida de la Iglesia, es un proceso gradual como toma de conciencia y descubrimiento de su vida en cuanto vocación de discípulo y misionero de Jesús⁹⁸. De esta forma, la Confirmación se halla en estrecha relación con el bautismo como acentuación de la vocación bautismal vivida desde Cristo, por la vitalidad del Espíritu.

Carlos Rocchetta ha expresado la estrecha relación de la Confirmación con el bautismo como *determinación histórica* de la vocación bautismal, es decir, por cuanto el bautismo - en cuanto nacimiento y vocación- tiene en sí toda la potencialidad para existir y desarrollarse, pero que por la Confirmación –en cuanto vocación y determinación histórica- “manifiesta esta potencialidad y la conduce a su plenitud mediante una particular efusión del Espíritu y la asunción responsable de parte del confirmado de su propia tarea en la Iglesia y en el mundo”⁹⁹. Se trata de una determinación por cuanto es correspondencia a una vocación y es histórica por cuanto se desarrolla en un lugar y momento concreto de la vida de la Iglesia. De esta manera, y bajo la imagen de nacimiento-crecimiento, no tanto en sentido cronológico, sino teológico, la vida nueva del bautizado por el Espíritu es llevada a su cumplimiento en la Confirmación, no como perfeccionamiento, sino como un modo de ser en la Iglesia y como Iglesia. La Confirmación destaca la manera como el cristiano vive el bautismo con una mayor conciencia y con un mayor compromiso.

La Confirmación como vínculo de continuidad y novedad con el bautismo y la participación eucarística –fuente y culmen de la construcción de la comunidad en la comunión con la donación total de Jesús-, son ante todo “etapas de un único proceso de progresiva introducción en el misterio de Cristo, de configuración con Él, de agregación a

⁹⁸ Cfr. CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 349.

⁹⁹ ROCCHETTA. Carlo. *Los sacramentos de la fe*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2002. 78.

la Iglesia, por cuanto son etapas de un único sacramento: la configuración con Cristo”¹⁰⁰. En este sentido estos sacramentos, llamados por la Iglesia como sacramentos de Iniciación Cristiana, posibilitan al creyente una experiencia orgánica de gracia, vivida en la participación comunitaria como proceso de cristificación, como transformación ontológica del hombre a imagen y semejanza del verdadero hombre, Cristo Jesús. En este sentido “no se trata de un cambio formal, de una modificación operativa, sino que es algo ontológico, de una conversión vital, de una realización personal”¹⁰¹.

Si el bautismo ha hecho partícipe al hombre de una vida nueva en Cristo, por su muerte y resurrección, esta vida nueva es ante todo un don de Dios por la presencia del Espíritu Santo, que la transforma en orden a un nuevo ser y actuar. Esta experiencia del bautismo es la que da sentido a la Confirmación y posibilita una recreación del Espíritu, que lanza al hombre a vivir con Cristo y para la Iglesia dentro de nuestro mundo.

La experiencia de la fe en Cristo, a través del gesto sacramental, asume la vida como respuesta libre del hombre a Dios, que se identifica como miembro vivo de la comunidad para el testimonio y el servicio. Así lo hace evidente el numeral 11 de la *Lumen Gentium* al referirse al ejercicio del sacerdocio común de los fieles en los sacramentos:

Por el sacramento de la confirmación se vinculan más íntimamente a la Iglesia, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan más estrictamente a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo.

Desde esta perspectiva magisterial, la teología del sacramento tiene un triple movimiento (gratuidad, vinculación y testimonio) en cuanto que el creyente, consciente de su pertenencia eclesial, se hace transparencia del Espíritu para ser testigo verdadero de Cristo. Así, la Confirmación se inscribe dentro de la vocación bautismal como experiencia de vida

¹⁰⁰ Apuntes personales de la clase de Bautismo y Confirmación con el profesor Víctor Martínez en la Pontificia Universidad Javeriana. Segundo semestre de 2011.

¹⁰¹ *Ibid.*

en el Espíritu, acogida existencialmente como camino de seguimiento, y vivida en la construcción de la comunidad creyente. La Confirmación se reencuentra con su sentido fundamental y pasa de ser una celebración sociológica a expresarse como acontecimiento sacramental, como experiencia salvífica y liberadora.

2.3. El sentido sacramental de la Confirmación

Anteriormente se ha afirmado que los sacramentos, en cuanto símbolos, expresan una experiencia fundamental. La experiencia fundamental del confirmando es la continuidad/novedad del bautismo en orden a explicitar la identidad, la misión y el compromiso del creyente. Y esta experiencia de fe es ante todo una proyección del Espíritu, que lo orienta en el dinamismo de asumir la vida como camino del seguimiento de Jesús, en apertura a la voluntad del Padre. Una auténtica experiencia del seguimiento de Jesús se realiza sobre el sólido fundamento de la trinidad-amor, sobre la apertura de la propuesta de Dios revelada en Jesús. De esta forma, en la experiencia del sacramento de la Confirmación, acontece la vida de Dios en el hombre desde un triple movimiento: gratuidad, vinculación y testimonio.

Todo el acontecimiento de la locución de Dios, de su revelación en Cristo, se expresa plenamente como revelación del modo de actuar de la comunión trinitaria. En cuanto iniciativa divina se inserta en nuestra realidad humana y le ofrece al hombre su sentido pleno al hacerlo partícipe de la comunión divina. De esta forma, la revelación de Dios es revelación trinitaria en su Hijo, expresada por el bautismo a partir de la triple inmersión en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Confirmación por ser sacramento de novedad/continuidad del bautismo, y por ser recreación en el Espíritu para ser testigo de Jesús, es ante todo sacramentalidad trinitaria del Dios que ama donándose y salva al hombre, haciéndolo más hijo en la común-uniión de los hombres, es decir, en la filiación y en la fraternidad.

La gratuidad evidente en el sacramento de la Confirmación está expresada en el don del Espíritu. Se trata del mismo Espíritu que ya está presente en el bautismo y que a su vez actuará a través de los demás sacramentos. Este don del Espíritu se hace presente de un modo especial para poner de relieve el modo de ser y vivir en la Iglesia y en el mundo. La dimensión de gratuidad es donación del Padre y del Hijo, que envían el Espíritu para sostener la vida y la misión de los discípulos. El Espíritu de Jesús, presente en su vida y en su misión, es comunicado a los apóstoles (Jn 20, 21-23; Hch 2, 1-13) y a las primeras comunidades, como efusión que transforma la vida, llevándolos del temor a la confianza y de la frustración al anuncio del crucificado-resucitado.

Esta experiencia de gratuidad acontece no de modo individual sino al interior de la comunidad. Los discípulos que han estado con Jesús comprenden que así como su experiencia con el Jesús histórico ha sido una experiencia de comunidad, aprendiendo del Maestro, deben permanecer unidos en la fe y el amor. Y esta invitación a la comunión es ante todo gratuidad de Dios que vincula a los cristianos a participar en el misterio de Cristo. Esta dimensión de eclesialidad pone en evidencia que la comunidad se edifica en la diversidad de los carismas dados por el Espíritu (1 Cor 12, 28-30; Ef 4, 11-13). De esta forma, la misión de anunciar a Jesús reluce como un proyecto comunitario compartido, se acrecienta por la pertenencia de cada miembro, que habiendo sido acogido por la comunidad en el bautismo, asume en la Confirmación su participación activa, dinámica y gozosa en la Iglesia. Es así, como afirma Borobio “la Iglesia se expresa y realiza en la confirmación de sus miembros, y la confirmación expresa y realiza a la Iglesia en su proceso de edificación por el Espíritu”¹⁰².

Si el don del Espíritu es donado por el Padre y el Hijo a la comunidad de los discípulos, es para abrir al cristiano al testimonio, para llevarlo fuera de sí mismo a la comunicación viva del Evangelio de Jesús. El Espíritu comunicado por Dios coloca al hombre en la perspectiva de ser comunicador de la gracia que transforma el mundo y la historia. A este respecto podemos afirmar con Borobio que:

¹⁰² BOROBIO, Dionisio. *La iniciación cristiana*. Salamanca: Sígueme, 1996. 495.

la confirmación es un punto de partida peculiar para la evangelización y el testimonio. Es un don y una tarea, una gracia del Espíritu y un compromiso en el Espíritu. No nos uniría verdaderamente a Cristo, si no nos uniera a todos nuestros hermanos; ni nos uniría a la Iglesia, si no nos uniera a sus tareas y a su misión. Y en la medida en que el cristiano se siente más unido a Cristo y a la Iglesia, debe sentirse más solidario con los hombres y al mundo. La confirmación nos compromete a edificar la Iglesia en el mundo y a dar testimonio ante los hombres¹⁰³.

El Espíritu es gratuidad, vincula y compromete para ser testigo del crucificado-resucitado, para el cumplimiento de la misión profética. Esta cualificación del Espíritu revitaliza el sentido profético de la vocación bautismal de todo creyente. Esta dimensión misionera ya está presente en el bautismo y se expresa vivamente en la comunión eucarística, no obstante, en la Confirmación se asume como un modo concreto de actuar como cristiano ante el mundo, la sociedad y la historia, como una determinación histórica.

Nada caracteriza mejor la experiencia de Pentecostés que la fuerza para dar testimonio con valentía. Por eso se afirma en los Hechos: nosotros no podemos por menos de contar lo que hemos visto y oído (4, 20). El Espíritu que daba testimonio en Jesús, es el mismo Espíritu que es efundido en la Iglesia, precisamente para que también nosotros podamos ser testigos de Jesús. En Pentecostés se otorga la fuerza para dar testimonio, y la confirmación es la actualización de esta fuerza testimonial¹⁰⁴.

La fuerza del sacramento de la Confirmación en cuanto donación gratificante, vinculante y comprometedor del Espíritu presente en toda la historia hace de la vida cristiana un dinamismo salvífico:

La confirmación representa una parte importante de la economía sacramental. Se concentra en el misterio del Espíritu en Cristo, el confirmado por excelencia. Presente

¹⁰³ BOROBIO, *La iniciación*, 498.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 504.

ya en la vida del creyente mediante el bautismo, el acontecimiento del Espíritu se anuncia a lo largo de la historia como presente en la Iglesia y en el mundo. Esta perspectiva cristocéntrica e histórico-salvífica resulta esencial para la teología de la confirmación. Celebramos lo que Dios ha hecho y sigue haciendo. Lo que se celebra en el día del bautismo de una persona tiene su continuidad en la vida cotidiana. La confirmación celebra un aspecto de ese bautismo que continúa permanentemente presente desde entonces: el don del Espíritu a la persona¹⁰⁵.

Este triple movimiento (gratuidad, vinculación y testimonio) se sintetiza como experiencia histórica y pneumática del seguimiento de Jesucristo, como participación en su causa del reinado de Dios y en su destino de la donación total al servicio de los hombres. Para Jesús Espeja “quienes por el bautismo se incorporan al pueblo de Dios, emprenden un camino de libertad y de amor en el seguimiento de Cristo”¹⁰⁶. Y esta experiencia del seguimiento de Jesús encuentra en el sacramento de la Confirmación, una expresión viva de su sentido, de su actualidad y de su proyección.

La Confirmación halla así, en la presencia vital del Espíritu comunicado en pentecostés, la fuerza de una experiencia nueva, comunitaria, profética y performativa. Fuera de esta experiencia vital, la Confirmación corre el riesgo de vaciar su sentido. Celebrar la confirmación es celebrar la fuerza del Espíritu que compromete la existencia de ser testigo del Reino de Dios en el mundo. El cristiano camina desde Cristo, emprende un itinerario de relación interpersonal con Dios y con los hombres, como modo de ser y vivir en la Iglesia su vocación bautismal.

2.4. Del encuentro al seguimiento de Jesús

El bautismo ofrece el don de la fe, abre las puertas de la comunidad eclesial y pone en camino. Este movimiento ontológico es encuentro con Dios para una experiencia de

¹⁰⁵ MARTINEZ, Germán. *Los sacramentos signos de libertad*. Salamanca: Sígueme, 2009. 154.

¹⁰⁶ ESPEJA, Jesús. *Sacramentos y seguimiento de Jesús*. Salamanca: Editorial San Esteban, 1989. 122.

seguimiento, porque la iniciativa es esencialmente de Dios. Ser discípulo de Jesús nace ante todo del encuentro con Él, y en el reconocimiento de su persona y de su seguimiento está en juego la realización del hombre. Esta es la fascinante experiencia que está a la base de la misión de Jesús y que se halla teológicamente expresada en el encuentro de algunos discípulos de Juan Bautista con Jesús (Jn 1, 35-39). Un rastreo sencillo de los evangelios, en torno al seguimiento, permitirá ratificar el sentido fundamental de la vida cristiana.

Los discípulos que seguirán a Jesús han atendido al testimonio de Juan Bautista (Jn 1, 30.36) y se han puesto en actitud de búsqueda. No obstante, su encuentro con Jesús es fundamentalmente ser encontrados por Él. Juan Bautista muestra a sus discípulos que el camino que él ha preparado es para que ellos se dejen encontrar por el Cordero de Dios (Jn 1, 29.36), con Aquel en quien se realizan las esperanzas más profundas del profetismo, y para que siguiéndolo (Jn 1, 37), entren en la intimidad de su persona (Jn 1, 39).

El diálogo tejido entre Jesús y los dos discípulos expresa ante todo el camino existencial del creyente. Dos preguntas y una respuesta tejen el diálogo, y son el preámbulo de una comunión vital. Jesús interroga a los dos discípulos sobre el motivo de su adhesión primera: “¿qué buscan?” (Jn 1, 38). Esta pregunta muestra la apertura, la disponibilidad de los dos discípulos y su búsqueda sincera a partir de la experiencia con Juan Bautista. Y esta pregunta de Jesús “se dirige a todos los que pretendan seguirlo cualquiera que sea la época a la que pertenezcan”¹⁰⁷.

A la pregunta de Jesús se responde con otra. La respuesta de los dos discípulos no es una afirmación, sino una interrogación y autoinvitación para conocerlo, “¿Dónde vives?” (Jn 1, 38) precedida por el reconocimiento de Jesús como *Rabbi*, es decir, como maestro. De esta forma, queda en evidencia el deseo de los discípulos de “ser enseñados compartiendo la vida de Jesús”¹⁰⁸.

¹⁰⁷ GUTIERREZ, Gustavo. *Beber en su propio pozo*. Salamanca: Sígueme, 1998. 57.

¹⁰⁸ *Ibid.*, 57.

Jesús concluye el diálogo expresando la invitación fundamental, “vengan y vean” (Jn 1, 39). Este llamado explícito lleva a los discípulos a ir con Jesús a donde él mora. Sin embargo, aunque “fueron pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día” (Jn 1, 39), es preciso pensar que no fueron a conocer una vivienda específica, sino a la persona humana en la cual Dios se ha encarnado (Jn 1, 14). A este respecto, los discípulos que han estado con el Bautista, que están insertos en el dinamismo del bautismo de *metanoia*¹⁰⁹, se ponen en camino de Jesús tras el testimonio confiable de su maestro, y logran pasar del encuentro real con su persona al seguimiento. Del testimonio van al encuentro con Jesús y de un seguimiento temporal, durante aquella tarde pasarán a una adhesión personal de fe, a convertirse en sus compañeros de camino, en sus amigos (Jn 15, 16) y en sus testigos ante el mundo. No obstante, esta adhesión será profundamente radical a partir de la fe pascual, dado que “en el encuentro definitivo con el Resucitado, les convocó de nuevo y les afianzó en el seguimiento radical y definitivo”¹¹⁰.

Aparecida ha sintetizado el sentido de la vida cristiana como ir tras las huellas de Jesús: “la naturaleza misma del cristianismo consiste, por lo tanto, en reconocer la presencia de Jesucristo y seguirlo”¹¹¹. Así la experiencia de los primeros discípulos, según la narración de Juan, se constituye en una síntesis única del método de ser cristianos, que del encuentro con Jesús van al seguimiento y del seguimiento al testimonio vivo de su persona (Jn 1, 40-41), pues en Él se encuentra el inicio de una vida nueva caracterizada por el discipulado.

La llamada al seguimiento determinó de una manera especial la forma como Jesús realizó su misión. Si bien no se predicó a sí mismo, sino que anunció la llegada y la realización del Reino de Dios, tuvo el gesto singular de llamar a otros a seguirlo y estar con él, para que en el dinamismo de su seguimiento experimentaran la acción salvífica de Dios y se hicieran sus testigos. Seguir a Jesús se constituye así en la llamada a acoger su persona, su proyecto

¹⁰⁹ Cfr. SCHILLEBEECKX, Edward. *Jesús la historia de un viviente*. Madrid: Trotta, 2002. 114-117.

¹¹⁰ MARTINEZ, Felicísimo. *El seguimiento de Jesús y la experiencia integral cristiana*. En: *El seguimiento de Jesús*. Madrid: PPC, 2004. 13.

¹¹¹ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 244.

y su destino. Esta es la constatación que hallamos en diversas partes de los textos evangélicos y que profundizaremos más adelante.

Posterior al encuentro de los dos discípulos con Jesús, el maestro se encuentra con Felipe y le hace una invitación clara: “sígueme” (Jn 1, 43). Esta llamada, según la teología joánica, está asociada a suscitar la fe en el discípulo y por ende a caminar en el sentido de la luz (Jn 8 12). El encuentro y la llamada de Jesús originan en Felipe un modo nuevo de vivir en seguimiento.

La llamada presente en los textos sinópticos ratifica la iniciativa de Jesús y el sentido de la misma. Al llamar a Pedro y a Andrés les dice “venid conmigo” (Mt 4, 18-19). Seguidamente llamó a Juan y a su hermano Santiago y ellos le siguieron (Mt 4, 21). Más aún, cuando dialoga con el joven rico, la propuesta explícita de Jesús es “ven y sígueme”, aunque ciertamente esta sea desechada (Mt 19, 21). La invitación a Mateo por la cual “se levantó y lo siguió” (Mt 9,9) transforma profundamente su modo de vivir. Cuando elige a los doce los pone la dinámica del llamado de forma integral: “llamó a los que él quiso; y vinieron don Él. Instituyó los doce, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 13, 14. También llama la atención cómo en el libro de los Hechos se llama a los creyentes como “seguidores del camino” (Hch 9, 2; 18, 25-26; 19, 9.23; 22, 4).

Este movimiento de Jesús por el cual toma la iniciativa de llamar a sus discípulos para estar con él, es la dinámica esencial de la realización del reinado de Dios. La llamada de Jesús es personal e implica para los discípulos una respuesta libre que los inserta en el misterio y la misión de Jesús. Seguir implica para los discípulos dejar todo y compartir plenamente la vida de Jesús como nuevo modo de ser y vivir. La propuesta del seguimiento se hace llamada a un nuevo estilo de relacionarse con Dios y con los hombres, y por ende exigencia de renuncia para vivir tras las huellas del Maestro. La radicalidad del seguimiento se hará más evidente en la disponibilidad plena para estar con él, en la vivencia fraterna del amor, y en el envío a la misión: “A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del

Reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu”¹¹².

De esta forma, el seguimiento es la característica fundamental que ratifica la vida de los primeros discípulos de Jesús y por ende la vocación de los posteriores cristianos, en la condición propia de su historia y su mundo. Ahora bien, la Iglesia, pueblo de Dios y cuerpo vivo de Jesús, se redescubre comunidad en seguimiento y por ende experimenta a través del mismo la necesidad ineludible de comunicar esta alegría a todos:

Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante, todas las dificultades y resistencias¹¹³.

La experiencia del seguimiento es el hilo conductor que coloca a los discípulos en sintonía con Jesús para conocerlo, amarlo y testimoniarlo. La llamada de Jesús los lleva a comprender que sólo él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68) a partir de la novedad que encuentran en él:

Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro, fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona¹¹⁴.

Por la humanización de Dios en el Verbo, por el anuncio del reinado de Dios y por el misterio de la pascua, Dios le da pleno sentido a la vida en cuanto el hombre se disponga al

¹¹² CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 276.

¹¹³ *Ibid.*, N° 14.

¹¹⁴ *Ibid.*, N° 131.

seguimiento. Esta es la constatación profunda que nos presenta la *Gaudium et Spes* cuando se refiere a Cristo como el Hombre Nuevo, en quien se desvela el misterio profundo de la humanidad:

Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido¹¹⁵.

Esta experiencia del seguimiento, vivida por los discípulos se muestra hoy, de un modo pedagógico, a través de la sacramentalidad de la Iglesia, que lleva al creyente al encuentro con Jesucristo y lo consagra junto con la comunidad a ser portador de esperanza para el mundo. El bautismo marca de un modo especial el nacimiento a una nueva vida movida por el Espíritu, gracias a una participación existencial en la muerte y resurrección de Jesús. Y este nacimiento, esta incorporación a Cristo, será el proyecto fundamental de su vida, dado que su existencia será un *ir siendo cristiano*, un ir siendo testigo del Reino, un ir siendo Iglesia, es decir, una espiritualidad del seguimiento. Ser cristiano es un nuevo modo de ser y existir como discípulo y misionero de Jesús, en la unidad y fraternidad de la comunidad creyente para ser testigos del amor del Padre, mediante una vida conducida por el Espíritu. Y esta vocación es ante todo iniciativa de Dios que revela el sentido pleno de lo humano en el Verbo Encarnado.

2.5. La Confirmación como experiencia del seguimiento de Jesús

Seguir a Jesús es acogerlo fundamentalmente como sacramento del encuentro de Dios con el hombre, es abrirse a la gratuidad del don del Espíritu donado por Él y por el Padre, es

¹¹⁵ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966) N° 22. 1042.

comprometerse en la construcción de la comunión eclesial mediante la realización del reinado de Dios. Y este seguimiento es un proceso existencial, es camino performativo de toda la vida, es crecimiento en la dinámica del amor a Dios y a los hombres. De esta forma, celebrar la Confirmación es celebrar el sentido fundamental de la identidad y la misión del cristiano, es reconocer la vida como don y tarea a través de la cual Dios acontece en el mundo y le da un sentido pleno.

Es evidente por tanto, la integralidad de la vida cristiana. La identidad del discípulo misionero y por ende de toda la experiencia sacramental está dada por la relación con la persona de Jesús, es decir, por el seguimiento:

La característica esencial del creyente es el seguimiento de Jesús, asumiendo la vida y el destino de Jesús, su postura ante los hombres, ante las distintas situaciones que presenta la vida y ante las instituciones que funcionan en la sociedad. Y sobre todo, asumiendo la postura de obediencia radical de Jesús a la voluntad del Padre de todos los hombres, para realizar en el mundo el proyecto de Dios, el reinado de Dios, que es el reinado de la justicia, la igualdad, la fraternidad, la libertad y el amor¹¹⁶.

La llamada al seguimiento de Jesús está a la base de la vida cristiana y por ende del sacramento de la Confirmación. Esta experiencia sacramental, como realidad simbólica, expresa la experiencia de fe del creyente que mediante la acción del Espíritu Santo lo capacita para un testimonio vivo y coherente del Señor Jesús y su proyecto del Reino.

En nuestro caminar histórico como Iglesia, la vivencia del sacramento de la confirmación supone nuestra fe en Jesús, nuestro seguimiento de Jesús; seguimiento que implica la recreación de los sentimientos y actitudes fundamentales de Cristo: nuestra capacidad para instaurar reino en este mundo. He ahí donde se verifica la calidad de nuestra praxis cristiana. La confirmación es oferta del Espíritu para

¹¹⁶ CASTILLO, *Símbolos de libertad*, 188.

desarrollar la vocación cristiana ya iniciada en el bautismo: el nuevo nacimiento de la persona en sociedad, supone nueva práctica como testigos del reino¹¹⁷.

La identidad del cristiano en la Confirmación, está dada por la conciencia de haber sido llamado a ser discípulo del Señor, a estar con él y ser enviado a anunciar la plenitud del reinado de Dios presente en Jesús. De esta manera, ser discípulo implica indudablemente ser misionero por cuanto seguirlo es ponerse en camino para anunciar la Buena Nueva.

Aparecida, percibiendo el sentido de la fe cristiana, manifiesta que la autenticidad de la comunidad creyente está arraigada en el seguimiento de Jesús, dado que desde allí se fragua un aprendizaje vital y una praxis real de compromiso con su causa:

En el seguimiento de Jesucristo, aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida¹¹⁸.

Y este es el proyecto fundamental al que se abre de una manera más consciente, libre y responsable el joven que celebra el sacramento de la Confirmación, por cuanto su vida, dinamizada por el Espíritu, se autocomprende en la persona y el proyecto de Jesús, se proyecta en la concreción histórica para testimoniar la alegría de la fe.

De esta manera, se establece en el seguimiento la relación estrecha entre discipulado y misión. Ciertamente no hay seguimiento sin vocación, y no hay vocación sin misión. La madurez cristiana se logrará en la medida en que ser seguidor del Señor Jesús sea a su vez testimonio libre y responsable de plenitud de la vida ofrecida en Cristo al mundo:

¹¹⁷ MARTINEZ, Víctor. *El sacramento de la confirmación: signo vital de compromiso de cara al nuevo milenio*. En: Revista Theologica Xaveriana N°. 48. Bogotá. 1988. 316-317.

¹¹⁸ CELAM, *Quinta Conferencia del Episcopado*, N° 139.

Si por la confirmación somos más perfectamente configurados a Cristo, quiere decir que por la confirmación debemos conformarnos también más perfectamente a su testimonio. Y el testimonio de Cristo no fue otro que la revelación del amor del Padre, la proclamación de la buena noticia, el anuncio de la verdad, la defensa del amor y la justicia entre los hombres, la entrega de su vida por la salvación y la liberación plena¹¹⁹.

Si el bautismo vinculó al cristiano a la vida de la Iglesia por un movimiento centrífugo, la Confirmación, por estar en la dinámica del seguimiento, hace del mismo un hombre excéntrico, abierto al testimonio, portador del evangelio de la vida, para lo cual se redescubre acogido, consagrado, enviado y fortalecido.

La Confirmación por ser sacramento inserto en la dinámica del seguimiento nos orienta existencialmente como testigos de Dios en el mundo. Este compromiso vital se logra identificándonos con Jesús y configurándonos con Él. Se trata de recrear libre y conscientemente, dada la edad de discreción del confirmado, un proceso de conversión al modo como Jesús comprendió su vida en relación con Dios y con la humanidad. El reconocimiento de Jesús como testigo del Padre, su entrega a la causa del reinado de Dios y la presencia activa del Espíritu permitirán redescubrir la mística que sostiene el sentido del sacramento.

2.5.1. Confirmados en la relación filial con el Padre

Sólo a través de la praxis histórica de Jesús se ha revelado definitivamente el rostro de Dios como Padre. El Dios de la comunidad cristiana es el que nos ha dado a conocer Jesús de Nazareth. Y no se trata de que Jesús haya hecho un discurso teórico sobre la esencia de Dios, sino que en su persona y en la entrega a la causa del Reino, reveló la presencia de Dios como Padre compasivo-misericordioso que ama y llama a la conversión. Este es un

¹¹⁹ BOROBIO, *La iniciación cristiana*, 505.

rasgo primario de la vida de Jesús en su singular experiencia de Dios, que se hace concreta en la confianza absoluta en el Padre, el *Abbá*, expresada en la oración y traducida en obediencia incondicional a su voluntad.

Jesús comprende, inserto en la tradición judía, que Dios es Padre, y de su intimidad con él, emerge la entrega total a la causa del Reino como la causa del Padre. Más aún, “Dios *Abbá* y el Reino configuran los ejes con los que se estructura la vida y la praxis de Jesús de Nazareth”¹²⁰. Por ello la llamada que hace Jesús a sus discípulos y que nos hace hoy, a través de su presencia corpórea en la comunidad eclesial, es una invitación a abrirnos a la paternidad de Dios mediante la filiación para vivir en la causa del Reino. Sin esta mística la vida cristiana se reduce a simple laboriosidad. En el fondo se trata de tener presente que si la persona de Jesús y su proyecto se fundieron en una misma realidad, vivir hoy el compromiso arriesgado de seguir a Jesús es también una experiencia mística y comprometida, evitando así el riesgo de una vida cristiana deformada en espiritualismo o socialismo, tal como afirma José María Castillo¹²¹.

No hay duda de que esta experiencia originaria que tuvo Jesús del Dios de Israel, como Dios *Abbá*, es al mismo tiempo el Dios del Reino. Y esta experiencia del *Abbá* como señala Schillebeeckx:

no es una vivencia religiosa independiente, sino más bien una vivencia de Dios como Padre que se preocupa de dar un futuro a sus hijos; una vivencia de un Dios Padre que proporciona un futuro a todo aquel que, humanamente ya no pueda esperarlo... experimenta a Dios como una potencia que abre a un futuro, es contraria al mal y solo quiere el bien, se opone a todo lo que es malo y doloroso para el hombre... y por tanto, quiere redimir la historia del dolor humano¹²².

¹²⁰ MORAL, *¿Jóvenes sin fe?* 174.

¹²¹ Cfr. CASTILLO, José María. *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta, 2011. 92-93. 104.

¹²² SCHILLEBEECKX, *Jesús la historia de un viviente*, 243-244.

De esta forma, el Dios de Jesús se hace presente como oferta de salvación o de vida nueva para los seres humanos. La importancia por la cual Jesús reconoce a Dios como *Abbá*, “revela una familiaridad con Dios semejante a la que tienen los hijos pequeños con sus padres”¹²³. Y esta familiaridad se manifiesta en el comportamiento filial de Jesús con su Padre. El Nuevo Testamento muestra esta característica relacional como un rasgo original de Jesús, del cual se desprende a su vez la filiación y la fraternidad de todos los hombres.

Según el evangelio de Juan, Jesús aparece como el enviado del Padre que está presente en Él. Y el mejor testimonio de esta relación es absolutamente las obras que realiza el Hijo (Jn 5, 36). Jesús afirmado como juez y testigo (Jn 8, 16), lleva a cabo su misión de enviado y la culmina en la pascua cuando a sus discípulos les desea la paz y los envía como el Padre lo ha enviado (Jn 20, 21). Ahora bien, Jesús como enviado revela al Padre, lo honra (Jn 5, 23), lo da a conocer (Jn 8, 19) y busca que a través de su persona crean en quien lo ha enviado (Jn 12, 44-45).

Los sinópticos muestran la relación especial por la cual Dios se le ha manifestado a Jesús como Padre y se le hace misterio, tentación y enigma, a lo largo de su praxis:

Dios se le hace tentación a Jesús cuando tiene que discernir sobre el verdadero poder salvador. Dios se le hace enigma cuando se reserva absolutamente el día de la venida del Reino que Jesús creía próximo. Dios se le hace misterio cuando su voluntad va más allá de la lógica del Reino y requiere un sufrimiento impensado y a la postre exige la cruz. Dios se le hará escándalo a Jesús cuando en la cruz escuche su silencio¹²⁴.

Sin embargo, el Mesías asocia al grupo de sus seguidores en la experiencia de la filiación al Padre, a tal punto de denominar a Dios como “mi Padre y vuestro Padre” (Jn 20, 17), o más aún como Padre de todos (Mt 6, 9). A través de su experiencia filial, Jesús comunica esta novedad a sus discípulos y los inserta en un modo original de relacionarse con Dios como

¹²³ GUIJARRO OPORTO, Santiago. *Jesús y sus primeros discípulos*. Estella: Verbo Divino, 2007. 69.

¹²⁴ SOBRINO, John. *Jesucristo liberador*. Madrid; Trotta, 1997. 207.

Padre, dado que en la cultura judía Dios era soberano y considerado como Padre, pero no era invocado de esa forma. Al insertar a sus seguidores dentro de esta relación paterno-filial, Jesús los hace partícipes más estrechamente de su misión, de la causa que le ha encomendado el Padre (Jn 6, 39).

El Dios al que Jesús y sus discípulos invocan como Padre es creador de novedad e impulsor de compromiso. Su solicitud paternal no pretende desarrollar una complacencia narcisista en sus hijos, sino lanzarlos al compromiso en favor del reinado que quiere implantar. Por eso Jesús le enseñó a orar diciendo: Padre ¡venga tu reino! (Lc 11, 2)¹²⁵.

De esta forma, el discípulo seguidor de Jesús se hace hijo en el Hijo y hermano de todos en el hermano por excelencia. Así, lo que Pablo afirma en Gal 4, 4-6 y Rom 8, 15-16, expresa de una manera especial que por la presencia del Espíritu de Jesús los creyentes son constituidos hijos de Dios capaces de dirigirse a Él como *Abbá*. La experiencia de vida cristiana, por la presencia del Espíritu lleva a comprender el seguimiento de Jesús como una manera profunda de relacionarse con Dios y de comprometerse en el proyecto revelado por el Padre en su Hijo. Ser testigos de Cristo es ser testigos del amor misericordioso del Padre y acoger la causa del reinado como el sentido real de la vida.

2.5.2. La vida de la Confirmación: testigos del Reino de Dios

La entrega total de Jesús al anuncio y realización del Reino expresado concretamente en la necesidad de conversión, como también el llamado que hace a sus discípulos a seguirlo, nos muestran que el seguimiento y el proyecto del Reino Dios son inseparables, puesto que están unidos por una relacional fundamental con su persona y con el querer del Padre. Seguimiento de Jesús y proyecto del Reino son inseparables, porque el uno está unido al otro.

¹²⁵ GUIJARRO, *Jesús*, 94.

La experiencia de la presencia viva de Jesús resucitado lleva a sus discípulos a comprender el valor del ministerio público de Jesús y a lanzarse a la misión. Y la misión fundamental a la cual envía a sus discípulos es ser testigos del Reino. Así lo evoca Marcos 16, 14-15, en la última parte, que ha sido considerado un anexo posterior al evangelio:

Por último, estando a la mesa los once discípulos, se les apareció y les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado. Y les dijo: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación.

Esta misión, confiada a la pequeña comunidad de los discípulos, se expresa con diversidad de acentos (Mt 28, 18-20; Lc 24, 46-49; Hch 1, 8; Jn 20, 21-23)¹²⁶. No obstante, el hecho por el cual Jesús resucitado los envía, manifiesta la imperatividad del testimonio¹²⁷ como el motivo por el cual hay que dar la vida, como el signo real de la presencia viva de Jesús en la comunidad. De esta manera, los discípulos comprenden el sentido del ministerio del maestro y se identifican como testigos de la causa del Reino para llevar a la fe en Jesús como mesías salvador.

Esta ha sido una constatación fundamental presentada en *Aparecida* en la línea de las Conferencias del Episcopado latinoamericano anteriores:

Todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma¹²⁸.

¹²⁶ Cfr LORENZEN, Thorwald. *Resurrección y discipulado*. Bilbao; Sal Terrae, 1999. 390-394.

¹²⁷ Cfr. Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, N° 5. En: Acta Apostolicae Sedis 57 (1965). 8.

¹²⁸ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 144.

Mucho se ha escrito sobre el significado del Reino de Dios. Más aún, ni el mismo Jesús explicó teóricamente en qué consistía, sino que lo hizo presente a través de su praxis. El Reino de Dios se presenta en Jesús como la causa del Padre, como la misión confiada, como el proyecto de humanización y acercamiento a los más pobres y excluidos del mundo. Incluso Dios es visto por Jesús como el Dios del Reino, como quien ejerce su soberanía plena sobre el mundo.

Si bien, la esperanza escatológica judía ansiaba la llegada del Reino de Dios como positiva presencia de Dios que transforma la realidad como buena noticia en medio de las calamidades históricas¹²⁹, es en Jesús con quien el Reino de Dios se hace presente. Es el motivo de su anuncio próximo, como llamada a la conversión (Mc 1, 14-15) y buena noticia para los pobres (Lc 4, 16-21).

Edwart Schillebeeckx comprende el Reino de Dios ante todo como “absoluta benevolencia para con los hombres, como amor supremo a los hombres”¹³⁰. Más aún, este reinado de Dios significa “la radical fidelidad y entrega de Dios a los hombres o la fidelidad de Dios a sí mismo y al hombre, para el que quiere un futuro lleno de sentido”¹³¹. Por consiguiente el Reino de Dios predicado por Jesús por medio de parábolas, manifestado a través de los milagros y testimoniado con su vida hasta la cruz, expresan el amor salvífico universal de Dios.

Constatando brevemente que el Reino de Dios es la única causa de Jesús, la cual hace partícipe a sus discípulos, no sólo durante su vida pública, sino a partir de la fe pascual, este es también el sentido de la vida cristiana celebrada a través de los sacramentos. De forma especial, la vida del sacramento de la Confirmación está expresada en el compromiso del cristiano a favor del Reino de Dios, dado que el llamado al seguimiento por ser relación vital con la persona de Jesús, es un llamado a participar de su destino. Ser discípulo de

¹²⁹ Cfr. SOBRINO, Jesucristo, 101-102.

¹³⁰ SCHILLEBEECKX, *Jesús la historia de un viviente*, 129.

¹³¹ *Ibid.*, 130.

Jesús se expresa así como pro-existencia o estar a favor de los demás. Confirmar la fe es colocar la vida, como tendencia fundamental, al servicio de la vida como la causa de Dios, informada por la libertad para amar y la solidaridad con los más pobres y excluidos, primeros destinatarios del Reino, tal como Jesús pasó haciendo el bien (Hch 10, 38).

El cristiano que celebra la Confirmación es más consciente de su identidad cristiana y de la ineludible necesidad de vivir la conversión, la apertura continua al proyecto del Padre revelado en Jesús y para la vida del mundo. Ser confirmado es ponerse en estado de misión como testigo del Reino de Dios como concreción plena de la vida, la justicia, la fraternidad y la paz. La comunidad de los discípulos quedó tocada profundamente por Jesús a tal punto que con la fuerza del Espíritu confesó valientemente la fe, anunció a Jesús crucificado-resucitado y testimonió una nueva forma de vida basada en la voluntad divina.

La vivencia de la Confirmación no puede seguir corriendo el riesgo de limitarse a una vivencia sacramental de carácter espiritualista o sociológica, sino que tiene que comprender toda una experiencia mística y profética capaz de mostrar la alegría de ser cristiano, la profundidad de la relación con Dios y la profunda pasión por construir el mundo desde la solidaridad, la justicia y la fraternidad.

Ante un mundo donde crece el individualismo, donde se globaliza más el consumo, donde se amenaza la dignidad de la vida, el joven confirmado que da testimonio de Dios a través de su propia vida, encuentra un reto vital para ser signo vivo de esperanza para el mundo. Si Jesús mostró que lo fundamental está sostenido por la compasión-misericordia, por la vida donada en el servicio y por el valor de la vida como don de Dios, la presencia del Espíritu mueve al cristiano a abrirse a la alteridad y a la fraternidad, a globalizar la solidaridad y a promover la vida como el modo real donde y como encontramos a Dios. Este es el gran desafío que *Aparecida*, en fidelidad creativa con las anteriores conferencias del Episcopado Latinoamericano, ha planteado como signo de la coherencia entre discipulado y misión, entre la apertura obediente a la realidad del Padre y la respuesta a los

signos de los tiempos: la buena noticia de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación¹³².

Reconociendo que el reinado de Dios fue la causa de Jesús y que por el seguimiento hace al discípulo partícipe de su destino, la vida de la Confirmación nace y florece del compromiso con Jesús y su proyecto compartido por la comunidad de los discípulos. En este sentido, la inquietud real de los jóvenes por construir un mundo mejor y con sentido, halla en Jesús una propuesta real y convincente para redescubrir el sentido de lo humano. No obstante, para esa misión no se está solo. La presencia del Espíritu los hace corresponsables, los cualifica y los lanza a hacerse partícipes de la causa divina, que no tiene otro sentido que la humanización como única experiencia de salvación.

2.5.3. La Confirmación: vida comprometida en el Espíritu de Jesucristo.

La Confirmación, como ya se ha mencionado al comienzo de este capítulo, es plena gratuidad por cuanto es la presencia viva y operante de Dios que mueve al cristiano a una adhesión vital y al compromiso. Esta fue la experiencia de los discípulos. Más aún, Jesús realizó su misión como el ungido por excelencia y prometió la presencia del Espíritu para continuar su misión. De esta forma, el Espíritu aparece como garante de la misión de Jesús, experiencia performativa que Moltmann sintetiza claramente como cristología pneumatológica:

¹³² *Aparecida* en el capítulo 3 de la segunda parte titulada “La vida de Jesucristo en los discípulos misioneros” explicita la tarea de la comunidad eclesial, como compromiso alegre con la causa del Reino, es decir, como la causa de los discípulos y misioneros del Señor Jesús. De los numerales 101 al 128 se desarrollan estas 5 características propias del Reino de Dios para la Iglesia latinoamericana del Caribe. La defensa y promoción de la vida, de la dignidad humana, de la familia, de la actividad humana y del destino universal de los bienes y ecología, hace de América Latina y del Caribe el continente de la esperanza y del amor. Cfr. CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 101-128.

A la luz del testimonio neotestamentario sobre la historia teológica de Jesús, no es posible hablar de Jesús sin hablar de la acción del Espíritu en él y de su relación con el Dios al que llamó *Abbá*, Padre mío. Su historia historiográfica es, desde el principio, una historia teológica definida por su acción conjunta con el Espíritu y el Padre¹³³.

El Espíritu Santo acompaña todo el acontecimiento de Jesucristo, su anunciación, su bautismo, su ministerio público y de un modo especial la presencia viva de Jesús después de la resurrección. A lo largo de los evangelios encontramos al Espíritu como el intérprete de Jesús, el abogado, el consolador, el don supremo enviado por el Padre y el Hijo, el espíritu de la verdad, el maestro, el juez, el revelador y el testigo¹³⁴. Vale la pena resaltar la identificación del Espíritu como el testigo de Jesús, por cuanto explicita de un modo especial la relación y la misión del creyente. San Juan, al narrar el discurso de despedida de Jesús coloca en boca de Jesús la promesa del Espíritu como testigo suyo:

Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio (Jn 15, 26-27)

La misión confiada al Espíritu será dar testimonio de Jesús, y actuará como testigo de la causa de Jesús, de la autenticidad, legitimidad y derecho de la fe de la Iglesia. La fe de los discípulos sólo será radical a partir de la pascua y por la presencia del Espíritu que los vinculará más plenamente a Jesús de Nazaret. Luego, la presencia del Espíritu se muestra vital para el testimonio de la Iglesia ante el mundo, y sostendrá la misión de los discípulos.

En este sentido, si la presencia del Espíritu fue vital para Jesús y si su fuerza llevó a los primeros cristianos a salir de sí en pro del testimonio del reinado de Dios, la tarea primordial del confirmado será abrirse a la acción del mismo. Y esta presencia del Espíritu compromete al confirmado, lo abre a la relación filial con Dios, lo vacía de sí mismo al

¹³³ MOLTSMANN, Jürgen. *El camino de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 2000. 113.

¹³⁴ Cfr. FERNANDEZ RAMOS, Felipe. *Diccionario del mundo joánico*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2004. 367.

servicio de la vida como lo hizo Jesús, lo salva en el movimiento de una conversión constante, y lo lanza a hacer de la vida el mejor testimonio del Dios misericordioso:

Si el Espíritu es Dios mismo que se nos da y actúa en nosotros, podemos concluir que vivir en el Espíritu es amar y comprometernos en todo lo que Dios ama y se compromete¹³⁵.

Esta experiencia del Espíritu es un dinamismo de amor y compromiso de parte de Dios y del hombre. En Jesús Dios amó al hombre y se comprometió con él a través de la causa del Reino. Los discípulos llamados al seguimiento de Jesús y fortalecidos con la presencia viva del Espíritu amaron al Señor, su palabra y su vida, y se comprometieron en su causa dando testimonio del crucificado-resucitado. De aquí se desprende que la presencia del Espíritu compromete al confirmado no en acciones esporádicas, sino en toda su vida como pro-existencia, es decir, como tendencia fundamental de libertad y amor. El Vaticano II, especialmente el decreto *Ad Gentes*, y últimamente *Aparecida*, han puesto de relieve la misión como compromiso ineludible y consecuente con el seguimiento de Jesús expresado en el Bautismo y la Confirmación.

La vida del sacramento de la Confirmación supera la reducción sociológica en que muchas veces ha caído, y se expresa como condición de posibilidad de un verdadero seguimiento histórico y pneumático de Jesús. Histórico por cuanto se inserta en la viva tradición de la fe apostólica, comprende la realidad desde la persona y el proyecto de Jesús, a fin de ser pro-existencia en el contexto y el lugar concreto donde vive su fe. Es una experiencia pneumática por cuanto es gratuidad de Dios que ofrece el don del Espíritu, suscita en la persona una experiencia nueva y abre a una experiencia comunitaria de comunión, solidaridad y justicia. No obstante, el seguimiento de Jesús histórico y pneumático nos pone en el dinamismo de asumir la vida cristiana como una verdadera experiencia mística y profética que supera toda dicotomía entre la fe y el compromiso.

¹³⁵ MARTINEZ, Víctor, *La confirmación*, 316.

2.6. La Confirmación: mística y compromiso en el seguimiento de Jesucristo

Las líneas precedentes han logrado mostrar un breve recorrido por la teología primordial del sacramento, y posteriormente se ha intentado relacionar el sentido del sacramento con la experiencia integral de la vida cristiana que es el seguimiento de Jesús. De esta forma, se ha hecho evidente la conexión del sacramento de la Confirmación dentro de la Iniciación Cristiana como sacramento de gratuidad que vincula y compromete al cristiano viviendo la existencia como relación filial con Dios, siendo testigo del Reino de Dios y animado por el Espíritu Santo.

La Confirmación, que ha atravesado diversos momentos de reflexión y renovación doctrinal y litúrgica a lo largo de la historia, redescubre en el seguimiento de Jesús y en la participación de su destino, una condición de posibilidad para hacer más vital y significativa la vida cristiana. Se trata por tanto de lograr integrar una experiencia mística y comprometida, en un único proceso de santificación por la presencia del Espíritu. Así percibimos la experiencia de Jesús, que está abierto hacia la gratuidad del Padre y orientando su existencia hacia el Reino que llega:

El compromiso cristiano tiene razón de ser, su explicación y su significado en lo que de hecho fue el compromiso de Jesús de Nazaret. Ahora bien, el compromiso de Jesús no fue un compromiso por su propia perfección, su santificación personal o su realización a toda costa. El compromiso de Jesús quedó reflejado en lo que fue su destino: el servicio incondicional al hombre... por lo tanto, el compromiso cristiano tiene que seguir este mismo itinerario. Por consiguiente, no se trata de comprometerse en el camino de la propia perfección, o de la propia santidad, sino en el destino del servicio al hombre, sobre todo en el servicio a los más desgraciados de la tierra... Pero aquí es decisivo comprender que el dinamismo propio y específico del compromiso cristiano no se orienta hacia el bien propio del sujeto, sino hacia el servicio a los demás¹³⁶.

¹³⁶ CASTILLO, José María. *El seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1998. 125-126.

Si la vida del cristiano es fundamentalmente el seguimiento de Jesús, este se vive en un doble movimiento de apertura a Dios, por el cual se experimenta como hijo, y de proexistencia en cuanto apertura al servicio de los hombres, especialmente a los más pobres, de los cuales se siente hermano en Jesús, el fraternizador por excelencia. Y este camino no es un esfuerzo solitario, sino una experiencia de comunión con el Espíritu que poco a poco lleva al creyente a una mayor intimidad con Dios y a un mayor compromiso con el destino de Jesús. La imagen del termómetro de la vida cristiana es el compromiso real con la causa de Jesús que debe estar sostenido por la relación profunda con su persona:

Un destino de esta envergadura no se puede ni asumir ni llevar adelante sin un amor apasionado a Jesús y sin una experiencia personal muy honda de relación, de amistad, de entrega y confianza en Jesús... es sencillamente impensable e imposible, si no existe una mística muy radical: la mística que consiste en una experiencia tan fuerte de amor y de amistad con Jesús que la persona creyente se siente entonces realmente capacitada para superar el miedo y la soledad, el desaliento y el cansancio, los fracasos y los conflictos, el peligro de verse deshonrado y perseguido, hasta perder la propia libertad, y si es preciso, la misma vida¹³⁷.

El llamado que Jesús hace a sus discípulos los pone en este dinamismo expresado por José María Castillo. Del encuentro van al seguimiento, como de estar con él nace el compartir su vida y su destino. Los discípulos ven y oyen las acciones de Jesús de Nazareth, caminan con Él, se sienten desafiados por las palabras del maestro, experimentan la frustración de su muerte, se alegran con Jesús resucitado viviente, se ponen en estado de misión anunciando a Jesús como mesías salvador, invitan a la conversión y bautizan, permanecen unidos en la fe, la oración y el amor, y llegan a la fidelidad plena aún cuando la incomprensión de las autoridades y la persecución los lleve a dar el mayor testimonio con el martirio.

Si el confirmado vive el sacramento, -y con esto no se trata sólo del momento litúrgico, ni de su preparación, sino de la mística y el compromiso surgida del mismo-, experimentará

¹³⁷ CASTILLO, *El seguimiento*, 127.

que Dios lo mueve en su vida hacia la pro-existencia, sintiéndose interpelado en su vocación de discípulo y misionero. El Espíritu Santo garantiza la significatividad del sacramento si el creyente confirmado asume su vida como una experiencia integral de relación y compromiso con la persona y el destino de Jesús. La experiencia sacramental de la Confirmación no agota la vida cristiana ni la reduce, sino que la configura en el sentido fundamental del seguimiento.

La pregunta que puede surgir en este momento, es cómo vivir esta mística y este compromiso y cómo descubrir que se está caminando en la orientación fundamental de la vida que nace del seguimiento de Jesús. La respuesta se entreeva si se acoge la realidad antropológica de los jóvenes como búsqueda de sentido y si se comprende la vida de fe como apertura al proyecto de Dios en el hombre. De esta forma, es posible entender que el seguimiento histórico-pneumático de Jesús se realiza desde el dinamismo del discernimiento. Vivir como cristianos, edificados sobre la fe pascual de los discípulos que dan testimonio de Jesús, y marcados por signos de muerte en la realidad social actual, implica asumir el discernimiento como experiencia y condición de posibilidad del seguimiento de Jesús, para ser fieles al sentido fundamental de la fe en cuanto libertad para amar y esperanza de un mundo más humano tras la propuesta de Jesús. Este sentido performativo del discernimiento será la tarea fundamental del próximo capítulo.

3. El discernimiento como vivencia sacramental: una pedagogía de vida.

Una mirada retrospectiva a los dos capítulos precedentes, permite destacar la situación contextual y el horizonte de sentido de la experiencia sacramental de la Confirmación. La búsqueda vital por parte de los jóvenes, de una vida realizable y auténtica, encuentra en el seguimiento de Jesús un proyecto capaz de llenar las profundas aspiraciones del ser humano. De esta forma, el joven que celebra el sacramento de la Confirmación tiene la posibilidad real de descubrir que ser testigo de Jesús y de su causa es experiencia provocadora de sentido y de realización integral, que configura plenamente su identidad y su acción en el mundo. Ahora bien, se hace necesario articular la vivencia del sacramento de la Confirmación desde la praxis del discernimiento como la manera adecuada y oportuna de orientar la existencia en la dinámica del seguimiento de Jesús. La manera como se asume el seguimiento de Jesús es el aporte del discernimiento, en cuanto experiencia performativa, proyectiva e integradora de la vida, es decir, como laboratorio del sentido de la fe.

No se trata tanto de hacer del discernimiento la carta mágica de la espiritualidad cristiana, sino de destacar su sentido pedagógico, en cuanto proceso que acompaña el crecimiento humano y cristiano del joven como sabiduría del Espíritu. En este sentido, el discernimiento se presenta como mediación pedagógica, o más aún, como proceso personal y comunitario de crecimiento y maduración en la comunión y misión de la comunidad eclesial. De esta forma, si el sacramento de la Confirmación apunta a llevar al joven al compromiso de ser testigo de Jesús en la Iglesia y para el mundo, los valores y opciones con que se asume la integralidad de la vida necesitan del discernimiento para hacer realista, concreto y auténtico el seguimiento de Jesús. Puesto el joven en tónica de discernimiento y entendiendo el sacramento como situación de discernimiento existencial de su fe, hará posible no sólo vislumbrar, sino asumir una vivencia sacramental de sentido, simbólica y performativa.

3.1. El discernimiento: necesidad y opción de la vida cristiana.

Hablar de discernimiento y más aún, pretender aplicarlo, pareciera no pocas veces un asunto de especialistas. No obstante, no es así. El discernimiento es una capacidad del ser humano, en cuanto que en un nivel básico busca distinguir el bien del mal, o diferenciar entre lo bueno y lo mejor. Y esta actitud del hombre, es una característica específica de la espiritualidad cristiana que manifiesta la búsqueda y el deseo de actuar en libertad y responsabilidad en relación con Dios, con los demás, y más aún, consigo mismo. De este modo, el discernimiento en la vida cristiana va más allá de hacer lo bueno y evitar lo malo, y se inscribe en la línea de una vida según el Espíritu, tal como lo mostró con gran claridad Pablo en el capítulo 8 de la carta a los Romanos.

El objetivo fundamental del discernimiento, en cuanto experiencia del Espíritu, está planteado por Pablo en Romanos 12, 2 como la búsqueda de la voluntad de Dios mediante tres adjetivos fundamentales: lo bueno, lo agradable y lo perfecto. Este texto situado al comienzo de la segunda parte de la carta, la sección exhortativa, es una invitación a asumir que la existencia cristiana se traduce y se expresa por el discernimiento. Para Pablo el discernimiento es una forma fundamental de ser cristiano pues capacita al creyente para la renovación de la mente y del corazón dentro de la realidad histórica en la cual se está presente.

El discernimiento nace así del deseo entrañable de corresponder a la gracia divina que ha hecho al creyente hijo y hermano en el Hijo. Discernir se constituye así en un elemento fundamental para vivir el seguimiento de Jesús como mística y compromiso auténticos. Quizá aquí es posible hallar una forma de ayudar a superar el tradicionalismo de la fe, por cuanto el discernimiento ayudará a comprender lo que realmente quiere Dios del hombre y de la historia. Sin discernimiento se puede seguir promoviendo una comunidad cristiana aletargada, encerrada en sí misma, que poco a poco pierde el rumbo y la vitalidad de la fe, de la esperanza y del amor.

3.1.1. La experiencia del discernimiento

El discernimiento del creyente apunta fundamentalmente a la búsqueda de la voluntad de Dios para ser conocida y actuada¹³⁸, es la apertura al plan de Dios sobre la historia humana. Así es posible entender que Dios al revelarse se revela a sí mismo y revela su voluntad¹³⁹, desvela su proyecto como iniciativa salvífica. De esta forma, según Rahner “lo específicamente cristiano es saber vivir en permanente discernimiento”¹⁴⁰.

El discernimiento surge ineludiblemente como necesidad y como opción, como tarea y búsqueda sincera de quienes quieren vivir con honestidad y coherencia. En este sentido, el discernimiento tiene que ver con la madurez humana y cristiana, por cuanto ser persona madura es ser sujeto de discernimiento. Vivir en actitud de discernimiento es ser persona de horizonte que mantiene el deseo de corresponder al proyecto de Dios y sentirse comprometido con su historia. Discernir es por tanto, según Tony Mifsud “un proceso de búsqueda y realización: una relación dialéctica entre el estar-con y el obrar-como en el seguimiento de Cristo”¹⁴¹.

Si ser cristiano es llegar a ser hijos de Dios en el Hijo, entonces el discernimiento cristiano ha de tener una estructura semejante a la de Jesús¹⁴², lo cual es clara expresión de su seguimiento. De esta forma, aunque no encontramos una alusión directa de Jesús sobre la necesidad del discernimiento, percibimos que a la base de su praxis profética y mesiánica estuvo la búsqueda de la voluntad de su Padre (Mc 3, 25; Jn 4, 34; Jn 5, 30; Jn 6, 39-40) para corresponder en libertad y fidelidad a quien descubría como Dios *siempre mayor*, como absoluto de su existencia. A este respecto John Sobrino afirma que:

¹³⁸ Cfr. SOBRINO, John. *El seguimiento de Jesús como discernimiento*. En: Concilium N° 139. Madrid: Ediciones Cristiandad, Noviembre. 1978. 517.

¹³⁹ Cfr. BAENA BUSTAMANTE, Gustavo. *Fundamentos del discernimiento en la revelación*. En: Apuntes Ignacianos 37. Enero-Abril. Bogotá, 2003. 40.

¹⁴⁰ VIVES, Joseph. *Principio y fundamento del discernimiento cristiano*. En: Revista Manresa. Vol 71. Octubre-diciembre. Madrid, 1999. 304.

¹⁴¹ NOVOA, Carlos. *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral*. Colección Teología Hoy N° 30. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009. 99.

¹⁴² Cfr. SOBRINO, *El seguimiento*, 518.

Es sabido, según se puede colegir de los evangelios, que Jesús comienza su actividad con la conciencia de un judío que ha recogido las mejores tradiciones sobre Dios provenientes de la historia de su pueblo. Jesús parece sintetizar esas tradiciones en aquella según la cual Dios es el Dios del reino. Y va a ser en la búsqueda de la voluntad concreta de Dios sobre ese reino donde Dios se le va a aparecer en primer lugar como un Dios *siempre mayor*¹⁴³.

La relación de Jesús con el Padre se presenta aquí como exigencia y posibilidad del discernimiento. La conciencia de Dios como *siempre mayor* orienta a Jesús a conocer realmente quién es Dios y cuál es su voluntad. La experiencia del discernimiento en Jesús aparece en las tentaciones del desierto, en la crisis galilea, en la oración en el huerto y en su muerte, y es precisamente en ellas donde

Jesús se ve en la necesidad de replantearse cuál es la voluntad de Dios sobre el Reino e indirectamente sobre su persona, que supera los límites de lo ya conocido como bueno y se plantea como aquello concreto y novedoso que hay que ser y hacer¹⁴⁴.

Esta mirada a Jesús y a su experiencia discerniente nos muestra que el creyente, ha de colocarse como Jesús en una total incondicionalidad¹⁴⁵, en una total apertura a Dios desde la fe. En este sentido, el discernimiento nace del hecho mismo del seguimiento de Jesús, de la adhesión de fe a su persona y de “haber hecho la opción fundamental por el Reino de Dios y tener en consecuencia una mente renovada”¹⁴⁶. Por ello el discernimiento halla en la realidad del sacramento de la Confirmación un lugar vital de realización, por cuanto el joven iniciado en la vida de la Iglesia más por tradición que por opción vital, puede comprender el sentido de la vida cristiana como apuesta al proyecto de Dios querido para el mundo, un proyecto que coloca la vida en la dinámica del Reino.

¹⁴³ SOBRINO, *El seguimiento*, 519.

¹⁴⁴ *Ibid.*, 519.

¹⁴⁵ BAENA, *Fundamentos del discernimiento*, 33.

¹⁴⁶ GONZALEZ-CARVAJAL, José Luis. *Los signos de los tiempos*. Madrid: Sal Terrae. 1987. 96.

El apóstol Pablo muestra que el discernimiento es una praxis de autenticidad cristiana guiada por la presencia del Espíritu. Es el Espíritu de Dios quien dirige a los hijos de Dios a fin de caminar en el sentido de la luz y de la libertad, a fin de dejarse transformar a la medida de Dios:

El Espíritu, en la medida en que le hemos acogido sinceramente, transforma nuestro espíritu y nuestro corazón. Ha renovado nuestra visión del mundo, nuestro modo de juzgar y de obrar; ha potenciado nuestro deseo de amar, permitiéndonos entrever el amor insondable que Dios nos ha manifestado al hacernos sus hijos... Mediante esta filiación ha creado en nosotros una cierta connaturalidad con él, y ello nos permite percibir de algún modo el misterio de su voluntad¹⁴⁷.

Discernir espiritualmente, no es sólo intuir, sino aclarar y precisar la presencia y la acción del Espíritu en la vida, tal como lo muestra Pablo. La vida del cristiano es una vida según el Espíritu y no según la Ley (Rm 8, 1-4; Gal 4, 4-6), pues para la libertad el hombre ha sido llamado en Cristo Jesús (Gal 5, 1. 13). De esta forma la vida cristiana es una vida orientada y comprometida en el Espíritu (Rm 8) para vivir el doble movimiento de la filiación divina y la fraternidad humana. Pablo empleó en algunas de sus cartas el verbo *dokimasein* para referirse concretamente a lo que tiene que ser en concreto la conducta del hombre de fe a partir del discernimiento. José María Castillo muestra el valor del discernimiento desde Pablo, como el criterio que da la medida del Espíritu y de la praxis que debe guiar a todo creyente:

La vida del creyente y su culto espiritual –el culto nuevo que define la existencia cristiana- se concreta y se expresa en el discernimiento (Rm 12, 2); el caminar como hijos de la luz, por contraposición a los hijos de las tinieblas, lleva consigo la puesta en práctica del discernimiento, para ver lo que agrada al Señor (Ef 5, 8-10); el deseo y la oración de san Pablo en favor de sus comunidades se concreta en que se capaciten por

¹⁴⁷ GOUVERNAIRE, Jean. *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*. Santander: Sal Terrae, 1984. 76.

medio del amor, ,para tener el tacto afinado que les lleve a discernir cuál es la voluntad de Dios (Fil 1, 9-10)¹⁴⁸.

La búsqueda de la voluntad de Dios no es algo esporádico en la vida del creyente. Para caminar en una relación profunda con Jesús y asumir un compromiso efectivo con su persona y su causa, el discernimiento se presenta como mediación dinámica. Sin embargo, el discernimiento no se logra por deducción teórica, ni por la aplicación de criterios externos, ni mucho menos como la fiel ejecución de normas prefijadas por la Iglesia, sino que es una realidad más abierta a todo lo que es bondad, servicio y amor por la acción del Espíritu en el corazón del creyente.

El discernimiento, tal como lo refiere Pablo en Fil 1, 9-10, no se elabora sobre ideas prefijadas sino que es “una experiencia más profunda, la experiencia afectiva por excelencia, la experiencia del amor”¹⁴⁹. Pablo ora por los filipenses para que su amor siga creciendo cada vez más en conocimiento y sensibilidad a fin de discernir lo mejor. Así la experiencia del amor se constituye en fuerza motora que intensifica la búsqueda de la voluntad de Dios:

El discernimiento cristiano es fruto de la experiencia del amor verdadero hacia los demás. Este amor se traduce en conocimiento práctico y en sensibilidad, que descubre, mediante cierta atracción o sollicitación, lo que agrada a Dios en cada circunstancia concreta. De esta manera actúa el Espíritu de Dios en el corazón del hombre de fe, para conducirlo por los caminos del Señor.¹⁵⁰

La experiencia del discernimiento se presenta así como experiencia performativa, es decir, como experiencia que acoge el propósito imperante e ineludible para el discípulo de vivir en seguimiento de Jesús. El valor pedagógico del discernimiento recae en su sentido práctico, por cuanto orienta la existencia del creyente desde la voluntad de Dios, es decir,

¹⁴⁸ CASTILLO, José María. *El discernimiento cristiano*. Salamanca: Sígueme, 1994. 55.

¹⁴⁹ *Ibid.*, 92.

¹⁵⁰ *Ibid.*, 98.

desde la revelación de su proyecto salvífico y humanizador. Ahora bien, es necesario aclarar que, si bien la búsqueda de la voluntad de Dios no se realiza sobre reglas ni técnicas precisas, sino que es fruto de la acción del Espíritu -que da el tacto afinado para captar y obrar en la dirección del Reino de Dios-, para lograr un verdadero discernimiento si se requiere de unas actitudes básicas como son la libertad, la interpretación de los realidad, la oración y la orientación al servicio de los demás. Ahondar en estos puntos nos permitirá clarificar aún más el valor del discernimiento para el creyente.

3.1.2. Conocer y comprender la realidad para discernir los signos de los tiempos

Si la revelación de Dios acontece en la historia articulada de un modo único en la persona de Jesucristo, el discernimiento se hace desde la historia en la que se vive, desde el tiempo y el espacio determinados en los que se encuentra la comunidad cristiana. El conocimiento de la realidad y la interpretación de la misma son una condición de posibilidad de un discernimiento real y concreto. La voluntad de Dios se busca desde el contexto como realidad a la cual Dios interpela para ver si en ella se hacen presentes los signos del Reino. Pretender una vida cristiana alejada de la realidad y del contexto, como un proyecto de realización individual, es un proyecto evasivo y mezquino que no evidencia la vivencia de la fe como mística y compromiso.

El contexto y la realidad-ahí en los que nos hallamos situados con las características propias de la época interpelan al creyente:

Primero, porque la realidad-ahí es virtual vehículo de la manifestación del Señor... *Segundo*, porque la realidad-ahí es objeto de virtual discernimiento de los signos del Reino y Reinado de Dios que opera ya en la realidad de la vida y de la historia posibilitando un mundo según su voluntad. *Tercero*, porque en la realidad-ahí se agazapan las fuerzas del misterio de la iniquidad que operan en la historia en forma de anti-reino, anti-vida... *Cuarto*, porque la realidad ahí, leída y convenientemente

analizada en sus signos positivos y negativos, es la que *permite descubrir los desafíos puestos a la evangelización*¹⁵¹.

La realidad-ahí en la cual está inserto el creyente cuestiona la presencia histórica por cuanto exige tener los sentidos abiertos a las urgencias del contexto y el corazón robustecido en el seguimiento de Jesús. La búsqueda de la voluntad de Dios se presenta así desde la realidad histórica que compromete a la persona y a la comunidad cristiana, signo por excelencia de la presencia viva de Jesús. La *Gaudium et Spes*, en esta línea, hace imperativa para la vida de la Iglesia, que se identifica como servidora de la humanidad, la necesidad de discernir la realidad para percibir si en ella acontecen los signos de los tiempos o los signos del Reino:

Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza¹⁵².

El discernimiento, tarea común de toda la Iglesia es por ende una lectura creyente de la realidad a fin de captar en ella la presencia del proyecto de Dios:

El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre¹⁵³.

¹⁵¹ PARRA, *Textos*, 265.

¹⁵² Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 4. En: *Acta Apostolicae Sedis* 58 (1966). 1026-1027.

¹⁵³ *Ibid.*, N° 11. 1033.

El pueblo de Dios se hace sujeto de discernimiento por su experiencia de fe, asumiendo así la responsabilidad de contribuir creativamente en la promoción de un mundo en consonancia con la llamada de Dios. Allí en la realidad y ante la presencia de signos de vida y de muerte, el discernimiento del cristiano y de toda la comunidad creyente permite interpretar hacia dónde camina la historia y sus necesarios cambios a la luz del proyecto de Dios:

Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada¹⁵⁴.

La Iglesia nace de la iniciativa divina que la congrega para el testimonio de Jesús en el mundo, pero su tarea evangelizadora requiere del discernimiento para revisar que sus opciones estén encaminadas a hacer posible el proyecto del Reino. La lectura de la realidad, y más específicamente de los signos de los tiempos, como los signos que muestran la presencia del Reino de Dios,

no busca sólo comprender cristianamente lo que ocurre en el mundo, sino también orientar correctamente el compromiso de los creyentes para promover los diversos signos del Reino y purificarlos de los antisignos que los parasitan. La interpretación de los signos de los tiempos es, por tanto, una hermenéutica de la praxis¹⁵⁵.

Aparecida, reflexionando sobre la vida de nuestros pueblos latinoamericanos, ha buscado partir del conocimiento de la realidad que interpela al discípulo-misionero de Jesús para acentuar que la vida cristiana está llamada a permear el contexto con la alegría de la buena noticia de Jesús:

¹⁵⁴ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 44. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1065.

¹⁵⁵ GONZALEZ-CARVAJAL, *Los signos de los tiempos*, 235.

Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los “signos de los tiempos”, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y “para que la tengan en plenitud (Jn 10, 10)”¹⁵⁶.

El modo de leer la realidad para dilucidar en ella los signos y anti-signos del reino se hace patente en Jesús. De él no aprendemos las respuestas a nuestros discernimientos -pues esa es la experiencia propia del Espíritu-, sino el modo como hay que aprender a discernir la realidad “a partir de las opciones y objetivaciones históricas que tomó Jesús”¹⁵⁷. Jesús, ubicado en la tradición judía, comprendió la voluntad de Dios entre un *si* y un *no* incondicionales desde la propuesta del Reino, tal como afirma John Sobrino:

El primer paso para discernir es por tanto, oír el claro *no* de Dios al mundo de pecado que deshumaniza al hombre (...). El segundo paso correlativo es oír el *sí* de Dios a un mundo que tiene que ser reconciliado y, sobre todo, *mantener la utopía* de ese *sí* como tarea inabandonable, aún cuando la historia con gran frecuencia la cuestiona radicalmente. Se discernirá, por tanto, siempre que se mantenga viva esta conciencia y no se acomode a los escepticismos, realismos, y aún cinismos que la historia nos ofrece como soluciones más sensatas de discernimiento¹⁵⁸.

En consecuencia si el discernimiento es la búsqueda de la voluntad de Dios para el hombre, esta búsqueda requiere del creyente un conocimiento y comprensión de la realidad. Esta condición se muestra como necesaria a tal punto que una actitud no reflexiva sobre el contexto puede desembocar en el conformismo o en la indiferencia frente a la realidad en la que Dios hace presente el Reino. El seguimiento de Jesús se vive desde la realidad histórica como una experiencia del Espíritu que lleva al hombre al compromiso con la misma, entre

¹⁵⁶ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 33.

¹⁵⁷ SOBRINO, *El seguimiento*, 522.

¹⁵⁸ *Ibid.*, 522.

el *sí* y el *no* incondicionales que Dios pronuncia y que comprendemos a través del discernimiento.

3.1.3. La oración como apertura al discernimiento

La oración es una experiencia fundamental dentro de la praxis del discernimiento cristiano. Ella no simplemente presupone el contacto con la divinidad, como rasgo típico de toda religión, sino que ésta nace del Espíritu como una relación profunda con el Padre de Jesús. Así la oración cristiana nos coloca como Jesús ante la total incondicionalidad de Dios, es decir, en actitud de discernimiento. El mismo Pablo ha mostrado que la oración es una experiencia del Espíritu que clama y gime en nuestro interior *Abbá*, buscando la voluntad del Padre (Rm 8, 15. 26).

La originalidad de la oración cristiana se fundamenta en la experiencia de fe de Jesús. Jesús es el hombre orante por excelencia. Su oración recoge una profunda experiencia de sentido dado que a través de ella reconoce cómo Dios ha revelado las cosas a los sencillos (Mt 11, 25; Lc 10, 21) y cómo la decisión de ser fiel a la voluntad del Padre implica asumir sus consecuencias hasta el final (Mt 26, 29; Mc 14, 36; Lc 22, 42). En este sentido “podemos comprender la oración de Jesús como búsqueda de la voluntad de un Dios *siempre mayor*, cuyo ser mayor se muestra precisamente en la exigencia y capacitación para una acción histórica cuyo núcleo es amor”¹⁵⁹.

El Padre se revela a través de la oración de Jesús como el horizonte de su persona y de su actividad. El *Abbá* con el que Jesús se dirige al Padre muestra ante todo la relación confiada y estrecha con Él. Allí en la oración, Jesús descubre quién es Dios para él y cuál es su voluntad sobre la misión del Reino:

¹⁵⁹ SOBRINO, John. *La oración de Jesús y del cristiano*. En: http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lib/vol18/71/071_sobrino.pdf (consultado el 12 de Mayo de 2013. 9:30 a.m.)

La oración de Jesús es la expresión de este "más" que va surgiendo en su propia historia. Ese "más" va apareciendo en la búsqueda de la voluntad de Dios, en la alegría de que llegue el Reino, en la aceptación fiel hasta el final de la voluntad de Dios y en la confianza incondicional hacia el Padre. Orar para Jesús es expresarse en totalidad. Esa expresión vive de la historia concreta, no es, por lo tanto, meramente intencional. Esta oración presupone que, aun cuando él mismo va haciendo el sentido de su propia historia, ese sentido no puede ser pleno sin la referencia a Alguien, que vaya totalizando lo que en la historia sólo aparece como parcial¹⁶⁰.

A la luz de la experiencia de la oración de Jesús y como seguidores suyos descubrimos el valor incondicional de la oración como relación clave que nos lleva a una verdadera experiencia de discernimiento. La fe cristiana nace donde hay seguimiento de Jesús y el seguimiento surge donde hay encuentro con su persona. Ahora bien, la oración se presenta así como una manera concreta del encuentro y diálogo personal con Jesús, como experiencia del Espíritu. A través de la oración la fe se purifica y explicita, se suscita la esperanza y se potencia la caridad¹⁶¹.

En el seguimiento de Jesús es necesario orar para discernir. La apertura en la oración se explicita en la actitud de fe y de escucha a la Palabra para hacer aquello que Dios suscita en el corazón del hombre y que apunta en su estructura general hacia la experiencia del amor. La oración del cristiano se hace real y profunda si supera todo tipo de narcicismo y de autoafirmación del yo egoísta, si deja de lado la oración como instrumentalización espiritual devocional y desencarnada de la realidad, y si se cimenta sobre la estructura orante por excelencia del Padrenuestro. En este sentido, la oración ofrece una condición de

¹⁶⁰ SOBRINO, John. *La oración de Jesús y del cristiano*.

¹⁶¹ Cfr. LIBANIO, Joao B. *Orar para discernir*. En:

http://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CCgQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.vocacionreligiosa.org%2Fdiscernimiento%2Farticulos%2Fforar.doc&ei=VuK7UcWLB4ua9Qsr24CYCQ&usg=AFQjCNFr_r9To7QxOqQaDR-k3QJkGCjcCQ&bvm=bv.47883778,d.eWU (Consultado el 12 de Mayo de 2013. 10:20 a.m.)

posibilidad de un discernimiento clarividente por cuanto integra en sí el doble movimiento de la relación profunda con Dios y el compromiso con su causa:

En la oración es donde llega a su meta el discernimiento, y únicamente un hombre espiritual es capaz de hacer un discernimiento espiritual, porque únicamente él puede, con la luz del Espíritu, ver el sentido que Dios quiere que le demos a nuestra propia vida, a la luz del misterio de Cristo, en contraste, a veces total, con prejuicios, apreciaciones y motivos puramente humanos y egoístas¹⁶².

Buscar la voluntad de Dios en el fondo es buscar a Dios mismo, es vivir la experiencia de la relación personal que acrecienta la dimensión afectiva y efectiva del seguimiento. La experiencia de la oración, expresada en sus diversas modalidades, tanto a nivel personal y comunitario, expresan en el fondo una relación personal con Dios como experiencia que da sentido e integra la existencia como camino, como escucha y acción en función del Reino. Mística y compromiso están atravesados en el discernimiento por la experiencia de la oración.

3.1.4. La libertad como condición existencial del discernimiento.

El discernimiento se realiza desde una actitud de libertad y para una experiencia de libertad. Bien se sabe que una persona llega a realizarse plenamente cuando es plenamente libre, dado que la libertad constituye una de las aspiraciones más grandes de la vida¹⁶³. Sin embargo, la libertad como condición esencial del discernimiento no se refiere únicamente a la capacidad que tiene el hombre de elegir y mucho menos al deseo de hacer cada uno lo que quiere. La libertad, tal como afirma Castillo, se refiere a la

¹⁶² PERAZA LEAL, Fernando. *Discernimiento, asesoría, animación y dirección espiritual*. Quito: Centro Salesiano Regional de Formación Permanente, 2009. 14.

¹⁶³ Cfr. CASTILLO, *El discernimiento*, 19-20.

carencia de ataduras, dependencias y seguridades. En este sentido, una persona es libre cuando no se siente atada o dependiente de nada ni de nadie. Cuando, por consiguiente, no tiene su consistencia, su estabilidad y su seguridad en nada exterior o extraño a su misma persona. Cuando, por lo tanto, es una persona plenamente disponible¹⁶⁴.

La libertad emerge así como disposición fundamental para buscar la voluntad de Dios. Sin libertad, el discernimiento corre el riesgo de ser una justificación de intereses personales o una aplicación de normas externas. En esta misma línea vale la pena resaltar cómo ser libres nos lleva a tomar en serio la vida y a enfrentar por ende la soledad que emerge cuando el hombre se encuentra ante su propia realización. El miedo a la libertad mina el proceso del discernimiento pues deja esta responsabilidad en manos de otros. Ahora bien, un proceso de personalización en el seguimiento de Jesús lleva a constatar que “soy libre cuando me interrogo por el principio y fundamento de mi existencia. Soy libre cuando me pregunto qué hago y por qué lo hago, cómo lo hago y con quien lo hago”¹⁶⁵.

La libertad se inscribe dentro del sentido profundo de la total incondicionalidad a Dios. De esta forma, la libertad se constituye en la nueva situación desde la cual el creyente se inserta en la dinámica del discernimiento. Esta experiencia de la libertad se expresa como vida en el Espíritu, como libertad de los hijos de Dios en Cristo Jesús. Pablo ha mostrado que los nuevos cristianos ya no se hallan bajo el régimen de la Ley, sino que filiación y fraternidad son las dos dimensiones de una vida centrada en el Espíritu. A este respecto Jesús había afirmado que ser libres es ser verdaderamente hijos (Jn 8, 33-36).

La libertad es un indicio claro de que el hombre camina en la búsqueda de la voluntad de Dios porque

el hombre ha comprendido que no existe justificación más que en Cristo y en ninguna otra parte; del hecho de que el hombre ha apostado su vida por la cruz de Cristo y está

¹⁶⁴ CASTILLO, *El discernimiento*, 20.

¹⁶⁵ MEZA, *El discernimiento*, 42.

dispuesto a perderlo todo por él; de esta manera ha penetrado en el corazón del designio de Dios¹⁶⁶.

El discernimiento brota de una actitud de libertad incondicional a Dios y lleva al creyente a una experiencia de libertad para amar. Así lo ha sintetizado Pablo al afirmar que la nueva ley, la ley del Mesías, se resume y se condensa en el amor a los demás (Gal 5, 13-14; Rm 13, 8-10). De esta manera, se puede decir que quien ama de verdad a los demás como forma histórica de amar a Dios, “llega lo más lejos que se puede llegar en la realización de lo que Dios quiere”¹⁶⁷. El camino cristiano no está orientado por ninguna ley externa, sino que se identifica con la persona de Jesús, quien asumió su existencia como libertad para amar¹⁶⁸. Si la libertad se manifiesta en la tendencia del hombre a vivir el amor con todas sus consecuencias, es preciso afirmar con Christian Duquoc que la libertad es el rasgo fundamental que identifica al Jesús confesado por los primeros testigos:

La imagen de la personalidad que se impone a la lectura de los evangelios es la de un hombre libre (...) Ni la libertad ni la autoridad de Jesús lo separan de los pobres y de los pequeños (...) Jesús enseñó el camino de Dios con libertad y eso es lo que suscitó la oposición (...) que desempeñara el papel de profeta viviendo con una libertad que ningún hombre temeroso de Dios se atrevería a concederse, eso era una amenaza para el equilibrio social y religioso del judaísmo del primer siglo (...) Por consiguiente, dentro de ese marco es donde deberá interpretarse su actitud llena de bondad y de amor para con los pobres y los pecadores¹⁶⁹.

La libertad de Jesús es la actitud de una vida puesta al servicio de los demás, es la disposición plena de entregar su vida por la solidaridad con los más pobres, con los pecadores y excluidos. Gustavo Gutierrez en su célebre libro *Beber en su propio pozo* cita a Bonhoeffer sobre el sentido de la libertad:

¹⁶⁶ GOUVERNAIRE, *La práctica del discernimiento*, 65-66.

¹⁶⁷ CASTILLO, *El discernimiento*, 29.

¹⁶⁸ Cfr. GUTIERREZ, *Beber en*, 109.

¹⁶⁹ DUQUOC, Christian. *Jesús, hombre libre*. Salamanca: Sigueme, 1984. 36-37.

En el lenguaje de la Biblia la libertad no es algo que el hombre tiene para él mismo, sino algo que está en función de los demás..., no es una posesión, una presencia, un objeto..., sino una relación y nada más. En verdad la libertad es una relación entre dos personas, ser libre significa *ser libre para el otro*; ya que el otro me liga a él. Sólo en relación con otro, yo soy libre¹⁷⁰.

La libertad se comprende como la capacidad personal de confrontar la propia existencia y colocarse en actitud de plena disponibilidad frente al querer de Dios. Al igual que Jesús, al buscar la voluntad de Dios desde la libertad para amar, el discípulo asume su libertad como disponibilidad para asumir el proyecto del Reino como servicio a los demás. La experiencia del discernimiento encuentra en la libertad una condición existencial de su realización como a su vez la orientación clave del seguimiento para el amor.

3.1.5. La solidaridad como criterio de discernimiento cristiano.

La autenticidad del seguimiento de Jesús asumido desde el discernimiento está, como hemos expresado anteriormente, en la libertad para el amor, al modo como Jesús asumió la misión de ser enviado a anunciar la buena noticia a los pobres (Lc 4, 18). Y esta tendencia fundamental de la existencia es la solidaridad como criterio de un discernimiento orientado en la perspectiva del seguimiento de Jesús y del Reino.

Jesús desde su total incondicionalidad y disponibilidad ante Dios asumió la solidaridad como el medio de llevar a cabo la misión encomendada por el Padre:

Jesús experimentó su vocación, se dio cuenta perfectamente de la tarea que el Padre del cielo le había asignado, y aceptó ese destino. Ahora bien, aquella tarea y aquel destino comportaban, de hecho, no sólo *un fin*, que había que conseguir, la salvación y la liberación total de los hombres, sino además *un medio*, es decir, un camino y un

¹⁷⁰ GUTIERREZ, *Beber en*, 121.

procedimiento en orden a obtener ese fin. Y ese medio o ese procedimiento era, ni más ni menos, *la solidaridad* con todos los pecadores y esclavos de la tierra, hasta sufrir y morir con ellos y por ellos. Por lo tanto, en el bautismo, el Padre del cielo indicó claramente a Jesús, no sólo *lo que* tenía que hacer (salvar y liberar a los hombres), sino además *cómo* lo tenía que hacer (mediante la solidaridad con ellos)¹⁷¹.

La solidaridad de Jesús se manifiesta en la forma concreta de hacer presente el Reino de Dios entre los pobres y marginados. Su cercanía a los pobres, -a los recaudadores, a los pecadores y a los enfermos, entre otros-, y la proclamación de las bienaventuranzas, son una muestra elocuente de que su solidaridad no es simple beneficencia, sino compasión y entrega para mostrar al hombre el amor misericordioso del Padre y el sentido de la humanidad. John Sobrino ha mostrado cómo la existencia de Jesús es una praxis eficaz del amor parcial de Dios hacia los más pobres¹⁷², a través de la cual hace que la buena noticia se convierta en realidad. Sus milagros, su cercanía a los marginados de su época, su crítica al modelo religioso imperante, dan testimonio que la misericordia es la identidad de Dios por excelencia y el principio que debe guiar a sus discípulos. De este modo, la verificación del discernimiento de Jesús se encuentra en que logró mostrar la llegada del Reino como experiencia del Dios misericordioso que asume la total solidaridad con el hombre. Ahora bien, el discernimiento como experiencia del seguimiento de Jesús es real y efectivo si

el discernimiento termina con una verdadera praxis del Reino y no con meras declaraciones ortodoxas, si de esa praxis se sigue que los pobres y oprimidos entienden el reino; si el poder de pecado se ha sentido verdaderamente amenazado y ha reaccionado en forma de rechazo y persecución; si el hombre que discierne se va configurando según el ideal del Sermón de la Montaña; si en la lucha histórica y conflictiva por la instauración del reino el cristiano pasa de la primera fe, esperanza y amor genéricas a una fe contra la incredulidad, a una esperanza contra toda esperanza y a una justicia contra la opresión¹⁷³.

¹⁷¹ CASTILLO, *El discernimiento*, 138.

¹⁷² Cfr. SOBRINO, *El seguimiento*, 522-523.

¹⁷³ *Ibid.*, 525-526.

El discernimiento es experiencia del Espíritu. La acción del Espíritu suscita en el hombre una tendencia fundamental hacia la solidaridad, la misericordia y el amor. Pablo presenta el fruto del Espíritu como la manifestación exterior de una vida conducida por el Espíritu de Dios y por ende como criterio de la autenticidad de la vida cristiana. A este respecto Pablo enumera en la carta a los Gálatas una serie de actitudes como fruto del Espíritu: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley” (Gal 5, 22-23). En la carta a los Efesios Pablo invita a los creyentes a portarse como gente hecha a la luz, donde florece toda bondad, honradez y rectitud (Ef 5, 8-9). Más aún, el texto en el cual el apóstol ora para que el amor de los filipenses crezca más en penetración y sensibilidad para discernir lo que agrada a Dios, muestra que el discernimiento ayudará a ser sinceros, a fin de llegar al día de Cristo colmados de rectitud (Fil 1, 10-11). De esta forma, Pablo manifiesta que sólo las obras que el Espíritu realiza en la vida del creyente pueden garantizar la rectitud de las decisiones.

Vale la pena mostrar cómo estas actitudes están orientadas, tal como afirma Castillo, hacia el amor al prójimo¹⁷⁴ y en definitiva hacia la solidaridad como el modo de ser libres para amar. No se trata tanto de frutos, como de entender que el único fruto del Espíritu es el amor fraterno en sus diversas manifestaciones, que la caridad es el carisma por excelencia sin el cual lo demás no sirve para nada (1 Cor 13, 1-13).). En esta misma línea, el apóstol Santiago ha mostrado cómo la fe en cuanto experiencia del Espíritu se debe traducir en obras, de lo contrario es una fe vacía y muerta (Sant 3, 18). El amor fraterno vivido en sus diversas manifestaciones se presenta como el valor cristiano por excelencia. De esta forma,

donde se producen estos frutos del Espíritu, el discernimiento de la voluntad de Dios es acertado (...) Una ortodoxia, una fidelidad, un integrisimo, o también un compromiso, que llegaran a metas tan altas, no servirían para nada, si falta el criterio fundamental que tenemos para saber lo que agrada al Señor: el amor a los demás y los efectos que produce ese amor. No nos engañemos. Ante Dios sólo cuenta el amor¹⁷⁵.

¹⁷⁴ Cfr. CASTILLO, *El discernimiento*, 119.

¹⁷⁵ *Ibid.*, 125.

Si el amor es el fruto y el criterio fundamental de la vida cristiana, este deberá ser precisamente la forma de verificar el verdadero discernimiento. Buscar la voluntad de Dios, en cuanto coloca al creyente en total disponibilidad como Jesús para asumir el medio adecuado de comunicar el evangelio, conlleva en sí una apertura fundamental. El que Jesús haya optado por la solidaridad como cercanía y experiencia del Dios misericordioso muestra a Jesús como el hombre para los demás, el proexistente en todo su sentido:

Es el Hijo, que es toda referencia al Padre. Y es nuestro hermano, que es toda referencia a nosotros. Jesús no se afirma a sí mismo como centro de nada. Siempre y en todo se mueve a ritmo de Dios, lo que le lleva a moverse a ritmo de los demás, atendiendo a los demás¹⁷⁶.

La solidaridad de Jesús es apertura total a Dios y amor incondicional al hombre, es una existencia solidaria que se hace correlativa a la experiencia de un Dios Padre misericordioso de quien se siente enviado. Lo que mueve a Jesús a servir a los demás como hombre proexistente es fruto de una búsqueda sincera por corresponder a la voluntad del Padre. El discernimiento encuentra así en el amor y la solidaridad el fruto fundamental que verifica su autenticidad y el sentido de la fe.

El discernimiento como experiencia del seguimiento de Jesús hunde sus raíces sobre el modo como Jesús se coloca ante Dios, ante el hombre y ante la historia. De allí, la vida cristiana, animada por el Espíritu es una vida en un permanente movimiento de búsqueda de la voluntad de Dios dentro del marco de la historia en que se vive; es situarse en una total incondicionalidad frente a Dios a través de una praxis de oración abierta y confiada; es una experiencia de libertad como relación disponible con Dios para hacerse responsable de la vida misma; es asumir la vida como libertad para amar y como tendencia fundamental hacia el servicio de los demás al modo como Jesús hizo de la solidaridad el medio de hacer presente el Reino de Dios. Desde aquí se puede comprender que el seguimiento de Jesús

¹⁷⁶ VIVES, *Principio y fundamento*, 311.

pasa a través del discernimiento como una experiencia necesaria y por ende como opción para vivir en libertad y responsabilidad la vocación de ser hijos de Dios. Si la experiencia del Espíritu coloca al creyente en un movimiento de filiación y fraternidad, esta requiere indudablemente del discernimiento que permita hallar el modo adecuado de ser fiel a Dios, a la historia, a la humanidad y a sí mismo.

3.2. La sacramentalidad de la Confirmación como camino existencial de discernimiento.

Toda experiencia sacramental de la Iglesia nace de la sacramentalidad de Cristo que lleva al encuentro con Dios, es decir, del movimiento de su encarnación y glorificación que reveló el proyecto misericordioso de Dios como salvación y humanización. En Jesús se hizo presente el Dios del Reino y su proyecto a partir de la llamada a la conversión y al seguimiento. Esta experiencia del seguimiento de Jesús y participación en su destino es la que está a la base de la comunidad eclesial, y es la experiencia que se celebra simbólicamente desde el bautismo y los demás sacramentos. Ahora bien, la Confirmación, inserta en el dinamismo de la continuidad y novedad del bautismo, y como determinación histórica del mismo, pone de relieve la acción del Espíritu que acompaña, anima y orienta al creyente en el seguimiento de Jesús y el testimonio del proyecto del Reino. De esta manera, la Confirmación manifiesta el dinamismo fundamental, por el cual el hombre se abre al proyecto de Dios en actitud de discernimiento para asumir el modo concreto de vivirlo.

El discernimiento especifica el compromiso con el Reino de Dios dado que lleva al cristiano a una relación personal con Jesús y a asumir la búsqueda de la voluntad de Dios como lo querido por Dios para el hombre aquí y ahora. El joven, que se prepara para el sacramento de la Confirmación, vive esta experiencia simbólica como camino de discernimiento y como oportunidad ineludible de discernir su lugar dentro de la dinámica

de Iglesia, llamada a ser servidora de la humanidad¹⁷⁷ y sacramento universal de salvación¹⁷⁸. Fernando Peraza, precisando la relación entre Reino de Dios, discipulado de Jesús y discernimiento cristiano, afirma:

Si queremos conformar con Jesucristo nuestra vida, debemos conocer su mentalidad, ver la realidad desde su óptica, asumir sus opciones y prolongar su misión. Por tanto, se trata de descubrir en la diversas circunstancias los compromisos concretos que, para la construcción del Reino de Dios en la historia, se derivan del seguimiento de Jesús¹⁷⁹.

Esta relación planteada por Peraza está presente en la Confirmación, no sólo como aspecto circunstancial sino como experiencia fundamental que lleva al cristiano a la madurez en el plano ontológico¹⁸⁰. La experiencia sacramental ayuda al joven, en un primer movimiento, a ser consciente de su identidad cristiana por su relación con la persona del Señor Jesús, y desde allí, como segunda dinámica, el joven direcciona su vida hacia el modo real y concreto de vivir comprometido con la causa de Jesús desde la experiencia comunitaria. El discernimiento emerge así como condición de posibilidad de vivir auténticamente, porque se discierne para dar pleno sentido a la existencia cristiana. Sin discernimiento es posible reconocer que somos discípulos de Jesús, sin embargo, no se asume con radicalidad la manera adecuada de ser cristiano en las coordenadas históricas en las que nos correspondió vivir, y esto puede desembocar en el conformismo, el estancamiento y la irrelevancia de una fe y vida separadas.

La búsqueda del sentido de la vida, -que está latente en los jóvenes por la situación de transitoriedad en la cual toman decisiones que comprometen su presente y su futuro-, el florecimiento de una búsqueda espiritual marcada por necesidades y preguntas existenciales, el ideal de un mundo mejor a favor de la justicia y la paz, son constataciones del deseo sincero que está en el corazón del joven, y que encuentran en el discernimiento

¹⁷⁷ Cfr. Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, N°3. En: *Acta Apostolicae Sedis* 57 (1965). 6.

¹⁷⁸ Cfr. *Ibid.*, N°1. 5.

¹⁷⁹ PERAZA, *Discernimiento*, 25.

¹⁸⁰ Cfr. BOROBIO, *La iniciación*, 491.

un dinamismo esencial para asumir la vida cristiana en libertad y responsabilidad. Situarse ante la realidad para conocerla e interpretarla, colocarse ante Dios en total incondicionalidad como Jesús, a través de una relación profunda de amistad con él, son condiciones de posibilidad de asumir el seguimiento de Jesús como búsqueda auténtica de lo que Dios quiere en la vida y para la historia.

La Confirmación como camino existencial de discernimiento no es simplemente la búsqueda de recetas para ser cristiano, como si se tratara de un proyecto prefabricado. Se trata de un proceso en el cual se toma en serio al Espíritu, y por el cual el joven se inicia o va profundizando en “una inteligencia y sentido espiritual capaces de percibir, experimentar y sopesar las razones y cuestionar los sentimientos que nos solicitan y mueven interiormente de cara a la decisión que debemos tomar”¹⁸¹. Ser cristiano no es un asunto ya hecho, sino que se trata de un camino, de un hacerse cristiano, o mejor de *ir siendo* cristiano por la apertura fundamental al proyecto de Dios en la vida. En esta misma línea Jean Gouvernaire afirma:

La búsqueda de lo que Dios quiere de nosotros aquí y ahora se va haciendo al paso de nuestra propia iniciativa, de nuestras disposiciones, de nuestra perspicacia, de nuestras determinaciones. La voluntad de Dios no está dictada de antemano, no es un objeto escondido que haya que descubrir como quien busca un tesoro enterrado. Lo que Dios quiere que hagamos es lo que se halla más en consonancia con su designio. Somos nosotros quienes debemos ir elaborando esta consonancia, a medida que vamos comprendiendo mejor la relación que debemos establecer entre nuestra conducta presente y el término previsto¹⁸².

La Confirmación busca llevar al joven al compromiso y a la audacia de la fe. En este sentido, no se trata de un camino en el cual el joven pretende adivinar lo que Dios quiere,

¹⁸¹ GOUVERNAIRE, *La práctica del discernimiento*, 78.

¹⁸² *Ibid.*, 78-79.

sino de hacer del discernimiento un proceso de amar lo que Dios ama¹⁸³. La Confirmación, al vincular al creyente a la misión de la Iglesia, necesita leer y proyectar su vida desde la voluntad amorosa del Padre, de tal forma que llegando a la conclusión que Dios busca salvar y humanizar al hombre en Cristo Jesús, el creyente no sólo lo comprenda sino que también lo busque, quiera lo que él quiere, acepte lo que quiere y haga lo que él pide¹⁸⁴; el abandono a la voluntad de Dios representa la cumbre del amor. El acto por el cual el hombre conforma su voluntad con la de Dios, no es una despersonalización, sino que por el contrario libera al hombre al modo como Dios da sentido a la humano con la encarnación de su Hijo.

La búsqueda de la voluntad de Dios es un deseo y una decisión de hacer de Cristo el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6). Es una búsqueda sincera de amar lo humano como Cristo asumió la encarnación desde la proexistencia y la misericordia. Discernir es ver la manera adecuada y real de confirmar la fe a partir de la orientación fundamental de la vida desde el proyecto del Reino. En este sentido, el discernimiento explicita la manera concreta de vivir la opción fundamental por Cristo.

La Confirmación, que es discernimiento de la vida cristiana, ubica al creyente en la acogida del Espíritu, en el camino de la luz, en la búsqueda de autenticidad personal, en la correspondencia a Dios con fidelidad y creatividad, en el deseo sincero de ser responsables de la propia vida y de la historia, en la tarea de asumir la vida como vocación y proyecto, en el compromiso de edificar la comunidad cristiana, en la necesidad de superar todo conformismo e indiferencia, en la imperatividad de salir de sí mismos en actitud misionera, en la toma de conciencia del Dios que es amor y que sale al encuentro del hombre, y en el arte de distinguir cuándo estorbamos la infinitud o la acción creadora de Dios en la propia vida¹⁸⁵. En definitiva, el discernimiento en la Confirmación coloca al creyente en la dinámica de la fe y de la vida que ofrece Jesucristo (Jn 6, 40).

¹⁸³ Cfr. MOLLÁ LLÁCER, Darío. *El discernimiento, realidad humana y espiritual*. En: Revista Manresa. Vol. 82. N° 322. Madrid: Enero-Marzo, 2010. 7.

¹⁸⁴ Cfr. ALBURQUERQUE, *El acompañamiento*, 46-47.

¹⁸⁵ Cfr. BAENA, *Fundamentos del discernimiento*, 40-41.

3.2.1. Discernir y confirmar la experiencia de la comunión y la misión eclesial.

Si la confirmación es vinculación del creyente a la vida y la misión de la Iglesia, el joven que celebra el sacramento está abocado a discernir su participación real en la edificación de la misma. El creyente construye la comunidad eclesial desde el compromiso y el servicio a partir de los dones propios, el testimonio de Cristo y la promoción de la civilización del amor. El confirmado es un don para la Iglesia, y en él ella misma se siente renovada y enriquecida. En la persona del creyente que se une a Cristo y se compromete con su causa, la comunidad se edifica a partir de los carismas que da el Espíritu y a partir del carisma que es cada creyente.

La vitalidad de la comunidad eclesial y la irrupción del Espíritu en Pentecostés se expresa, desde los comienzos de la Iglesia, “en diversos dones y carismas (1 Cor 12, 1-11) y variados oficios que edifican a la Iglesia y sirven a la evangelización (Cfr. 1 Cor 12, 28-29)”¹⁸⁶. De esta forma, se constata que una comunidad discípula-misionera de Jesús se construye sobre la diversidad de dones, servicios y carismas que Dios suscita en cada miembro del Pueblo de Dios. Esta realidad está claramente evidenciada por la *Lumen Gentium* en su numeral 12:

El mismo Espíritu Santo no solamente santifica y dirige al Pueblo de Dios por los Sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que "distribuye sus dones a cada uno según quiere" (*ICor.*, 12,11), reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales, con que los dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia según aquellas palabras: "A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (*ICor.*, 12,7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy

¹⁸⁶ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 150.

conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo¹⁸⁷.

Los carismas que suscita el Espíritu deben ser vividos desde la caridad como el carisma por excelencia (1 Cor 13, 1-13). La acogida de los carismas y dones dados por Dios y su ejercicio logran edificar la comunidad a través del movimiento fundamental del amor. Discernir el don que hay en cada miembro, reconocerlo, desarrollarlo y colocarlo al servicio de los demás es un modo real de ponerse en la dinámica del Reino:

De la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, procede a cada uno de los creyentes el derecho y la obligación de ejercitarlos para bien de los hombres y edificación de la Iglesia, ya en la Iglesia misma, ya en el mundo, en la libertad del Espíritu Santo, que “sopla donde quiere” (Jn. 3,8)¹⁸⁸.

Gérard Fourez comprende el sentido de la Confirmación como la oportunidad de tomar en serio el Espíritu que habita en cada uno¹⁸⁹ y que habla en cada creyente a fin de edificar la comunidad y hacerla viva y plena:

Así pues, podemos considerar la confirmación como el sacramento de la comunidad eclesial a la escucha del Espíritu, que les es dado a cada uno de los miembros, y en particular a los nuevos. Este sacramento expresa el hecho de que los cristianos, al igual que Jesús y siguiendo a éste, pueden hablar y obrar con autoridad¹⁹⁰.

La Confirmación es, en el fondo, una experiencia del Espíritu que compromete, porque coloca al ser humano de cara a Dios. Es esto precisamente lo que enfatiza Víctor Martínez al mostrar que el creyente bautizado y confirmado es un carisma dentro de la Iglesia:

¹⁸⁷ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 12. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1034.

¹⁸⁸ Decreto *Apostolicam Actuositatem*, N° 3. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 839.

¹⁸⁹ Cfr. FOUREZ, Gérard. *Sacramentos y vida del hombre*. Santander: Sal Terrae, 1983. 112.

¹⁹⁰ *Ibid.*, 113.

La confirmación no es un adorno sacral, sino un oficio responsable dentro de la Iglesia. Todo carisma es un compromiso exigente para la salvación en cuanto implica mayor responsabilidad. La responsabilidad propia de la confirmación es la evangelización (...) Cómo hacerlo si no es desde el compromiso real en favor de la esperanza que nos remonta a una mirada que yendo más allá de la historia nos coloca de cara con nuestros Dios¹⁹¹.

El testimonio de la vida cristiana necesita ser discernido por la presencia del Espíritu. Así cuando el creyente siente que Dios actúa en su vida se dispone a un proceso de discernimiento, conversión y compromiso. El hecho por el cual los jóvenes toman conciencia de la dinámica del seguimiento los lleva, poco a poco, al compromiso como gracia que suscita el Espíritu y al cual se corresponde por libertad. No obstante, es necesario al interior de la comunidad valorar la novedad del Espíritu que renueva la comunidad en la presencia de los nuevos confirmados. La comunidad cristiana está llamada a dejarse rejuvenecer por el protagonismo de los jóvenes, tal como afirma Borobio:

Los jóvenes quieren dejar de ser tratados como niños también en la Iglesia. No basta impulsarles al compromiso, es preciso aceptar su capacidad, darles responsabilidades, abrir para ellos espacios de acción, que les permitan mostrar su protagonismo y su capacidad de enriquecer la comunidad eclesial con su aportación, su dinamismo, su alegría su crítica. En definitiva, se trata de que la Iglesia les deje ser lo que les dice que deben ser: apóstoles, corresponsables, partícipes en la misión¹⁹².

El discernimiento se presenta así como un camino de esperanza que compromete al creyente desde los carismas que suscita el Espíritu o más aún desde el carisma que es cada uno en la comunidad eclesial. Si la Iglesia prolonga la misión de Jesús, el discernimiento pone al creyente de cara al compromiso de Dios con la historia personal y comunitaria. Discerniendo la vida cristiana se encuentra la manera de comprometerse, y asumiendo la

¹⁹¹ MARTINEZ, Víctor, *La confirmación*, 317.

¹⁹² BOROBIO, *Sacramentos y etapas de la vida*, 147.

confirmación como servicio responsable, la comunidad se edifica y aprende a discernir los signos del Reino.

3.2.2. La Confirmación: un proyecto carismático de pro-existencia.

Habiendo considerado que el joven confirmado es un don que edifica la comunidad, podemos ratificar que la Confirmación es una experiencia simbólica que lleva al discípulo-misionero de Jesús a ser un servidor de la vida, tal como Jesús entendió su existencia (Mt 20, 28; Mc 10, 45). En tal sentido, si la Confirmación es una experiencia de la vida animada por el Espíritu, el discernimiento hace al creyente un excéntrico¹⁹³, discierne cómo es preciso ser hombre de Dios para los demás, de la misma forma que conoce y ama más al Dios que es voluntad de apertura totalmente al hombre. Torres Queiruga explicita el seguimiento de Jesús como un doble movimiento de apertura: “seguirlo y amarlo es identificarse con él, entrar en su mismo movimiento: vivir en la apertura al Padre y en la entrega al hermano”¹⁹⁴.

Dios es por excelencia el verdadero pro-existente, quien encuentra su mayor alegría en la donación hacia el otro. Jesús se siente enviado del Padre y asume su vida como entrega total a su causa, es decir, en la entrega total a la salvación de hombre. De esta forma, la existencia de Jesús es una existencia eucarística:

Todos los relatos de la última cena expresan de forma condensada lo que fue el centro de la existencia de Jesús, esto es, su *ser para nosotros y para todos*, su pro-existencia. El *pro-nobis* constituye el sentido de la existencia de Jesús y de la entrega de su vida¹⁹⁵.

¹⁹³ Cfr. VIVES, *Principio y fundamento*, 311.

¹⁹⁴ TORRES QUEIRUGA, Andrés. *Repensar la cristología*. Estella: Verbo Divino, 1996. 296.

¹⁹⁵ KASPER, Walter. *La misericordia: clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Santander: Sal Terrae, 2013. 76.

En esta misma dinámica de la proexistencia de Jesús, el compromiso y el servicio se expresan para el creyente como una manera de acoger la acción creadora de Dios en cada uno:

Dios es un ser que sale de sí mismo y habita subsistiendo en el otro; eso se llama Hijo (...) Eso quiere decir que la acción creadora de Dios está esencialmente enrumada hacia afuera; eso quiere decir que el hombre ejecuta su esencia, en la medida en que sale también hacia fuera. Si le pusiésemos cuidado a Jesús mismo veríamos a un hombre volcado hacia afuera, sin condiciones, en función del otro... Sin buscar una millonésima de interés; y Jesús obra así, porque Dios es eso mismo. Si me dejo mover por la experiencia de Dios, dejo que todo mi ser se vuelque hacia el otro, hacia los otros. Karl Rahner decía que experiencia de Dios es cuando sientes que tus actos son para derretirte por los otros¹⁹⁶.

Frente a una vida que a veces fragmenta el culto y la existencia, que da mayor importancia a los detalles del rito que a la experiencia cotidiana, descubrimos, en el movimiento de la proexistencia, el vínculo profundo entre Confirmación y Eucaristía, por cuanto Jesús anticipa en el pan partido y el vino compartido, la donación total de su existencia hasta la cruz. Es esta la relación fundamental que se da en la vida cristiana:

Conocer a alguien es entrar en relación personal con él. Por eso, cuando se trata de Dios, el hombre lo conoce de verdad cuando supera su egoísmo, cuando sale de sí mismo y cuando, por consiguiente, se pone a querer y servir sinceramente a los demás. He ahí la razón última de por qué un culto que se practica desde el egoísmo y desde el olvido práctico de las situaciones sociales que nos rodean es un culto vacío, que no sirve nada más que para engañar a quienes lo practican¹⁹⁷.

Un culto real une vida y fe, conocimiento de Dios y servicio incondicional al hombre. Un discernimiento real, tal como vimos en un apartado anterior, está en la dinámica de la

¹⁹⁶ BAENA, *Fundamentos del discernimiento*, 40.

¹⁹⁷ CASTILLO, José María. *La alternativa cristiana*. Salamanca: Sígueme, 1987. 314.

solidaridad como Jesús la entendió, a fin de hacer de la experiencia sacramental una apertura y una opción por el servicio al otro, especialmente a los más pobres y marginados. La interpelación de la realidad y la opción preferencial por los pobres, tal como han puesto de relieve las diversas Conferencias del Episcopado Latinoamericano, ratifican el servicio como gracia del Espíritu que se cualifica por el discernimiento. El discernimiento, en esta medida, tiene la capacidad de mostrar que una vida cristiana tiene sentido cuando está en búsqueda de Dios mediante la entrega al servicio de los demás, como hombre pro-existente y en síntesis movido por el carisma del amor. El camino del servicio es en el fondo una complacencia en el amor.

3.2.3. Catequesis y discernimiento, una pedagogía existencial.

La evangelización es indudablemente la misión de la Iglesia. Desde esta línea fundamental, la catequesis siempre ha sido valorada porque explicita de una manera especial esta misión de la Iglesia en la educación de la fe de los creyentes. *Aparecida*, constatando que “tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable”¹⁹⁸, reconoce en nuestro continente el desafío de la Iniciación Cristiana:

O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora. Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza¹⁹⁹.

Este desafío ha llevado a buscar la renovación de la modalidad catequística, no sólo reducida a los sacramentos sino a partir de una catequesis permanente “que continúa el

¹⁹⁸ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 286.

¹⁹⁹ *Ibid.*, N° 287.

proceso de maduración en la fe, en la que se debe incorporar un discernimiento vocacional y la iluminación para proyectos personales de vida²⁰⁰.

Es preciso acentuar cómo el sentido de la catequesis apunta, a través de la modalidad sacramental y permanente, a vivir el seguimiento de Cristo en toda su radicalidad:

La finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es la de ser un período de enseñanza y de madurez, es decir, el tiempo en que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo como el solo Señor y habiéndole prestado una adhesión global con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su «misterio», el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirle²⁰¹.

La catequesis se presenta así como un proceso educativo de maduración de la vocación cristiana²⁰² que es adhesión y seguimiento de su persona y su proyecto. La catequesis se convierte, por tanto, en una pedagogía de la fe, que desde la iniciación cristiana “tiene su punto de partida en el don de Dios y busca la acogida e interiorización de dicho don”²⁰³.

El camino de educación en la fe acompaña el proceso natural de maduración del adolescente o joven y se enriquece con la base antropológica que encuentra en cada persona. Es así como la catequesis, por ser proceso formativo de la fe que configura toda la vida, no puede ignorar los aspectos cambiantes de la adolescencia como a su vez la búsqueda de los jóvenes en la cual toman las primeras decisiones con que asume su destino. A este respecto, la catequesis acompaña el proceso de discernimiento y el establecimiento de valores fundamentales sobre el valor fundamental de la fe:

²⁰⁰ CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 294.

²⁰¹ Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* N° 20. En: *Acta Apostolicae Sedis* 71 (1979) 1293-1294.

²⁰² Cfr. Conferencia Episcopal de Colombia. *Orientaciones Comunes para la Catequesis en Colombia*. Bogotá: 2013. N° 302.

²⁰³ *Ibid.*, N° 116.

Es evidente que una catequesis que denuncie el egoísmo en nombre de la generosidad, que exponga sin simplismos ni esquematismos ilusorios el sentido cristiano del trabajo, del bien común, de la justicia y de la caridad, una catequesis sobre la paz entre las naciones, sobre la promoción de la dignidad humana, del desarrollo, de la liberación tal como las presentan documentos recientes de la Iglesia, completará felizmente en los espíritus de los jóvenes una buena catequesis de las realidades propiamente religiosas, que nunca ha de ser desatendida. La catequesis cobra entonces una importancia considerable, porque es el momento en que el evangelio podrá ser presentado, entendido y aceptado como capaz de dar sentido a la vida y, por consiguiente, de inspirar actitudes de otro modo inexplicables: renuncia, desprendimiento, mansedumbre, justicia, compromiso, reconciliación, sentido de lo Absoluto y de lo invisible, etc., rasgos todos ellos que permitirán identificar entre sus compañeros a este joven como discípulo de Jesucristo²⁰⁴.

La catequesis entendida como proceso de conocimiento y adhesión a Jesús encuentra en la Palabra y la Liturgia dos fuentes principales para robustecer la identidad y la misión del cristiano. Allí, en la Palabra y la celebración litúrgica, la catequesis se vive como experiencia de discernimiento que confronta la propia existencia y ayudar a ponerse en situación de conversión. A este respecto, la Palabra y la Liturgia

estimulan la meditación contemplativa y la celebración consciente, festiva y participativa de la fe. Se trata de que el catequizando, confrontando su vida con la Palabra y experimentándola en la liturgia, integre y unifique su vida en torno al mensaje de Cristo²⁰⁵.

La *Verbum Domini*²⁰⁶ reconoce la necesidad de una catequesis impregnada totalmente por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas, a fin de hacer fecunda la vida cristiana. Igualmente acentúa el carácter performativo de la Palabra en la catequesis y en los sacramentos por cuanto a través de ella se ayuda a “percibir el actuar de Dios en la historia

²⁰⁴ Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* N° 39. En: Acta Apostolicae Sedis 71 (1979) 1309-1310.

²⁰⁵ Conferencia Episcopal de Colombia. *Orientaciones Comunes para la Catequesis en Colombia*, N° 305.

²⁰⁶ Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, N° 74. En: Acta Apostolicae Sedis 102 (2010). 748.

de la salvación y en la vida personal de cada miembro”²⁰⁷. La Palabra es para los jóvenes, y de un modo especial para los que se preparan a la Confirmación, una brújula que indica la vía para seguir, que coloca en estado de discernimiento, que lleva a optar por Cristo y por su causa.

El proceso de la catequesis, en sus dimensiones misioneras, iniciáticas y comunitarias “es una ayuda pedagógica en la labor de integrar la fe con la vida”²⁰⁸ para responder a la vocación recibida y comunicar por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesús²⁰⁹. La catequesis encuentra así un campo propicio de discernimiento que se convierte en pedagogía de la fe, en camino formativo que modela la vida sobre Cristo y sobre el compromiso con el Reino en el aquí y ahora de su experiencia sacramental. Este sentido pedagógico y vocacional constata que “la fe lleva consigo un cambio de vida, una verdadera conversión, una profunda transformación de la mente y del corazón. Y este cambio de vida se manifiesta en todos los niveles de la existencia del cristiano”²¹⁰. ¡Qué más pedagógico que el proceso que desde la Palabra acompaña la maduración del cristiano y la toma de decisiones concretas sobre el modo de ser cristiano en el contexto real y concreto! Catequesis y discernimiento posibilitan la integración de la identidad y la acción del cristiano en el mundo actual.

3.2.4. El Discernimiento orienta el Proyecto de vida.

El discernimiento es un dinamismo esencial para orientar la vida como proyecto, vocación y conciencia responsable de la existencia. El proyecto personal

responde a la pedagogía de la persona en proceso que, haciendo el análisis de la historia vivida para captar las grandes cuestiones vividas... lleva al discernimiento del

²⁰⁷ Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, N° 53. En: *Acta Apostolicae Sedis* 102 (2010). 733.

²⁰⁸ Conferencia Episcopal de Colombia. *Orientaciones Comunes para la Catequesis en Colombia*, N° 313.

²⁰⁹ Cfr. CELAM, *Documento de Aparecida*, N° 14.

²¹⁰ *Ibid.*, 311.

momento actual en donde el individuo emerge desde dentro superando aquello que le entorpece en su crecimiento como persona²¹¹.

La dinámica que está a la base del proyecto de vida es sobre todo el sentido de la vida y el deseo de realización personal. El proyecto de vida como mediación de crecimiento ubica al individuo en el aquí y ahora, con la conciencia de sus valores y fragilidades, y lo confronta con el propósito fundamental que orienta su presente y su futuro desde los valores que le dan sentido. El proyecto de vida se comprende entonces como “la ordenación inteligente de la dinámica de crecimiento en los valores. En y según el proyecto se da el cultivo de los mismos (...) El sentido de los valores es correlativo al sentido humano y cristiano de la dignidad de las personas”²¹².

En el propósito de plantear el proyecto de vida se vive un proceso de discernimiento serio que ayuda al individuo a clarificar los valores que le dan identidad, que le motivan a tomar una decisión y que le llevan a actuar de una manera específica. El proyecto de vida abarca todas las dimensiones que se expresan en la relación con el otro (dimensión afectiva), con los otros (dimensión socio-política), con lo otro (dimensión profesional) y con el Otro (dimensión trascendente). La red de relaciones entre estas dimensiones unifica la vida como proyecto y orienta la escala de valores que edifican la vida.

Esta dinámica está presente en el joven creyente que se encuentra ante el sacramento como la posibilidad de autocomprender su vida y su papel en la historia. En esta perspectiva el proyecto de vida del joven confirmado o más aún del creyente se enmarca dentro del seguimiento de Jesús y la opción por el Reino: “en un serio discernimiento y orientación de la propia existencia, se impone un proyecto personal de vida, ya sea como consecuencia del mismo discernimiento o como pista que marca el camino de la vida cristiana”²¹³.

²¹¹ MEZA, *El discernimiento*, 22.

²¹² *Ibid.*, 26.

²¹³ Cfr. PERAZA, *Discernimiento*, 3.

El seguimiento de Jesús expresado en la fe “es el principio unificador de la vida, lo que le da sentido, definición y dirección. La fe nos unifica como individuos y mantiene nuestra vida enfocada hacia unas metas y hacia un futuro”²¹⁴. He ahí donde aflora la actitud del discernimiento como forjador de un proyecto de vida en clave cristiana. Sin embargo, cuando nos referimos al proyecto de vida es preciso prevenirnos ante una autojustificación personal que hace pasar los deseos individualistas como voluntad de Dios, tal como afirma Gustavo Baena:

La voluntad de Dios no es un proyecto que Dios tiene para cada uno de nosotros. Mucha gente está pensando que Dios tiene un proyecto para ellos y lo que tratan, por todos los medios, es descubrirlo para realizarlo fielmente, pensando que eso es hacer la voluntad de Dios. La mayoría de las veces, esto que llamamos proyecto de Dios, es nuestro plan y nuestro proyecto, no el de Dios. Lo que Dios quiere en nosotros es que lo dejemos hacer lo que él quiere hacer; realizar su voluntad²¹⁵.

La voluntad salvífica de Dios es para el cristiano un proyecto de vida. No se trata por tanto de aumentar ideales y metas apartes del seguimiento de Cristo, sino de asumir este con todas sus implicaciones. La experiencia de Dios vivida en la vida cotidiana donde se hace concreta la vida como proyecto es, según Albuquerque, orientar la vida hacia Él y desde Él; es comprometerse por Él y obrar como Él y con Él²¹⁶. En consecuencia, el sacramento de la Confirmación en cuanto compromiso que vincula al creyente a la misión de la Iglesia por el testimonio de Cristo, es la concreción de un único proyecto que unifica la vida. El proyecto de vida se hace vocación porque se integra desde la llamada divina y se asume como tarea. En definitiva, el proyecto del confirmado es una persona, es Jesús, el resucitado que vive y actúa. La originalidad se encuentra en discernir la manera de vivir a Cristo y el Reino de Dios desde su contexto personal, social e histórico.

²¹⁴ PINEDA, Luis Enrique. *Proyecta tu vida*. Bogotá: San Pablo, 2005. 9-10.

²¹⁵ BAENA, *Fundamentos del discernimiento*, 36-37.

²¹⁶ Cfr. ALBURQUERQUE, *El acompañamiento*, 45.

3.2.5. El acompañamiento en la vivencia sacramental de la Confirmación.

La experiencia del seguimiento de Jesús es un camino eclesial y por ende comunitario. A esta experiencia se vincula el cristiano. Ahora bien, si la Confirmación se vive como experiencia sacramental de discernimiento esta labor no se logra únicamente con un esfuerzo personal. Se requiere del acompañamiento de la comunidad que escuche, anime, confronte y oriente al joven en la comprensión de su identidad y compromiso cristiano. Se trata, en el fondo, de considerar que es necesario acompañar el proceso del joven que se prepara, celebra y vive el sacramento desde la imagen del compañero de camino, al estilo de Jesús que acompañó a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35).

Los jóvenes necesitan ser acompañados, ser escuchados en sus inquietudes personales, necesitan quién les ayude a conocer a Cristo desde la Palabra, a confrontarse con los signos de vida y de muerte presentes en el contexto, a iniciarse en una experiencia profunda de oración y celebración litúrgica, a insertarse en un gradual compromiso solidario, y a decidirse por la forma concreta de edificar la comunidad desde el don de su vida y los carismas del Espíritu.

La relación en el acompañamiento, entre el joven que se prepara para la celebración y los catequistas, ministros y padres de familia, ha de estar orientada “a que el acompañado se encuentre con Dios e inicie un proceso de confrontación-discernimiento, esa es la misión del acompañante... el acompañante está de parte de Dios cuando facilita el encuentro de la creatura con su creador”²¹⁷. El acompañante es un facilitador para que el joven se encuentre realmente con Jesucristo y asuma su persona como el proyecto fundamental de su vida. No se trata tanto de aconsejar a quien se prepara a vivir el sacramento, ni de normativizar, juzgar o ponerse como modelo, sino de ser testigo más que maestro, interlocutor, compañero de camino y llevar al joven a tomar conciencia de la presencia de Dios en su vida.

²¹⁷ MEZA, *El discernimiento*, 63.

En esta medida, si la vocación cristiana es la respuesta a la llamada de la vida y al amor con la que Dios crea a cada persona, el sacramento de la Confirmación tiene ante sí la posibilidad de acompañar al joven para discernir vocacionalmente los signos de su llamada y disponerse generosamente a acogerla²¹⁸. El acompañamiento en la experiencia del sacramento de la Confirmación permite descubrir la voluntad de Dios para la vida de cada joven, gracias al Espíritu mismo quién es la gratuidad del don de Dios y el que dinamiza la realidad del discernimiento.

3.2.6. El símbolo sacramental: visibilización del discernimiento.

El sacramento de la Confirmación, en cuanto, experiencia simbólica de la fe, actualiza la dinámica del Espíritu en la vida del creyente que orienta su existencia en el seguimiento de Jesús mediante el testimonio. Es esta realidad la que se expresa a través de la celebración sacramental, que integra fe y vida, relación de amistad con el Señor Jesús y compromiso con su proyecto, búsqueda de autenticidad personal y edificación carismática de la Iglesia.

El sacramento de la Confirmación, a través del gesto eclesial y antiquísimo de la imposición de manos y la unción, no manifiesta un poder mágico y pasivo sino la consagración del creyente, que vive y celebra su fe como adhesión y testimonio de Jesús. En este sentido, la Confirmación evoca la experiencia salvífica de Dios en Cristo, convoca la comunidad creyente en construcción y provoca el compromiso en la vida. A este respecto, todo el rito presenta una doble significación: “mediante la imposición de manos se expresa el gesto bíblico por el que se invoca al Espíritu Santo... con la unción del crisma y con las palabras que la acompañan, se significa el efecto del don del Espíritu Santo... que lo configura más perfectamente con Cristo”²¹⁹.

²¹⁸ Cfr. ALBURQUERQUE, *El acompañamiento*, 74-75.

²¹⁹ Constitución Apostólica *Divinae consortium naturae*: sobre el sacramento de la Confirmación, N° 9. En: Acta Apostolicae Sedis 63 (1971). 663.

Víctor Codina, desde una lectura latinoamericana de la Confirmación, en clave de justicia y liberación, comprende la relación integral presente en el rito sacramental. Allí la acción del Espíritu compromete la vida cotidiana y visibiliza en el fondo la eficacia del mismo sacramento:

El don del Espíritu, que la imposición de manos y la unción episcopal confieren a los confirmados, es el signo sacramental de esta acción del Espíritu para América Latina. Confirmarse en América Latina no es tener todos los papeles, sino creer en el Espíritu de vida y estar dispuesto a colaborar en la realización de la tarea mesiánica de Jesús y de la Iglesia en el mundo: hacer pasar de la muerte a la vida; crear vínculos de filiación, comunión y participación entre los hombres; anticipar el reino y la utopía de la escatología. Y todo ello concretamente, comenzando por practicar el derecho y la justicia para con todos los oprimidos y débiles, sin derechos y sin vida; como el Mesías ungido, que pasó por el mundo haciendo el bien y liberando del poder del maligno²²⁰.

La oración litúrgica, que acompaña el gesto sacramental dentro de la celebración eucarística, pone de relieve la relación vinculante entre la presencia y la misión del Espíritu en la vida del hombre. Vale la pena resaltar cómo en la oración colecta se ora para que el Espíritu haga a los bautizados testigos valientes ante el mundo del Evangelio de Jesucristo, y cómo en la oración conclusiva se pide que el creyente, con los dones del Espíritu, no se avergüence de dar testimonio de Cristo crucificado y cumpla siempre con amor la voluntad de Dios²²¹.

De esta forma, si se ha logrado vivir la preparación al sacramento en clave de discernimiento, la celebración ritual expresa la fe y celebra el proyecto de vida cristiano como mística y compromiso. Desde esta integridad sacramental “la celebración tiene que ver siempre con la vida: porque a la celebración se lleva precisamente lo que se vive y porque a la vida se lleva lo que en la celebración se ha conmemorado

²²⁰ CODINA, *Sacramentos de iniciación*, 134.

²²¹ Cfr. ROCCHETTA, *Los sacramentos de la fe*, 84.

significativamente”²²². La celebración sacramental integra el proceso de fe y visibiliza el discernimiento como camino existencial de encuentro, seguimiento y testimonio de la causa de Jesús. Si a lo que apunta la teología de la Confirmación es a una mayor vinculación a la Iglesia, al testimonio de la fe y al compromiso por la justicia, “lo que ha de suceder en la vida de los confirmados es que esos aspectos se han de ir haciendo patentes y reales”²²³. Si se ha tomado en serio el Espíritu que habita en cada uno desde el bautismo, la experiencia sacramental pone al creyente en la dinámica del discernimiento, de la búsqueda concreta de la voluntad de Dios. Este camino de maduración en la fe, -vivido en un aprendizaje gradual y decidido de la libertad, el conocimiento de la realidad, la oración y el compromiso solidario del amor en el servicio-, es la experiencia que se confirma a través del gesto sacramental como manifestación de la dinámica del discernimiento en que ha puesto el Espíritu al creyente.

²²² MOVILLA, *Los jóvenes y la Confirmación*, 49.

²²³ *Ibid.*, 50.

CONCLUSIONES

Esta investigación ha apuntado a mostrar el sentido pedagógico del discernimiento dentro de la experiencia sacramental de la Confirmación como experiencia que posibilita el seguimiento de Jesús en libertad y corresponsabilidad eclesial. Una mirada hermenéutica ha permitido comprender la persona del joven y su realidad como el lugar en donde acontece el dinamismo salvífico de Dios, que mediante un movimiento existencial de discernimiento permite redescubrir el sentido concreto de la vida. Una triple relación antropológica, cristológica y sacramental de la Confirmación, encuentra en el discernimiento una experiencia performativa, una sabiduría del Espíritu y una pedagogía de vida que conduce al sentido fundamental del seguimiento de Jesús.

La realidad juvenil, especialmente de quienes se acercan al sacramento de la Confirmación, genera profundas inquietudes y suscita a la vez esperanza. No obstante, una aproximación a su situación vital permite evidenciar hoy una emergencia de búsqueda espiritual manifestada en preguntas y necesidades existenciales. Asistimos hoy a un proceso de reconstrucción de la dimensión religiosa de los jóvenes, que encuentra en la búsqueda del sentido de la vida, un eje estructurante de su existencia. Esta dinámica o búsqueda presente en la vida de los jóvenes, en virtud de su experiencia de tránsito hacia la vida adulta, es la base antropológica que sostiene el proceso de maduración humana y el crecimiento en la fe.

La persona del joven, que se encuentra en búsqueda del sentido, dentro de un proceso de identificación personal y de formación cristiana, como a su vez con capacidad de optar por un conjunto de valores que configuran su destino, está ante la posibilidad real de vertebrar su vida desde la síntesis entre fe y vida. El sentido de la vida del hombre está en una vida abierta al valor y a la orientación fundamental de la existencia; y este sentido se esclarece, tal como afirma la *Gaudium et Spes*, a la luz del misterio de Cristo, el Verbo encarnado²²⁴.

²²⁴ Cfr. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual *Gaudium et Spes*, N° 22. En: Acta Apostolicae Sedis 58 (1966). 1042.

De esta forma, la vida cristiana se convierte en un proyecto de sentido que ilumina, confronta y proyecta tanto la existencia como la historia.

La llegada de los jóvenes a la vida de la Iglesia por tradicionalismo más que por opción consciente, coloca a los mismos ante un consumismo sacramental que no compromete la existencia, y ante una comprensión pasiva de la fe. Una mirada reduccionista del sacramento conlleva una participación por conveniencia o sociológicamente necesaria, que prolonga la fragmentación entre rito y vida.

El énfasis de una mentalidad ritualista sacramental conduce a un praxis cristiana ineficaz y mágica. Esta actitud sacramentalista se presenta como experiencia dia-bólica, como práctica que separa, escandaliza y desvía el sentido real del símbolo sacramental. En esta medida, el espontáneo distanciamiento de los jóvenes de la vida y praxis de la Iglesia, no surge por irreligiosidad, sino por desintegración de la vida de fe y por escasa comprensión de la vivencia sacramental en clave de sentido y de símbolo. El redescubrimiento del carácter simbólico sacramental del seguimiento de Jesús es la puerta de entrada en un nuevo modo de comprensión y de praxis cristiana en el sacramento de la Confirmación.

El sacramento en cuanto símbolo logra relacionar y expresar la experiencia profunda de fe del ser humano en el seguimiento de Jesús. Desde esta perspectiva, toda la experiencia sacramental de la Iglesia se presenta como mediación, como experiencia simbólica que expresa y comunica la experiencia inefable del encuentro con Dios, la apertura del hombre a su misterio, en la persona y el proyecto de Jesús; se inserta dentro de la dinámica antropológica como modo fundamental de descubrir el sentido de la vida; sintetiza el movimiento de la formación cristiana como manifestación personal y comunitaria del crecimiento y maduración humana. La triple dimensión sacramental que evoca, convoca y provoca, hace presente la vida y la praxis sacramental como apertura al sentido mismo de la fe. De esta manera, el símbolo sacramental de la Confirmación articula la situación vital del joven y la experiencia de fe y se presenta como verdadero laboratorio de sentido, y por tanto como camino de discernimiento.

La presencia histórica de Jesús a través de su encarnación, la entrega a la causa del Reino, la realización del misterio acontecido en la cruz, y su presencia viva en la comunidad creyente, posterior al acontecimiento fundamental de su resurrección, muestran ante todo a Jesús como sacramento que revela a Dios y lleva al encuentro con Él y al testimonio por el vigor del Espíritu. La búsqueda del sentido de la vida, que responde al deseo de una vida asumida con pleno valor, encuentra en la persona de Jesús y su seguimiento, el horizonte de sentido fundamental. Y esta realidad que emerge en el bautismo y que se expresa en la participación eucarística es la que se cualifica en la Confirmación como continuidad y novedad, y como determinación histórica que vincula al bautizado con una mayor conciencia y un mayor compromiso. La Confirmación, dentro del proceso de la Iniciación Cristiana presente en el origen de la Iglesia, se expresa como participación en el único sacramento: la configuración con Jesucristo. De esta manera, si el bautismo inserta al creyente en el misterio de Cristo, la Confirmación -tal como afirma la *Lumen Gentium* en su numeral 11²²⁵-, por la gratuidad del Espíritu vincula al creyente a la comunidad en orden al testimonio, es decir, a un nuevo ser y actuar.

Este dinamismo cristológico presente el sacramento de la Confirmación es el seguimiento de Jesús. Este es el llamado concreto que hace Jesús a sus discípulos y que implica a su vez la radicalidad de dejarlo todo y la disponibilidad para participar de su destino. Ser discípulo y misionero de Jesús es la mística y el compromiso fundamental que parte del encuentro personal con él. En el reconocimiento de su persona, en la relación personal con él y su proyecto, el creyente se juega el sentido y la realización plena de la fe. En esta perspectiva, el sacramento de la Confirmación, como experiencia del seguimiento de Jesús, teje en la vida de los creyentes un triple proceso: filiación con el Padre y su proyecto, testimonio del Reino de Dios anunciado por Jesús, y compromiso en el Espíritu de Jesucristo. He aquí la vida del sacramento que se desarrollará en las circunstancias concretas de la realidad de cada creyente y que será posible a través del discernimiento.

²²⁵ Cfr. Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, N°11. En: Acta Apostolicae Sedis 57 (1965). 15.

El joven que celebra el sacramento de la Confirmación está ante la posibilidad real de vertebrar su existencia real y concreta desde la experiencia del discernimiento, de la apertura del proyecto de Dios sobre sí mismo y sobre la historia. La manera como se asume el seguimiento de Jesús es el aporte fundamental de discernimiento en cuanto experiencia provocadora e integradora de la vida, es decir, como laboratorio del sentido de la fe.

La experiencia del discernimiento es una característica fundamental de discípulo- misionero de Jesucristo. El mismo Jesús en la búsqueda de la voluntad del Padre descubre a Dios como siempre mayor y como el Dios del Reino. Está abierto continuamente al querer del Padre para hacer su obra en un doble movimiento, entre el no al pecado que deshumaniza y el sí de Dios a un mundo que tiene necesidad de ser reconciliado. Y esta búsqueda de la voluntad de Dios como entrega a la causa del Reino, especialmente entre los más marginados, orienta toda la vida y el ministerio de Jesús, haciendo de la cruz la fidelidad máxima al proyecto del Padre en la historia. San Pablo define en algunas de sus cartas, que la vida del creyente se concreta y se expresa en el discernimiento para estar orientados en la experiencia fundamental del amor.

La búsqueda de la voluntad de Dios no es algo facultativo del creyente, sino que es la base de la experiencia cristiana, es un dinamismo imperativo de la fe para ser libre en el amor. El mismo Jesús, encarnado en la historia tuvo que discernir el modo adecuado de llevar a cabo la causa del Padre, la manera histórica de hacer presente el Reino de Dios. De esta manera, esta actitud fundamental de Jesús, enriquecida en parte por la espiritualidad ignaciana, emerge hoy como una característica teológica y pastoral de la vida cristiana, en cuanto coloca a la persona ante su propia realización, ante la responsabilidad del proyecto de Dios y ante la exigencia histórica de hacerlo posible en libertad. Así el discernimiento emerge como una necesidad y una opción de la vida cristiana.

El discernimiento dentro del proceso sacramental de la Confirmación hace referencia a la esencia de la fe, es decir, a la manera de encarar y asumir la vocación fundamental del

seguimiento en el contexto propio de la comunidad. El discernimiento en cuanto experiencia del Espíritu especifica el compromiso con el Reino de Dios dado que lleva a querer y amar lo querido y amado por Dios para el hombre aquí y ahora. En esta perspectiva, la lectura creyente de la realidad, la oración y la libertad se tejen como condiciones reales del discernimiento cristiano, que apunta a asumir la solidaridad como el modo adecuado de comprometerse en la historia, tal como lo hizo Jesús.

El discernimiento lleva al creyente a conocer la realidad porque es allí donde se hacen presentes los signos del Reino. El contexto real es la historia, la comunidad y la persona misma del confirmando ante los cuales se siente comprometido. El discernimiento en cuanto lectura creyente de la realidad que permite conocer y orientar el compromiso a favor del Reino se vive desde la experiencia de la oración, como apertura incondicional a la voluntad del Padre. La oración, en todas sus expresiones, es una experiencia del Espíritu que suscita una relación vital con el Señor y potencia la vida. Buscar la voluntad de Dios es en el fondo asumir la vida como relación personal con Dios que se realiza desde la libertad y para una experiencia de libertad. Sin libertad el discernimiento corre el riesgo de justificar intereses personales o de aplicar normas externas porque no encara con sinceridad y disponibilidad la correspondencia al proyecto de Dios. La filiación y la fraternidad, como dimensiones de una vida centrada en el Espíritu, se logran por una actitud de libertad incondicional frente a Dios que lo lleva al compromiso del amor con los demás. Al fin y al cabo quién ama a los demás llega a la máxima realización de la voluntad del Padre.

El discernimiento se verifica históricamente en la medida que el creyente se compromete con su historia. En este sentido, la autenticidad del discernimiento de Jesús está en asumir la vida como libertad para amar, es decir, en solidaridad. Jesús fue el hombre solidario por excelencia y vivió su cercanía a los más pobres y marginados de la época como el modo adecuado de hacer presente el Reino querido por el Padre. El ministerio profético y mesiánico de Jesús fue una praxis de amor parcial hacia los más pobres, que podríamos sintetizar como pro-existencia. El discernimiento no es una búsqueda intimista para un

perfeccionamiento personal, sino que coloca al creyente en una total apertura a Dios y en un amor incondicional al hombre mediante el servicio y la solidaridad.

El seguimiento de Jesús, en cuanto proceso existencial, se expresa, se celebra y se proyecta a través de la sacramentalidad de la Iglesia. Allí se celebra y se proyecta el sentido de la identidad y la misión del cristiano. De esta manera, la Confirmación se celebra como experiencia discerniente que lleva a cada uno, a abrirse al proyecto de Dios sobre su vida en la dinámica esencial del Reino de Dios. Los jóvenes para no avocarse a un consumismo o indiferencia sacramental necesitan discernir su vida cristiana, a fin de edificar la comunidad creyente y confirmar, dentro del dinamismo simbólico presente en el mismo sacramento, la proyección de la vida como concreción real del seguimiento histórico y pneumático de Jesús. Se trata, en el fondo, de saber vivir en apertura a la acción de Dios, es decir, en la praxis de una sabiduría del Espíritu.

La sacramentalidad de la Confirmación como camino existencial de discernimiento es en sí un camino pedagógico que coloca a la persona ante la responsabilidad de su propia existencia, y en apertura al proyecto de Dios en la vida y en la historia. Y no se trata tanto de entender el discernimiento como un recetario de fórmulas, sino de entender la misma vida como vocación, de asumir la santidad como mística y compromiso con Jesús, evitando la dicotomía entre fe y entrega en favor de los demás. Pensar que el discernimiento es una posibilidad real de asumir la existencia con libertad y responsabilidad de cara al proyecto de Dios, es una manera auténtica de vivir la vida cristiana. Si los jóvenes iniciados en la vida de fe, experimentan una sed profunda de trascendencia que aliente su caminar histórico, ellos pueden encontrar en el discernimiento una experiencia clave para proyectar su vida con sentido. Si bien, los jóvenes viven en una época de profundos cambios y en una cultura del mercado y de lo mediático, ellos pueden crecer en la capacidad crítica y en el discernimiento como proceso y búsqueda de autenticidad humana.

La búsqueda de Dios y de su voluntad en cuanto proyecto de sentido pasa a través de la disposición y de las opciones que tome el joven que celebra en la comunidad. En esta

perspectiva, el símbolo sacramental de la Confirmación puede llevar a través del discernimiento, a una real experiencia de comunión y de misión eclesial. La Confirmación es en el fondo un proyecto carismático que compromete la vida, siempre y cuando lleve a creyente a una fe personalizada y a una actitud pro-existente. De lo contrario, corremos el riesgo de continuar confirmando una praxis sociológica más que la experiencia del seguimiento de Jesús.

El proceso sacramental, en todo su conjunto, -desde la catequesis y la celebración, desde el planteamiento del proyecto de vida cristiana que orienta la vida y el acompañamiento-, será vivido en actitud vocacional, a tal punto que permite celebrar lo que se ha actualizado significativamente en la realidad de la comunidad por medio del creyente confirmado. El discernimiento, como experiencia del seguimiento de Jesús, se convierte en una experiencia pedagógica, dado que forma para la participación en un nuevo destino desde un triple movimiento de vinculación carismática a la comunidad, por la gratuidad del Espíritu y por la orientación y el compromiso existencial de la vida.

El discernimiento aparece así como sabiduría de la vida, como proceso educativo, que encamina hacia el sentido de la vida cristiana. De esta forma, es posible atrevernos a decir que sólo llegaremos a ser auténticos creyentes y comunidades discípulas y misioneras de Jesús, si tomamos en serio la existencia misma y la acción del Espíritu Santo en la vida, a partir de la experiencia del discernimiento. Por tanto, será necesario acompañar a los jóvenes para iniciarse en el discernimiento. Buscar la voluntad de Dios, para acogerla y realizarla, es en sí experiencia sacramental que posibilita el seguimiento de Jesús aquí y ahora, como experiencia performativa que ayuda a buscar la realización del hombre en su total apertura a Dios. Celebrar el sacramento de la Confirmación es desear y buscar vida para el mundo en Jesús el Viviente por excelencia. Vale la pena, sintetizar estas líneas de reflexión con las profundas palabras de Ireneo: *“La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios”*.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS FUNDAMENTALES

- ◆ Alburquerque, Eugenio, *El acompañamiento espiritual en pastoral juvenil*. Madrid: Central Catequística Salesiana, 2009.
- ◆ Arango, Oscar y Meza, José Luis. *El discernimiento y el proyecto de vida: dinamismos para la construcción de sentido*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- ◆ Baena, Gustavo. *Fundamentos del discernimiento en la revelación ¿Cómo acoge el ser humano la voluntad de Dios?* En: Apuntes Ignacianos 37. Bogotá: Enero-abril. 2003. 31-41.
- ◆ Boff, Leonardo. *La experiencia de Dios*. Bogotá: Secretariado General de la CLAR, 1975.
- ◆ _____. *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*. Bogotá Indo – American O Press Service, 1975.
- ◆ Borobio, Dionisio. “La confirmación en la iniciación cristiana: ¿Un problema teológico o un problema pastoral?” En: Salmanticensis Vol XLIV Fasc 3. Universidad Pontificia de Salamanca. Septiembre – diciembre, 1997. 341-376.
- ◆ _____. *La iniciación cristiana Bautismo. Educación familiar. Primera eucaristía. Catecumenado. Confirmación. Comunidad Cristiana*. Salamanca: Sígueme, 1996.
- ◆ _____. *Sacramentos y etapas de la vida: una visión antropológica de los sacramentos*. Salamanca: Sígueme, 2000.
- ◆ Castillo, José María. *El discernimiento cristiano*. Salamanca: Sígueme, 1994.
- ◆ _____. *El seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1998.
- ◆ _____. *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Trotta, 2011.
- ◆ _____. *Símbolos de libertad*. Salamanca: Sígueme, 1992.
- ◆ Carta Apostólica *Dilecti amici*. En: Acta Apostolicae Sedis 77 (1985). 579-628.
- ◆ Carta Encíclica *Deus Caritas est*. En: Acta Apostolicae Sedis 98 (2006). 217-252.

- ◆ Chavez, Pascual. *Radicalidad evangélica*. Bogotá: Serie Animación Salesiana, 2011.
- ◆ CELAM, *Documento de Aparecida*, Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe: Aparecida, Brasil, Mayo 2007. Bogotá: CELAM, 2008.
- ◆ Codina, Víctor e Irarrazaval, Diego. *Sacramentos de Iniciación: agua y espíritu de libertad*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1987.
- ◆ Constitución Apostólica “Divinae consortium naturae”: sobre el sacramento de la Confirmación. En: *Acta Apostolicae Sedis* 63 (1971). 657-664.
- ◆ Constitución dogmática sobre La Divina Revelación “Dei Verbum”. En: *Acta Apostolicae Sedis* 58 (1966). 817-836.
- ◆ Constitución dogmática sobre la Iglesia “Lumen Gentium”. En: *Acta Apostolicae Sedis* 57 (1965). 5-71.
- ◆ Constitución pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual “Gaudium et Spes”. En: *Acta Apostolicae Sedis* 58 (1966). 1025-1122.
- ◆ Corpas de Posada, Isabel. *Teología de los sacramentos; experiencia cristiana y lenguaje sacramental eclesial*. Bogotá: San Pablo, 2005.
- ◆ Equiza, Jesús. “Ser confirmado en la fe: catequesis a jóvenes antes de la confirmación”, En: *Phase* N° 243. 2001. 237-248.
- ◆ Escobar Valencia, Juan Jaime. *Dios si, religión no: acercamiento a la realidad religiosa de la juventud actual*. En: *Entremeses teológicos Teología y hábitat juvenil*. Colección Teología Hoy. N° 70. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008. 69-80.
- ◆ Espeja, Jesús. *Sacramentos y seguimiento de Jesús*. Salamanca: Editorial San Esteban, 1989.
- ◆ Estrada, Juan Antonio. *El sentido y el sin sentido de la vida: preguntas a la filosofía y a la religión*. Madrid: Trotta, 2010.
- ◆ _____ . *De la salvación a un proyecto de sentido: por una cristología actual*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2013.
- ◆ Exhortación Apostólica “Catechesi Tradendae”. En: *Acta Apostolicae Sedis* 71 (1979) 1277-1340.

- ◆ Exhortación Apostólica Postsinodal “Verbum Domini”. En: Acta Apostolicae Sedis 102 (2010). 681-787.
- ◆ Fernandez Ramos, Felipe. *Diccionario del mundo joánico*. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2004.
- ◆ García Monge, José A. “Estructura antropológica del discernimiento espiritual”. En: Manresa Vol. 61. Madrid, 1989. 137-145.
- ◆ Gonzalez-Carvajal, José Luis. *Los signos de los tiempos*. Madrid: Sal Terrae. 1987.
- ◆ Gouvernaire, Jean. *La práctica del discernimiento bajo la guía de San Pablo*. Santander: Sal Terrae, 1983.
- ◆ Guijarro Oporto, Santiago. *Jesús y sus primeros discípulos*. Estella: Verbo Divino, 2007
- ◆ Guillén, Antonio T. “Los engaños en el discernimiento”, En: Manresa. Vol. 82 N° 322. Madrid. Enero-Marzo 2010. 15-25.
- ◆ Gutierrez, Gustavo. *Beber en su propio pozo*. Salamanca: Sígueme, 1998.
- ◆ Iso, Alfredo. “¿Y después de la confirmación...?” En: Phase N° 243. 2001. 249-253.
- ◆ Jungüel, Eberhard. *El ser sacramental en perspectiva evangélica*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2002.
- ◆ Lanzagorta Bonilla, Tere. “Una mirada a la Iglesia, desde la perspectiva de los jóvenes”. En: Christus. Septiembre-Octubre 2008. 40-43.
- ◆ Libanio, Joao B. *Orar para discernir*. En:
http://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&ved=0CCgQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.vocacionreligiosa.org%2Fdiscernimiento%2Farticulos%2Forar.doc&ei=VuK7UcWLB4ua9Qsr24CYCQ&usg=AFQjCNFr_r9To7QxOqQaDR-k3QJkGCjcCQ&bvm=bv.47883778,d.eWU
- ◆ Maideu, Josep M., “¿Confirmación y punto?”, En: Revista Misión Joven 396-397. Madrid: Centro Catequístico Salesiano, Enero-Febrero, 2010.
http://www.misionjoven.org/10/01/396_397_5.html
- ◆ Martinez, Felicísimo. *El seguimiento de Jesús y la experiencia integral cristiana*. En: El seguimiento de Jesús. Madrid: PPC, 2004.
- ◆ Martinez, Germán. *Los sacramentos signos de libertad*. Salamanca: Sígueme, 2009.

- ◆ Martínez, Víctor. “El sacramento de la confirmación: signo vital de compromiso de cara al nuevo milenio”, En: *Theologica Xaveriana* 48. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1998. 313-322.
- ◆ Mollá, Darío. “El discernimiento, realidad humana y espiritual”, En: *Manresa*. Vol. 82 N° 322. Madrid: Enero-Marzo, 2010. 5-14.
- ◆ Moral, José Luis. *¿Jóvenes sin fe?* Madrid: PPC, 2007.
- ◆ Movilla, Secundino. “Los jóvenes y la confirmación: situación actual, criterio y perspectivas pastorales”, En: *Phase* N° 265, 2005. 37-54.
- ◆ Parra, Alberto. *Textos, contextos y pretextos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- ◆ Peraza Leal, Fernando. *Discernimiento, asesoría, animación y dirección espiritual*. Quito: Centro Salesiano Regional de Formación Permanente, 2009.
- ◆ Peresson, Mario Leonardo. *Seguir a Jesucristo*. Bogotá: Ediciones Salesianas. 2006.
- ◆ Plaza, Teresa de Jesús. “El discernimiento espiritual como actitud permanente”, En *Manresa*. Vol. 82 N° 322. Madrid: Enero-Marzo, 2010. 41-52.
- ◆ Rafóls, Oriol y Equipo. *Educación en la búsqueda de sentido*. Madrid: CCS, 2009.
- ◆ Rocchetta, Carlo. *Los sacramentos de la fe*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2002.
- ◆ Servicio Catequístico Salesiano. *Documento de trabajo sobre análisis de los resultados de la encuesta de realidad juvenil en Colombia*. Bogotá: 2012.
- ◆ Schillebeeckx, Edward. *Cristo sacramento del encuentro con Dios*. San Sebastián: Ediciones Dinor, 1964.
- ◆ _____ . *Jesús la historia de un viviente*. Madrid: Trotta, 2002.
- ◆ Sobrino, John. “El seguimiento de Jesús como discernimiento”. En: *Concilium* N°. 139 Madrid: Ediciones Cristiandad. Noviembre, 1978. 517-529.
- ◆ Sobrino, John. La oración de Jesús y del cristiano. En:
http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol18/71/071_sobrino.pdf
- ◆ Tillich, Paul. *La dimensión perdida*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1970.
- ◆ Torres Queiruga, Andrés. “Recuperar los caminos de Dios con los jóvenes”. En: *Misión Joven* N°. 264-265. Madrid: CCS. 1999. 5-16.

- ◆ Vecchi, Juan Edmundo. “Los jóvenes y Jesucristo”. En: Javeriana. Vol. 130, N°. 642. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Marzo, 1998. 126-128.
- ◆ Vives, Joseph. “Principio y fundamento del discernimiento cristiano”. En: Manresa Vol. 71 octubre -diciembre, 1999. 303-317.

OBRAS SECUNDARIAS

- ◆ Berzosa, Raúl. *Transmitir la fe en nuevo siglo*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2006.
- ◆ Calvo Perez, Roberto. “La confirmación a partir del Vaticano II: Lectura teológico-pastoral desde España”. En: Misión Joven 396-397. Madrid: CCS, Enero-Febrero, 2010. http://www.misionjoven.org/10/01/396_397_4.html
- ◆ Castillo, José María. *La alternativa cristiana*. Salamanca: Sígueme, 1987.
- ◆ Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil. *Itinerario de Educación en la fe*. CCS. Madrid. 1994.
- ◆ Clerck, Paul de. “Confirmación y comunidades de fe; para una pastoral renovada”. En: Selecciones de Teología Vol. 21, no. 83 Julio – Septiembre, 1982. 189-198.
- ◆ Conferencia Episcopal de Colombia. *Orientaciones Comunes para la Catequesis en Colombia*. Bogotá: 2013.
- ◆ Duquoc, Christian. *Jesus, hombre libre*. Salamanca: Sigueme, 1984.
- ◆ Fourez, Gérard. *Sacramentos y vida del hombre*. Santander: Sal Terrae, 1983.
- ◆ Guinel, Álvaro. “La confirmación en el proceso de Iniciación Cristiana”. En: Misión Joven 396-397. Madrid: CCS, Enero-Febrero, 2010. http://www.misionjoven.org/10/01/396_397_2.html
- ◆ Kasper, Walter. *La misericordia: clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Santander: Sal Terrae, 2013.
- ◆ Lasso, Rafael Andrés y Mahecha, Gustavo Adolfo. *Fuera de lo humano no hay salvación*. Tesis de opción por el título de Licenciados en Teología. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2011.

- ◆ Mifsud, Tony. *Moral fundamental: el discernimiento cristiano*. Bogotá: CELAM, 2002.
- ◆ Moltmann, Jürgen. *El camino de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 2000.
- ◆ Novoa, Carlos. *Una perspectiva latinoamericana de la teología moral*. Colección Teología Hoy N° 30. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- ◆ Pineda, Luis Enrique. *Proyecta tu vida*. Bogotá: San Pablo, 2005.
- ◆ Pontificium Consilium Pro Laicis. *Redescubrir la confirmación*. Vaticano: 2000.
- ◆ Randle, Guillermo. *El discernimiento como ayuda espiritual y psicológica*. Buenos Aires: Editorial San Benito, 2005.
- ◆ Salinas, Javier. “¿Para qué recibir la Confirmación? Y después, ¿qué?: Una propuesta desde la acción pastoral”. En: *Misión Joven* 396-397. Madrid: Enero-Febrero, 2010.
http://www.misionjoven.org/10/01/396_397_1.html
- ◆ Sastre, Jesús. *El discernimiento vocacional: apuntes para una pastoral juvenil*. San Pablo. Madrid. 1996.
- ◆ Sobrino, John. *Jesucristo liberador*. Madrid; Trotta, 1997.
- ◆ Lorenzen, Thorwald. *Resurrección y discipulado*. Bilbao; Sal Terrae, 1999.
- ◆ Torres Queiruga, Andrés. *Repensar la cristología*. Estella: Verbo Divino, 1996.